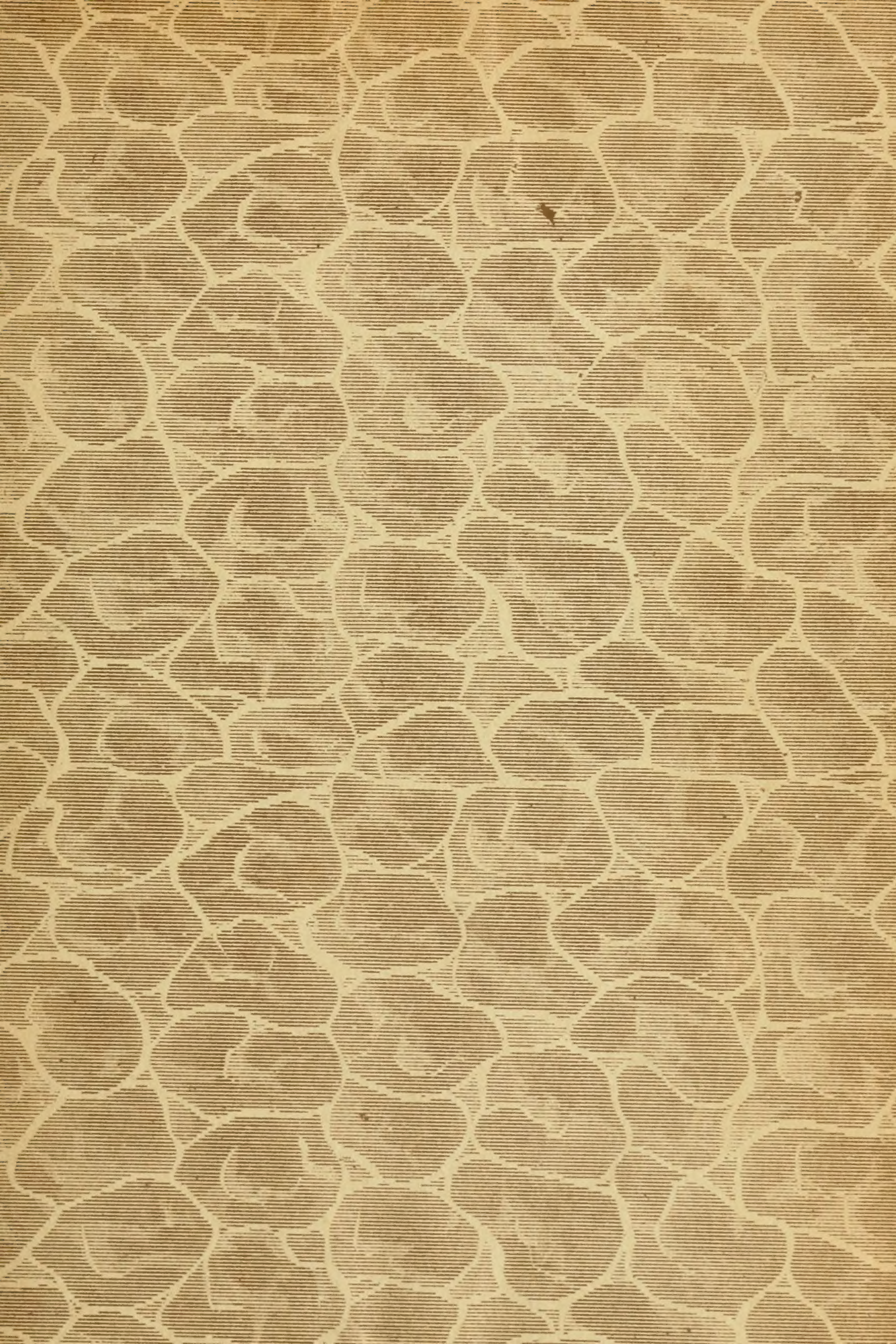
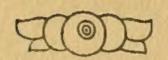


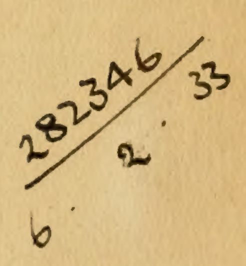


LUIS ANTÓN DEL OLMET

TIERRA DE PROMISIÓN

(Catecismo de la raza)





1913
GONZÁLEZ Y GIMÉNEZ
- IMPRESORES Y EDITORES -
HUERTAS, 16 Y 18
MADRID

Para Don José Marina, gran caudillo español, soldado heroico, diplomático sutil, espíritu de conquistador y de creador, alma buena, corazón generoso, mano firme y suave: que lleva en su cintura la bandera española á guisa de fajín, que ha ganado tierras para su patria, y en cuya figura venerable se juntan los prestigios del viejo militar ibero.

Á MIS ENEMIGOS

A vosotros, los que sois amigos bondadosos, los que me habéis sugerido con el consejo, y guiado con asiduas palabras, y confortado con el aplauso, nada tengo que añadiros. Sabéis que soy vuestro.

A mis enemigos, sí. A los que, ó roídos por una envidia miserable, ó aniquilados por una estulticia bestial, no habéis querido, no habéis podido comprender mis emociones ante los hermanos que pelean y mueren; á los que odian por castración espiritual á este pobre muchacho tan humilde y tan modesto, cuyo único delito es adorar á su patria y cantar sus glorias; á los que, sórdidos, negativos, sin arrestos siquiera para matarme, ya que su envidia es femenil y sólo llega á la charla mediocre y á hurtadillas, y á la pobretería cobarde y triste del anónimo; á vosotros, mezquinillos, hermanos sin alma ni gesto, debo afirmaros algo. Os debo gratitud.

Os debo una firme gratitud. Está organizado mi ser para la contienda. Más me crezco y me aupo, cuanto más me acosan. Más armas tengo, cuantas más armas veo tendidas hacia mí. Es más intensa mi emoción combativa, cuantos más adversarios encuentro en mi torno. Os debo la rudeza bravía de mis palabras, y hasta el acicalamiento literario de alguna frase. Si me negáis, me revuelvo; si decís que soy vulgar, os ofrezco el perfume de mis vocablos castellanos; si afirmáis que soy un iluso, me pongo á soñar con mayor fragancia. Pobre y sin talentos, cuanto logré, se lo debo á vosotros, envidiosos de mi alma, estultos de mi vida, parias de mis amores.

Ni á Luca de Tena, cuya natural confianza me llevó á Tetuán; ni á Burguete, á Medialdea, á García Ruiz, que me otorgaron una condecoración; ni á Marina, cuya silueta prestigiosa avivó mis entusiasmos de español y de poeta; ni á los muchos oficiales y paisanos que me habéis escrito, piadosos y benevolentes, concediéndome un aplauso, le debo tanto como á mis enemigos. El éxito aletarga, enerva. La pelea ensoberbece, acucia. Cuando me acarician, caigo rendido, confuso, lleno de humildad, demandando perdón. Cuando me atosigan, yergo el alma, sacudo el corazón, y me arrojo, temerario, al combate.

Por Dios, los viles, los mentecatos, los que sois pálidos, gazmoños, hablad, vociferad... Caigan sobre mi vuestras injurias; derramad sobre mí vuestro veneno; verted sobre mí toda vuestra baba... Soy canijo y deleznable, y quiero, estimulado por vosotros, seguir escribiendo todavía durante mucho tiempo, dedicado con toda mi energía al servicio de la patria española.

Luis Antón del Olmet.



LO QUE DICE GIBRALTAR

Hasta la riente Andalucía, durmiendo. Luego, ese inevitable sopor que nos domina en los viajes cuando ya se van haciendo largos en demasía. Tras del cristal, en el que pone el otoño incipiente goterones de lluvia, el gayo abanico andaluz, el siempre nuevo. Viñedos, olivares, un alcornocal descortezado, padre fecundo, inagotable, de la industria; esos pueblecitos blancos, de nombre moro, entre chumberas y pitas; vacadas, potrillos en montanera, muchas flores. Por cierto serpeante caminito, un alazán muy peripuesto, con su ancha baticola de colorines, y sobre cuyo garbo va inclinado un zagal que canta y sueña.

Pero la sensación, ya cerca de Algeciras, cambia en un repente anonadador. ¡Gibraltar!

Yo no puedo mirar el peñón sin estremecerme. ¿De odio? ¡Es tan antigua ya la expoliación! ¿De apetitos, de ansias, de ilusiones? ¡Es tan fuerte Inglaterra! ¿De qué? Inglaterra es rica, próspera, simpática; Inglaterra se nos muestra cordial; Ingla-

terra veló junto á nosotros en momentos recientes; Inglaterra se ha ganado todo nuestro cariño.

Y, sin embargo, hermana Inglaterra, que nos conoces y nos amas, que tienes en la historia de mi país todos los contactos, que viste naufragar á la Invencible, que guardas los tablones del *San Juan Nepomuceno*, que un día se preocupó tu ceño rubicundo porque desde el pardo Escorial, en plena Castilla, un monarca poderoso se alzó de mal talante, y que luego viniste, aliado generoso, con tu lord Wellington; hermana Inglaterra, ¿será extraño que se estremezcan los nervios de un español viendo esa mole toda erizada, que nos habla de rojos uniformes y de patillas rubias, y de acorazados, mole que dijérase un pie monstruoso junto á mi Andalucía?

Pero ya estamos en Algeciras. Es de noche. Un zangolotear á la aventura, sin ton ni son. Luego, ya en el sigilo de mi estancia, á escribir.

¡Si viérais qué irresolución tan grande al coger la pluma!

El mandato que se me dió antes de partir, fué categórico.

—Vea usted, y escriba la verdad.

Pero, ¡es tan dificil! La verdad acerca del problema... ¿Sabemos aún de una manera cabal en qué consiste, no ya esa verdad que todos apetecemos, sino la cuestión misma?

Yo—ignoro por qué—me hallo aquí en este alegre pueblecito andaluz como imbuído en melan-

colía. Gibraltar, estos ingleses de mi hotel, estos letreros británicos, la extranjería que se advierte viviendo en plena España, la tremenda responsabilidad que supone hacer unas crónicas para un diario tan serio, para una opinión tan sensata... Y luego esa misma vacilación que sentimos todos al pensar en África y tratar de conocer el enigma y hacerle hablar á la sirena.

De bruces en el alféizar, tengo delante la bahía. Las casucas son bajas y no interrumpen los claros ámbitos. Primero, Algeciras, luego, á la izquierda, tierra española que se obscurece, dormida; en medio, un desierto líquido, apacible, donde parece sumergirse la estela de una luz; y allá, cabrilleante, atrayéndome, fascinándome, el peñón. Un collar de brillantes lo envuelve. Es negro y fatídico. Parece una sombra de acusación ó un mandato. En ocasiones, el faro que lo custodia, un faro luminosísimo, de claridad nítida, gira para mirarme como un enorme ojo, y se vuelve para indicarme una senda como un enorme dedo.

¿Habrá sido la imaginación? ¿Habrá sido, realmente, una seña? Yo sé deciros que el faro de Gibraltar fulgió de repente como un relámpago, y que después, proyectando su diafanidad en un sentido recto y firme, miró hacia el Estrecho. ¿Había sido una mueca instintiva?, ¿un signo mecánico, sin valor, friamente estratégico?, ¿tal vez un gesto expresivo? Lo ignoro. Sé únicamente que, sin razonarlo, me puse á dialogar con aquella luz.

Sí; marca tu prolongación un camino inevitable, el camino de Africa. Mejor hubiera sido aguardar. Somos un país convaleciente, y nos hubiera sido beneficiosa una tregua más larga. Pero, ¡es así la vida! Un día, en este mismo Algeciras, Europa nos hizo el honor de creer en nuestra vitalidad. Llegó la hora de repartirse á Marruecos, y hubo un pedazo de carne para la zarpa desfallecida del león viejo... ¿Ibamos á confesar nuestra impotencia en una negativa ya incurable y para siempre?

—Francia, detén el paso. Espera. Nuestros soldados han sufrido mucho. Hay luto aún en varios hogares. Estamos rehaciéndonos. ¡Espera, espera!

Y Francia, y Alemania, y hasta la misma Inglaterra, se hubieran reído de nosotros.

Fuimos, pues, á Marruecos por dignidad nacional.

Pero, ¿hemos ido tan sólo por esto? No. Don Quijote dormía cuando enderezamos el primer navío hacia las costas africanas. Hemos ido por una cuestión de vitalidad y por instinto de conservación. El río no es frontera. Sobre si la frontera franco-alemana debiera ser el Rhin ó los Vosgos, se ha suscitado una rivalidad antigua y trágica. La frontera es el monte, lo inaccesible. El pájaro vuela de orilla á orilla sin encontrar más que una brisa persuasiva y empujadora. La cima es sólo para el águila. La montaña rompe, divide, oculta,

veda codicias, destruye ambiciones. Los Pirineos son frontera. Los montes de Marruecos, también. El Estrecho de Gibraltar no es sino un río menos dilatado que algunos de América y de Europa, y aun de Iberia misma. ¿No era una tentación para el extranjero dominar la otra orilla, la orilla, también española, del Estrecho, del río?

Yo quisiera tener en éste mi primer artículo una ráfaga de vivo entusiasmo. Los que lloran no son los que vencen. Señalar defectos, cuando existan, sí... Pero, ¡llorar?... Ante un desperezo de la patria, no hay otro recurso que trincar el fusil y marchar delante. Yo, con el arma de mi pluma, arma incruenta, pero hidalga, debo tener la disciplina férrea de un recluta.

Mejor hubiera sido aguardar. Más, no fué posible. Allí hemos ido, y, pues que fuimos, vayamos con alegría en el corazón y con optimismo en los ojos.

¿Hemos ganado, ó hemos perdido en la aventura?

Por de pronto, cumplimos el mandato europeo; seguimos el camino que nos indicas. ¡oh faro de Gibraltar! Después, cuando, ya en pleno despojo, alguien decía que habíamos fenecido, vese como á compás de fábricas, de campos, de todo un renacer palpitante, aún tiene viva su abnegación la raza. Y se ha fogueado nuestra juventud, y no ha perdido el contacto con la muerte, ni su gesto para despreciarla si es noble. Y... —oid esto—se ha de-

mostrado tras la derrota que las energías patrias dan, con poetas, con artistas, con ingenieros, con inventores y con hombres de producción y de trabajo, á Marina, á Silvestre, á Burguete, á Berenguer, á una oficialidad estoica que sabe morir sin fanatismo por el deber, con una sonrisa.

De bruces en el alféizar continúo, mirando la bahía mediterránea. Los á veces dormidos sentimientos de optimismo, en este silencio confortador, sin testigos insidiosos ni sarcásticos, brotan en mi alma como un náufrago desembarazado de sus ligaduras, como una conciencia que se recobrara, como un ave sujeta que probase sus alas y se viera libre.

—Vamos á una hecatombe—se oye decir en España con tristura.

¿Por qué?

¿A una hecatombe del prestigio? La hecatombe hubiera sido rehusar...; y luego, ¿no se afincan seguras victorias? Pensad en el Melilla de hace cuatro años, y en el de hoy, dilatado y progresivo. ¿A una hecatombe económica? En 80 millones de pesetas aumentó el presupuesto nacional desde 1909. Pero no todos se han gastado en Africa. Aquí, en nuestro suelo, quedaron también las mejoras. ¡Ochenta millones para una nación cuyas rentas crecen de año en año en un apogeo que nos llena de justa, legítima, risueña esperanza! Corea le costó al Japón centenares de miles de vidas y centenares de miles de millones. La orilla opuesta

del gran río español, del río mediterráneo, no le ha costado aún á España lo que en oro y en sangre derramaron los japoneses durante un solo día en Puerto Arturo.

¿Que puede haber errores? ¿Que puede irse más despacio? ¿Que son muy dolorosas, horriblemente dolorosas, esas bajas de que nos habla el telégrafo? Allá veremos lo que muestran y enseñan propias observaciones. Pero, entre tanto, faro de Gibraltar que luces en esta noche serena, faro testigo de tanta amargura y de abnegación tanta, sabe que, más acá del Estrecho, España tiene puesto su corazón en las banderas de quienes allá, en la orilla distante, mueren haciendo germinar á la vida.

Cunde un silencio infinito. Es amarilla y está cansada la luz que me alumbra. Son las tres, las cuatro del día. Me asomo. No alborea. Eternamente vigilantes, se apagan, se encienden los fuegos del peñón. El faro corre lento y nítido, resbalando sobre las aguas dormidas, esclareciendo una faja de mar. Inglaterra, Europa, no descansa. Su ojo, despierto siempre, escruta las entrañas españolas y avizora los campos africanos. Allá, remoto, pero adivinable bajo las estrellitas mágicas, está Ceuta, la tierra de promisión, la tierra donde quiso darnos el orbe un desquite y la naturaleza un abrazo; la tierra donde ahora, en este mismo instante, es posible que unos soldados estén combatiendo...

Un momento permanezco silencioso. Todos mis atavismos y todas mis lecturas, todo el instinto y la experiencia, el cerebro y el corazón, riman con la noche y se concretan en un solo impulso. ¿Fuera preciso decir que á este impulso le dicen España? Luego, oteando el Estrecho, mirando hacia el horizonte, conmovido, trémulo de ansiedad y emoción, no puedo contener un grito:

—¡Hermanos, allá voy! ¡Hermanos que derramáis vuestra sangre por el futuro de la raza, hermanos abnegados y buenos, hermanos valerosos, allá voy! Pondré mi corazón junto al vuestro. ¡Y ojalá esta pluma—hijos que somos de una misma y fecunda madre—sirva para decir que vencéis!





LAS ORILLAS DEL ESTRECHO

Jugando á ser fuertes.

Como el vapor de Ceuta no sale hasta las ocho de la mañana, hemos pasado Alba y yo largas horas en Algeciras y en Gibraltar.

Si fueran estos momentos aptos para el humorismo, repitiera lo dicho cierta vez en relación á Hendaya, narrando aventuras y lances peregrinos que nos ocurrieron buscando la baratura inglesa y el surtido británico. Cigarros y cerillas... He aquí el comercio amplio y tentador. Por lo demás, ni Alba encontró sus placas de fotografía, ni yo mis polainas ecuestres. Lo demás, afortunadamente, orgullosamente, producción ibera, y más cara, mucho más cara que en Madrid. ¡Justo castigo á nuestro delito vil de malos españoles, á quienes place comprarlo todo fuera de su patria!

En cambio, si Gibraltar es feo, triste y defraudador, ¡que sensación produce su empaque de plaza militar, su orden, su disciplina, sus costumbres! Es el peñón sitio que debiéramos visitar como aci-

cate. De una pelada roca, el oro inglés hizo arsenales, astilleros, dársenas, muelles, baterías inexpugnables, cuarteles magníficos, hospitales, conventos (sí, sí, conventos), escuelas, gimnasios y aun jardines. ¿He dicho oro? Sí; pero no ha sido el oro la única génesis de tanto esplendor. Ha sido el método, la paciencia y, sobre todo, el carácter. En una dársena, los soldados, estos altos y rojos infantes ingleses, desde un altísimo trapecio, se arrojan al agua entre las aclamaciones de sus colegas. Otros juegan al balompié. Hacían boxeo los demás. ¡Educarse! No perder minuto, no consentirle un solo instante á la holganza. Sí, lector; por esos puñetazos, esos puntapiés y esas tremendas zambullidas, se hicieron arsenales, dársenas y muelles. ¿No será conveniente, lector, aunque lo creas paradoja, que juguemos un poco á estas niñerías atléticas y sanas, para ser más fuertes y más grandes?

Pérez, inglés.

El cochero que nos lleva Gibraltar adentro es un morenucho de ojos árabes. En ocasiones se vuelve desde su pescante y nos hace algún descubrimiento portentoso.

—¿Ven ustedes? ¡Aquello es un arsenal!

—¡Ah...!—respondemos con sorpresa.

Se ve que tiene á orgullo conocer Gibraltar, enseñarnos á Gibratar, despampanarnos como si fuésemos beduínos, como si fuera inglés.

—¿Qué...?—le interrogo yo repentinamente—, ¿no eres compatriota nuestro?

Sus ojos negros y satíricos nos escrutan un momento, y su boca, sarcástica, ríe:

—¡Cá! ¡Soy de aquí! ¡Ciudadano inglés!

La respuesta nos deja confusos. Luego, no queriendo percatarnos de aquella enormidad, interrogamos:

—¿Cuál es tu nombre?

—Gumersindo Pérez.

Y lo dice seguro de sí, gozoso, insconciente acaso de que hay patrias, fronteras, símbolos, pudor y dignidad. Pero, ¿á qué ahondar en esto? Fué un latigazo en el honor, un asalto á la sensibilidad, un estímulo para las energías.

Gibraltar, no sólo por ser espejo de plazas fuertes, sino por estas aberraciones que allí se contemplan, debe ser un lugar de turismo para los españoles. Es dedo indicador, hierro candente.

Los soldados rien.

En el crepúsculo, y atravesando la bahía gibraltareña; bahía de horror y contrabando, agujereada por la pertinaz y menuda llovizna, tornamos á España. ¡Si viérais qué bello espectáculo nos tenía deparado el azar! ¡Hemos visto llegar á un batallón!

Vagábamos por la plaza, cuando un pelotón de soldados embocó desde cierta calle afluyente. Sin

quererlo, por instinto, se nos alegró el alma, y se nos escaparon los gritos:

—Mira... Soldados que van á la guerra.

—¿Será el batallón del Rey? ¿Será el de León?

—No. Son cazadores. ¿Ves? Llevan el gorrito verde, y andan muy de prisa.

Luego, sin darnos cuenta, echamos á correr. ¿No habéis corrido nunca, hombres maduros y sensatos, burgueses y aun duchos en la vida, para ver los soldados que van á la guerra?

Ya estamos junto á ellos. Visten de rayadillo, tocan el gorro cuartelero y calzan alpargata sin calcetín. No llevan música. El ras-ras de su paso atrae á los vecinos. Con el fusil enganchado al hombro por su correaje, marchan, ¿hacia dónde? ¡Marchan! Y marchan con alegría. Es una impresión ésta que siento hambre de comunicaros. ¡Con alegría, con estruendo juvenil, entre dicharachos y risas jubilosas! ¿Quién ha dicho que nuestros soldados van á la guerra como forzados, sin apetito de luchar? Os juro que la nube de pesimismo respirada en Madrid, nube que nos impide ver á las claras todas estas cosas, váse desvaneciendo conforme nos alejamos del núcleo. Estos soldados que llegan á Algeciras para embarcar pronto, que llevan largas horas de tren, que habrán sufrido toda la actividad de un batallón en movimiento, que arribarán á las costas africanas, que serán destinados á ocupar difíciles posiciones, que se batirán tal vez en seguida, acaso mañana, que verán

cruzar la muerte ante sus ojos, á pesar del sigilo con que se les saca de su tierra, á pesar de la campaña que se hace contra esta movilización, á pesar de que no los contagió ni los emborrachó el estrépito de las muchedumbres aclamantes, llegan —os lo juro—plenos de alegría, juveniles, charlando, lanzando risotadas, seguros de vencer, como un gran corazón entusiasta.

Mientras pasan, Alba, el amable fotógrafo que corre estas aventuras conmigo, dirigiéndose á un sargento, le dice:

—¿Qué batallón?

—Alfonso XII.

Y yo:

—¿De dónde vienen?

—De Vich. Dos horas más allá de Barcelona.

Y Alba, otra vez, á otro muchacho:

—¿Cuándo embarcáis?

—¡Pronto!

Y en ese ¡pronto! hervía, hervía el triunfo.

No logro marearme.

A las siete de la mañana, cuando, hecho mi hatillo me adentro en el muelle, he tomado la resolución de marearme.

Yo, que soy medio gallego, y que atravesé la Marola cien veces, no he sabido renunciar aún al goce de la náusea. No ya el oleaje y el vaivén, sino el olor de barco, de grasas, de betún, de co-

cina, me inducen irremediablemente al mareo. Yo imagino que podría evitar este número del perfecto navegante como un solo acto de la voluntad. Pero resulta imposible. La tentación es en mis nervios superior á todo.

—Me marearé, sí, me marearé—sollozo camino del embarcadero, junto á Ramón Alba, que se defiende á gritos de la briba maletera.

Y, sin embargo—lo confieso hasta con cierto rubor—, no conseguí marearme durante la travesía camino de Africa. ¡Fuí hablando de mi país y de la guerra; fuí sintiendo emociones de patriotismo á cada momento; fuí abstraído!

El capitán de Estado Mayor Don Salvador Gómez Díaz-Berrio, hombre de gran cultura, nos dice cosas muy juiciosas y muy optimistas acerca del soldado. Unos reclutas que van sobre cubierta, para unirse á sus regimientos, bailan y cantan y piropean á las mujeres. Sobre un mar en ricillos, corremos. A un lado, Algeciras, Sierra Carbonera, Tarifa; una llave, con Gibraltar, del Estrecho. A otro lado, Ceuta, Sierra Bullones: el candado. Y esta impresión de bienestar, de pujanza estratégica, y después la contemplación de un Africa española ya, que debe ser nuestra, que nos pertenece, en la que brota la misma flora que en Andalucía, el plátano llorón y meloso, la pita hirsuta y punzante, la áspera y enmarañada chumbera, me fueron invadiendo en patria, en amor, en ideal. Cien fortines coronan las cumbres. Ceuta brilla cercana

ya. La bandera española se cierne sobre todo. Plásticamente, carnalmente, concebimos la grandeza del pleito y el esfuerzo de una raza. Mi corazón vive feliz. La memoria es ida. Cuando atraca el vapor, aterrado, absorto, casi arrepentido, le pregunto al señor Berrio:

—Pero, ¿es posible que no me haya mareado?

—No.

Miro, y me contemplo estupefacto.

¡Bah!... ¡Los nervios, por esta vez, estuvieron cautivos de España!

Unos valientes.

—En el hotel, apenas lo bastante para demandar habitación. Luego, en busca de impresiones.

—¿Qué podríamos ver de interesante?

—Los tiradores del Rif—nos replican.

Y vamos allá.

Las milicias voluntarias, que así se llaman ahora, reclutadas entre moros adictos, se han ganado la estimación y el respeto de todos. Son bravos, seguros, tiradores certeros, cara cetrina, talle cenceño, unos moñitos junto á las sienes, el desprecio á la muerte y el amor á la bandera española. Hace unos meses, los tiradores eran 343. Hoy han tenido 81 bajas. En Laucien, Don Miguel Primo de Rivera los hizo desfilar, tras de una batalla gloriosa, entre el Ejército formado, dándoles honor. Batieron las músicas, se dieron vivas á España. Hubo quien no supo tener secos los ojos.

—Querría saber algún hecho de estos hombres.

Entre los muchos que podría relatar, ahí va ese.

Estamos en la posición de Federico. Nuestros soldados se baten con la morisma. Un sargento español ha caído muerto y su cadáver ha rodado por una barrancada. El oficial que manda la avanzadilla se vuelve hacia los tiradores y exclama, imperativo:

—Hay que recoger ese cuerpo. ¡Un voluntario!

La empresa no es ardua. Es un suicidio casi... Descender á pecho descubierto, bajo un diluvio de plomo, llegar hasta el sargento, subir con la impedimenta... Sólo un milagro puede salvar al atrevido.

—Yo iré, mi teniente.

El héroe es un cabo de tiradores. Se ha quitado el correaje y ha entregado el fusil, ¡para que no los guarde la morisma!, y ha echado á correr, burlándose del enemigo y de sus balas. Los nuestros avivan el fuego para distraer al adversario. Aun así, la muerte roza, besa, acaricia al abnegado. Llega. Coge su preciosa carga, el cuerpo de un valiente que debe reposar entre sus hermanos y no ser víctima de la herejía bestial; llega, tropieza, se rehace, sube, deposita el cadáver en lugar seguro, coge de nuevo su fusil, y de nuevo tira, con sus moñitos al viento, con sus dedos ágiles, con su vista certera, con su valor estoico...

Pero, decid; si son admirables estos hombres, ¿qué no serán los oficiales iberos que los mandan?

Mandar, con mayor peligro aún, teniendo que dar ejemplo y ser todavía más valientes, á estos leones africanos, ¿qué revela? ¿Cómo elogiar á Don Cándido Hernández, al ilustre comandante Gabarrón, á Don Manuel de Matos, á Don Diego Fernández Ortega, á Don Alberto de Castro, á Don Fernando Cirujeda, que marchan delante de los tiradores, que no tienen superstición, que no vivieron en ambientes de barbarie, sino en ciudades cultas y refinadas; que no visten el uniforme por ganar un sueldo, mísero sueldo irrisorio para retribuir el martirio y la sabiduría, y que fueron veinte, y luego quince, y diez más tarde, y que sonríen, ¡tan poco jactanciosos, tan íntegros, tan conscientes, tan intelectuales, cuando hablan de tornar al combate!

Son la raza española en todo su brío, flor genial de ayer, tan pura y tan noble como se la vió en el siglo XVII, en el áureo siglo, todo luz, en que la Humanidad se llamó España.

Llegamos. El cuartel es una barriada en la que viven los tiradores con sus mujeres y sus hijos, en unas casitas muy graciosas. En una, cierto soldado nos invitó á su té. Una estancia, un poyo cubierto de telas abigarradas, una alfombrita pobre, unos cuadros, unas tazas, y allí, el té moruno, muy azucarado, con su fragante olor á hierbabuena. En la pared, toscos, pero sintéticos, representativos, dos retratos. ¿De quiénes? ¡Del Rey! ¡De la Reina!

Un rato permanecimos allí, fraternalmente. Cuando salimos, hice una pregunta:

—¿No podría ver á nuestro héroe, al cabo que recogió en Federico el cadáver del pobre sargento?

—Sí. Véalo usted.

Recostado en una puerta, alto y membrudo, con su corva nariz—¿ibera, tal vez?—, con su barbilla rala, con sus ojos negros, de mirar acerado, con su galón ya de sargento, con su porte marcial y viril, pude contemplarlo. Un capitán me lo presentó. Creo que me otorgó su sonrisa. Serio, grave, sin alardes vanos, sin orgullo, escuchó mis elogios. Luego, cuando estreché su mano rifeña, mano huesuda y firme, pensé:

—Algún día, muy pronto, esta raza de hombres recios y templados, raza poderosa y magnífica toda ella, ¡oh, España!, será tuya, ¡tuya!





EL RASTRO DE ALDAVE

Por la zona exterior.

A caballo, en amable compañía de algunos oficiales, recorrimos la zona exterior de Ceuta.

Infinitas consideraciones sugeriríales tan grato viaje á las entendederas menos avisadas, y, por ende, á las mías, torpes. Consideraciones de índole vagamente literaria, de índole económica y de índole política.

De las primeras será necesario escapar. No pretendo en estos modestos artículos, hechos para estudiar con mis ojos miopes y mis talentos nulos, un grave problema español, hacer demasiada literatura. Es un recurso del que pretende huir. Aun la más bella y más deliciosa, no pasa de halagar los sentidos. No hay que venir á estos campos, donde se vierte sangre española y donde una raza se juega tal vez su postrer naipe, con una docena de calificativos bien administrados y unas miajitas de banal erudición. Hay que venir á sentir el problema y no sus detalles, y á lograr—¡ojalá fuera

posible!--meter á España en el sentido amplio, hondo y transcendental de un asunto enorme.

No convocaré, por lo tanto, á las musas para que me ayuden. Magnífico es el espectáculo. Lomas que descubren el Estrecho entre Sierra Bullones y Tarifa, menos dilatado que el Tajo cerca de nuestra ibérica Lisboa, que dominan á Ceuta, sus dos bahías, azules, mediterráneas hoy; las tierras donde acaban de reñirse combates, Condesa, todo el territorio que ocupa el general Arráiz, el Rincón, un vislumbre del río Martín, y un poco más en el fondo, invisible, pero adivinable, Tetuán. Maravilloso es todo esto; pero es más interesante desde otros puntos de vista. ¡Y eso que la caseta donde el 11 de Agosto del 59 nos ofendieron los moros provocando la guerra, el Serrallo, Montenegrón y el pico Renegado, lugares de leyenda y sacrificio, tierras de O'Donnell, de Zabala y de Echagüe, evocan tantas gloriosas ideas!

¿El aspecto económico tal vez detendrá estas efímeras consideraciones?

No. Todavía no son urgentes. ¡Y eso que la impresión de los rientes vallecitos, defendidos por fortines que parecen coronas de barón, no puede ser más grata! ¿No han de producirla estos viñedos, estos alcornocales, estos pinares y estas huertas ubérrimas que salpican el desolado panorama, y que nos hablan de una esperanzosa fertilidad el día en que la guerra no arrase la flora ni aterre á las almas?

Pero, aun así, lo que más sorprende y más cautiva es el rastro político de Aldave.

El general marqués de Guelaya, su acción en esta zona de Ceuta, debe servirnos de orgullo y ejemplo.

—¿Quién trazó estas carreteras? — preguntamos.

—Aldave.

—¿Quién edificó aquellos fortines é ideó aquellas defensas?

—Aldave.

—¿Quién trajo á Ceuta el agua y el alumbrado eléctrico?

—Aldave.

Y la sombra tutelar del viejo estratega se cierne sobre la parva zonita de su antiguo mando, como las alas de un bienechor.

¿Qué hizo Aldave?

Yo no conozco al general. Nunca tuve el acierto de pasar á su vera. Menos, el de saber sus opiniones. Sin embargo, la obra que dejó, pinta con firmes trazos su pensamiento y el criterio de su acción admirable.

¿Se os antoja una ridiculez? ¡Ir con monsergas á un hombre sin cultura! Sí, con monsergas, con buen ejemplo, con benévola conducta, con mejoras visibles y perseverantes, con mano firme si era menester. Al «Valiente», que por aquí actuó

de político matón durante una temporada, le arrasó la vivienda y lo persiguió con severa energía. Los moros observaron así, que aquel viejecito prestigioso era bueno y terrible. Terrible, sí, pero bueno, ¡muy bueno!

La obra de Aldave fué un primor de complejidad.

Era un hombre modesto, que vivía sin lujo. Su casa era sencilla. No le puso escaleras de mármol, como hizo luego el señor Alfau. Moralizó los servicios municipales, que andaban madrileñamente; trajo agua y luz; uniformó escrupulosamente á las tropas; las hacía salir de vez en vez, para adaptarlas al medio; los regimientos de Ceuta y del Serrallo combatieron entre sí muchas veces en simulacros bien dirigidos; edificó fortines y los unió por carreteras de gran valor estratégico y de gran valor mercantil; mimó á los agricultores, mantuvo á Ceuta sumamente barata; la carne para el soldado costaba en su tiempo una peseta el kilo; procuró favorecer la producción española; tenía prohibido á sus oficiales que adquiriesen objetos en Gibraltar...

¿No advertís qué atildamiento, qué admirable complejidad intelectual, qué sentido tan noble del mando?

Pero, diréis, ¿tiene algo que ver todo esto con el pleito actual? Esas—diréis—son dotes de ilustre caudillo en tiempos apacibles, pero en nada se relacionan con nuestro asunto del día.

¡Qué grande inocencia si pensárais así!

Aldave preparaba con todo esto la toma lenta, segura y definitiva de una zona enorme. Sembrad el bien y veréis de qué manera cunde. Encaramáos á una eminencia, arrojad grano, y veréis cómo fructifica. Es la mancha de aceite que se dilata; es el idioma que se va propagando; es el prestigio que aumenta sus límites; es lo atractivo, lo seductor, y es, en fin, el adueñamiento absoluto.

¿Fué Aldave sólo un gran administrador?

Aldave lo tuvo bien pensado todo, bien maduro. Le faltó el seguimiento de su conducta cuando abandonó á Ceuta para mandar la zona melillense. Aldave, no sólo administró bien, sino que hizo acción militar y acción política.

Durante la época de Aldave, los moros, no sólo comarcanos, sino hasta los que vivían en el interior, venían á la plaza, no ya con aire de simples mercaderes egoístas que sólo aspiran á vender lo más caro posible, sino con placer, con alegría, como á su casa. En Ceuta colocaban sus gallinas, sus carnes, su caza, sus productos agrarios. Cuando alguien dejaba de pagarles, el general perseguía al estafador y lo forzaba al cumplimiento de su obligación. Cuando los moros tenían alguna reyerta, alguna discordia, algún pleito, Aldave resolvía, y siempre con arreglo á la justicia más hermosa. Aldave fué durante mucho tiempo la suma autoridad, el sumo prestigio en esta cabila de Anyera que hoy nos hostiliza con saña, con lo-

cura. Cuando el moro quería trabajar, aquí hallaba trabajo; cuando quería educarse, aquí hallaba maestro; cuando quería servir á España, la bandera le recogía en uno de sus pliegues. Y así el moro, irremediablemente, para vivir mejor, para comer, vestir mejor, atraído, fascinado por la sensualidad y por la espiritualidad, se nos acercaba. Unos años más, y buena parte de la zona sería hispana de corazón, de cerebro y de aparato digestivo. Cuando avanzaran los soldados con el pretexto del jalifa, sin ofenderles en su dignidad ni destruir sus aduares, avanzarían por tierra de amigos.

¿Pensaba esto Aldave? ¿Quién lo duda? Yo tengo noticias de que, no sólo se afanaba por el presente, sino que, avizor, contemplaba el futuro. Sin darle importancia, iba tomando sus posiciones. Su Estado Mayor levantaba mapas de la zona. Con el pretexto de realizar una cacería de jabalíes, avanzó el propio general y estudió sobre el terreno la invasión venidera. Tenía en su mano los croquis del terreno, el valor táctico de cada roca y de cada rincón y, sobre todo, el corazón de los indígenas. Lentamente, seguramente, dejando atrás posiciones bien tomadas, teniendo la evidencia de no precisar retaguardias defensivas, llevando su prestigio, su pan, su ciencia y su justicia antes que sus fusiles, Aldave hubiera llegado á Tetuán por un camino de flores. Para los rebeldes hubiera sido inflexible. Aun así, es posible que no hubiera tenido que realizar un solo fusilamiento.

Tal ha sido Aldave. Justo es, ya que fué varón tan probo, tan inteligente y tan ilustre, rendirle desde aquí, viendo su obra, sintiendo su admirable obra, el homenaje de nuestra gratitud como fervientes españoles.

¿Qué hizo Alfau?

Líbreme Dios y mi ángel tutelar de hacer crítica del señor Alfau. Caído, no fuera ecuánime atacarle. Por lo demás, la culpa—si hubo culpa—de cuanto sucedió, no es sólo imputable á él. Es posible que sólo el conde de Romanones haya sido el causante.

¿Recordáis? Había sido asesinado el señor Canalejas. El conde de Romanones, como pudo, consiguió el Poder. Transcurrió algún tiempo entre dudas, incertidumbres, desmayos. El perspicaz ojo presidencial buscaba un relumbrón con el que fascinar á la opinión pública, dándole buenos auspicios, que ofrecieran Gobierno venturoso. Con tal objeto, sin preparación bastante, sin elementos, sorprendiendo á moros y á cristianos, fué tomado Tetuán. Por cierto que la opinión, que conoce á nuestro ex sagaz ex primer ministro, no se alegró demasiado.

—¿Cosas del conde?—pensó—. Rara casualidad si nos sale bien.

Yo ignoro si el señor Alfau estimuló un tanto al Gobierno, si la visión de un alto cargo á crear

podría influir... Desconozco al señor Alfau, y no me atrevo á dar opiniones que pueden ser banales. Lo cierto es que se ocupó Tetuán prematuramente, que no estaba tomado el camino, que no se contaba con las cabilas vecinas, que no había madurado el instante. Lo cierto es que un día, hace algunos meses, los anyerinos, interceptando las comunicaciones, rompiendo nuestra continuidad, cortándonos, llegan á la carretera, asaltan coches, asesinan á niños y á mujeres, y que cuando Arráiz llega con sus tropas admirables, sufre tristes bajas.

Es muy fácil gobernar «por etapas», es decir, al día, sin mirar al futuro, dando golpes de efecto que son pagados más tarde á precio muy caro. Es muy fácil. Pero es muy difícil, por inteligente que sea el mando y por valientes que sean las tropas, hacer que las uvas se hallen antes de Agosto en sazón y que los moros se nos sometan antes de haberlos sometido.

Yo he visto y he sentido estas amarguras, creyéndolo un deber, no puedo menos de clamarlas.

El problema de hoy.

Ha dejado, pues, el señor Alfau el planteamiento de un arduo problema. ¿Retrocederemos? ¿Afrontaremos la cuestión militarmente, sofocando á los insurrectos de Anyera, sometiéndolos por la fuerza y cueste lo que cueste? ¡Problema enorme,

al que nos ha llevado este sistema de Gobierno «por etapas» y de vivir al día...!

Yo creo, y así lo creerá el más tímido, que no puede dudarse en la elección de males. ¡Ir!

A Tetuán debimos llegar algún día. Lo malo ha sido llegar antes de tiempo, y, sobre todo, sin allanar el terreno, sin que supusiera brinco, por una vía total, definitivamente española. Pero teníamos que ir alguna vez, y puesto que fuimos, allí nos hemos de quedar. Europa y Africa se reirían de nosotros si nos viesen tornar á Ceuta. Aquello es nuestro; allí tenemos un jalifa, intereses creados, y, sobre todo, allí tenemos el honor. Debemos quedarnos.

Yo, que estoy viendo los yerros pasados y que me hallo decidido á ponerlos en ejemplar evidencia, pero que observo también los aciertos grandes, las cualidades supremas de quienes pueden resolver aquí el conflicto, imaginara disparate una vergonzosa retirada. Se fué harto pronto. Debimos ir mejor. Aun así, quedémonos, quedémonos por dignidad, por decoro colectivo y porque, al fin, aun yendo por más cómodos carriles, teníamos que llegar á esa ciudad maravillosa, que ya me llama con atractivo gesto, y cuya posesión es, al fin, un orgullo.

Por el momento no existe, pues, sino un problema militar, que ha interrumpido al otro, al más arduo, al político, al enorme.

¿Una impresión acerca del primero? El proble-

ma militar que la palabra «quedarnos» encierra, no soy yo el llamado á resolverlo, ¡pobre de mí! Marina, este ilustre continuador de Aldave, más completo aún, resumen de virtudes ciudadanas, sabrá lo que debe hacer. Cuenta con generales aptos, con una oficialidad aguerrida, heróica, en la que se ha refugiado una selección étnica sublime; con unas tropas bisoñas, pero valientes, ¡valientes!, abnegadas, sumisas, ejemplares, con el entusiasmos y el respeto de todos.

—Mi general, cuadrado ante vos, sumiso y respetuoso también, os lo pido en nombre de la raza. ¡Enderezad el entuerto!





LOS ABSURDOS QUE SE HAN HECHO

¿Quién es el moro?

¿Será conveniente saber con quiénes vamos á operar?

Los amables capitanes señores Sigüenza, Berrio y Matos, á quienes debo atenciones tan hidalgas, sólo pagaderas con una agradecida y firme amistad, me han hecho conocer á un arabista consumado, á un hombre que por servir á su patria vivió durante años en las cábilas una existencia penosa, al comandante señor García del Valle.

Verle y hacer presa en su bondad, fué cosa del momento.

—Yo necesito que me dibuje usted al moro en una pintura completa. Se me antoja esencial conocer á nuestro enemigo de hoy, á nuestro amigo de mañana.

Instantes después, en el Casino Militar, este hombre culto y modesto, que no ha sido bien aprovechado, como se suele hacer en España con los

hombres modestos y cultos, me daba toda una lección.

¿Cómo es el moro?

Ante todo, un adversario temible. Hay que decirlo así, con toda claridad y evidencia, para que no se llamen á engaño los ilusos. Hay que decirlo así para que brille más el heroísmo de nuestros soldados vencedores; pero también para que, contemplando las uñas y las zarpas, no creamos banal el tacto, la prudencia.

Por de pronto, los moros que llegan á tener veinte años, son una selección. Ocurre algo con esta gente de lo que acontecía con los espartanos. Una vida fiera, sin médicos ni boticarios, va dejando atrás cadáveres de enclenques y de inútiles.

La ilusión del moro es tener un fusil. Cuando lo tiene, su ilusión es matar. Y si el muerto es un cristiano y un invasor, entonces la ilusión es delicia.

El moro es rudo, ágil, tirador certero, valiente por religión y por supersticiones. Antes de llegar al combate se ha provisto de un amuleto que le apartará la muerte. Su arranque, llevado por esta confianza, es impetuoso. Retrocede muy rara vez. Diez tiradores bien parapetados le harían cara á un cuerpo de ejército. Sólo el temor á que les corten la retirada, les hace vacilar. Para burlar la artillería se diseminan cautos, y ven llegar las granadas y sus balines con ojos de iniciado. Tienen una estrategia tan primitiva, pero tan sa-

gaz, que cuando luchan entre sí, aun luchando con todo coraje, apenas se hacen bajas. Viven ojo avizor. El moro, en tiempos de paz, duerme con el fusil en la cabecera de su camistrajo.

Es un tirador excelente. En cada aduar existe, por lo menos, un «chig-rámii», un «viejo tirador» ó maestro de armas, que adiestra á los otros, y que, peleando contra los españoles, es desde su punto de vista, precioso, admirable fusilero. Ayer no se disparó más que un tiro contra las tropas avanzadas de Arráiz. La bala mató al teniente Gallo é hirió á un cabo de ingenieros. Sin duda, aquel inicuo proyectil venía de un «chig-rámii».

Es fuerte, duro, ágil, perito estratega, y es además paciente. El moro estaría semanas, meses, años, apostado tras de una chumbera para matar á un hombre. Un caso demostrará esta cachaza inaudita del moro.

Cierto labrador anyerino, que venía todos los años á Ceuta para vender sus reses, halló un año transformado el río que había de vadear para llegar al campo español. El vado primitivo, rudo, salvaje, que antes le servía, y que fué construído por manos sarracenas, ya no existía. En su lugar, un magnífico puente español dejaba el paso libre...

Esto contrarió, sin embargo, al moro. No entraba en sus costumbres ni en sus cálculos pasar el río de tan lisa y llana manera. Aquello era obra de condenados. Se negó á pasar. Y como el agua era caudalosa, y el vado antiguo no existía, tomó

asiento, fumó su «kif» y esperó durante algunas semanas á que disminuyera la corriente y pudiera cruzar sin mojarse.

¿No será ese moro uno de los «pacos», arteros y sufridos, que aguardan día y noche tumbados en las rocas á que se cruce un español para mandarle su bala única, eficaz, asesina y terrible, al pecho, al vientre?

Luchamos, pues, con un enemigo tremendo, con un enemigo necesariamente vencido á la remota, pero con un enemigo que nos hará sangría inacabable y que nos ocasionará gastos imposibles si queremos imponernos á su bravura sólo por el terror.

No España, sino Francia y Alemania juntas, con todos sus ejércitos, con todos sus cañones, con todo su valer ofensivo, dejarían un cadáver en cada uno de estos picachos.

Ahora bien; ¿es el moro solamente un guerrero? Y, aun siéndolo, ¿no tiene sus debilidades, sus flaquezas, al fin perteneciente á una raza sin refinamiento, sumida en la barbarie? ¿No tendrá, por lo demás, sus virtudes?

Sí. Nada tan fácil que someterlo por la convicción, nada tan sencillo que hacer su conquista.

En primer término, el moro no es patriota. Al hombre patriota no se le puede aherrojar. Napoleón, como dice la maja Pastora Imperio, sucumbió en España. En España se luchaba por la bandera, por ese exquisito y noble sentimiento de pa-

tria que tienen los pueblos civilizados... ¡Qué se yo! ¡Un torrente de ideas complejas y heroicas que se nos agolpan en el espíritu y que nos hacen trincar las armas cuando vemos ultrajado el símbolo, el emblema!

Pero el moro, no. El moro no siente á Marruecos. Aborreció al Sultán. Desconoce los elementos psicológicos que informan la nacionalidad y que sugieren el patriotismo. El estado lamentable de su cultura les impide saber que tuvieron literaturas afines, arte idéntico, lazos de pensamiento semejante, intereses y amores. Marruecos no existe para el moro. Apenas si su alma exígua, de un regionalismo bárbaro y medioeval, pasa de su cábila. El moro no quiere más que á su casa, á su caballo, á su fusil, á sus hijos y, por último, á su mujer. En ocasiones aborrece á la cábila vecina. Muchas veces, hasta por goce, combate contra ella.

Así, pues, ¿no veis aquí la certeza de una dominación que será?

Sin patriotismo, dejadle su religión, la casa, el caballo, el fusil, los hijos y la mujer; mejoradle todo esto, consentidle sus pruritos, fomentándoselos, y será nuestro. ¿Qué digo nuestro? Empleará sus armas en vencer con nosotros á otros cabileños á quienes desconoce por hermanos.

La lucha no es en Marruecos lucha contra una raza, sino contra unas cábilas sin cohesión. Durante la francesada, Cádiz y San Sebastián, Va-

lencia y La Coruña, eran el mismo pueblo. Aquí, á seis kilómetros, no llegan ni las angustias ni las desesperanzas, ni las bravuras, ni los himnos... ¡Qué problema tan fácil con un poco de talento político! ¡Qué problema tan violento y tan desesperado con la vesania y la torpeza!

Porque, además, el moro es susceptible al halago, y además es agradecido. Ardua tarea la de ganar su corazón. Como toda la gente zafia y tosca, es desconfiado y tacaño para el sentimentalismo. Pero así que se os ha entregado, es para siempre.

Mirad... Entre estos moros de nuestras milicias, cuando tan fácil y tentador es irse, ¡qué pocos desertan! Apenas si cuatro bisoños llegados por hambre, y que no les pudieron tomar afecto á sus jefes ni apego á su vida.

Dos caminos.

Conocido el moro—y yo no creo que haya hombres capaces de ignorar tan esencial premisa—, hay dos caminos á seguir. Combatirlo sin tregua ni piedad. Atraerlo. ¿Qué hacer? Si se pretende lanzarnos por la senda irreconciliable, puede hacerse. No es un imposible. España tiene hombres, dinero, fuerza para lograrlo. Pero harían falta 200.000 soldados, de los cuales se quedarían muchos aquí, largos millones, y dos, tres años de infinitas amarguras. Si se deciden nuestros Gobier-

nos á emprender la otra senda, llegaremos más tarde. Acaso la ocupación de nuestra zona, salvo, naturalmente, lo indispensable para mantener comunicaciones y hacer un ferrocarril, sea obra de una década. Pero habremos ido avanzando sin muertos, sin rencores, como Aldave fué dueño de la hoy indómita cábila anyerina.

Cómo estaba la cuestión.

Ayer dediqué loas fervientes á ensalzar al venerable marqués de Guelaya. Deben crecer mis loas. A cada paso descubro alguna pista de su visión admirable y de su obra esforzada.

Lector: en dos ocasiones, asómbrate, ¡fuimos aliados de esta Anyera que hoy fusila desde sus riscos á nuestros adalides!. ¡¡Aliados!! Cuestión de un poco de sagacidad, de un poco de sentido práctico, de un poco de tacto y de mesura.

Estuvimos aliados con los anyerinos contra el «Valiente», y estuvimos aliados contra el Raisuli. Es decir, sus fusiles, sus corazones, sus piernas ágiles, sus ojos certeros, sus posiciones estratégicas, todo era nuestro. ¡Y lo hemos perdido! ¡Y esos valores de avance y de economía se han trocado en valores de retroceso y despilfarro! ¡Ay, hermano lector; seas militar ó civil; basta que seas hermano, para llorar sobre estas desdichas!

El «Valiente» nos era molesto y les era molesto. Para nosotros era un mosquito peligroso y

flexible, móvil, fugitivo y contumaz. Para los cabileños de Anyera fué un matón que les imponía sórdidas é injustas alcabalas, pechos y gabelas. Unidos, podríamos dominarlo mejor. Así lo comprendió el moro. Y, apoyado en el paisanaje, pudo el glorioso marqués de Guelaya derruirle su vivienda y reducirlo á la mendicidad.

El Raisuli, con más aparato, y hombre de mejor porte, no fué para los anyerinos sino otro aborrecido alcabalero. Anyera, por razones forales, venía estando exenta de pagarle impuestos al Sultán durante siglos. Raza brava, indómita, cercana del mar, había sido baluarte contra el invasor. Su prestigio la escudaba de estos tributos ominosos y crueles percibidos por el Sultán para comprar trescientos automóviles y mil aparatos fotográficos, pueril y malversador como cualquier mal funcionario...

Pues bien; contra el Raisuli, que los amenazaba «mehalla» por delante, intentando cobrarles impuestos, se nos unieron estos fieros anyerinos. ¡Imaginad qué distinto problema al de hoy contando con ellos! El camino de Ceuta á Tetuán, libre. La pelea con el Raisuli, más fácil. ¡Y todo esto se ha desbaratado de una torpeza en otra!

La política que se ha venido siguiendo hasta que se iniciaron los horrores con la inesperada y prematura ocupación de Tetuán, no pudo ser más feliz. Atracción, cautela, parsimonia, y cuando era preciso llegar á la dureza, ser duro de una manera

inteligente, y no arrasando por arrasar, y no haciendo de cada indigente un desesperado y un irreconciliable.

¡Si fué preciosa la obra del viejo y probo general!

He aquí un rasgo. El aduar de Beni Mesala, por las razones que fueran, siempre injustas, se nos declaró enemigo. Entonces, Aldave ¿estragó sus sembrados, sus viviendas? Fué más sencillo y más eficaz. Les prohibió acudir á Ceuta para vender sus productos; es decir, los sitió por hambre. Y cedieron, y demandaron perdón, y olvidaron rencores: que el fuerte lo había sido con imperio, mas no con violencia cruel.

Otra medida excelente y de una diplomacia exquisita. Llevar, como se hizo, á unos cuantos cabileños de por aquí á nuestra ya sosegada zona de Melilla.

¡Si viérais el efecto!

Los cabileños del Gurugú, raza bereber, gente del Rif, la más brava del Imperio, goza fama en todas las tribus de guerrera y de indómita. A los nacidos de aquella región, estos otros moros, seguramente más blandos, les llaman, para dar idea hiperbólica de su virilidad, «los hombres de tres barbas». Ver sometida á esa gente, constituye el mayor de los estupores y la más decisiva persuasión á dejar las armas. Fueron; no querían creer que se les hubiera sometido; contemplaron aquella zona dilatada que ya nos pertenece; y al volver, decían:

—Españoles, ser fuertes. ¡Vencer á los «hombres de tres barbas»!

El error.

Habría para estar escribiendo horas y horas, si no temiera fatigaros y si mis nervios soportaran la tarea...

Os daré, aun así, un apunte somero, perjeñado al reflejo de una vela, rendido por las cabalgadas y con la perspectiva de ir mañana hasta Condesa para ver á los héroes del general Arráiz.

¿Queréis saber en qué ha consistido el absurdo?

Sencillamente... Hemos roto el pacto con Anyera. Lo pacífico es hirsuto, los amigos son adversarios; nos hemos detenido, y hemos gastado inútilmente hombres y dinero.

Se ha roto con Anyera por dos razones: La una, por haber avanzado hasta Laucien. Yo desconozco el valor estratégico de esta posición y las razones que hubo para tomarla. Sé únicamente que en el santuario de Muley Abd-Es-Selam juraron los notables de toda esta región unirse para combatirnos si amagábamos con avanzar en aquella dirección. Se avanzó. Anyera, fiel á su compromiso, entusiasmada con la predicación de una guerra clerical encendida por los santones, se ha unido al odiado Raisuli. Sé únicamente esto. Dios me libre de opinar. Consignemos los hechos y abstengámonos de un ridículo desliz.

Pero la otra razón es clara, triste y lamentablemente clara. ¡Se les impuso á los anyerinos un caid! ¿Sabéis lo que esto significa? Es la persecución, la violación. Es el caciquismo... ¿Os reís acaso? ¡El caciquismo, el afán de colocar al allegado, el microbio importado desde la metrópoli! ¿Sabéis lo que duele á un anyerino tener como caid al advenedizo, al hombre sin prestigios grandes, sin autoridad, al que no aman ni respetan? Y se negaron, y suplicaron, y amenazaron. Y se nombró caid á un hombre de tan largos apellidos como breves méritos, á Mohamed Ben Abd es Zelam el Saidii. Y se alzaron en armas los anyerinos. Y surgió la guerra.

¡Aldave, caudillo preclaro, cuánto no habrá sufrido tu corazón bondadoso cuando lo supiste!

El problema militar.

Estamos, pues—lo repito—, ante un problema militar que pudo evitarse en esta comarca, que ya no existía, y al que nos han llevado pasadas torpezas.

La cábila de Anyera está rebelde. La cábila nos hostiliza con saña, con ceguera, sin apelación. Nos ha matado á varios hombres. Hay que vengarlos. Hay que matar, que matar bizarramente, á ultranza; hay que barrer, que asolar. Nos hemos colocado en un camino del que retroceder sería vil. Esos morazos estultos y groseros se morirían de risa. Ya lo dicen:

—España no querer guerra, y no mandar más gente.

¡Sí! España quiere guerrear. Lo que no quiere es guerrear sin freno, torpemente, conducida por el error y el fracaso. España mandará tropas, y será acuchillado el asesino, y estos cadáveres que vimos desfilar serán vengados, y no quedará piedra sobre piedra, y seremos la nación terrible que castiga con bravura y con militar entereza cuando se hace preciso.

Luego, el general Marina, ya vencedor, descenderá de su corcel. Paternal y altivo, irá en busca de los dominados, y alargándoles sus guantes de gamuza, les dirá hidalgo y noble:

—¡Si os traemos el pan y la cultura! ¡Si os ofrecemos nuestro amor!





EN TIERRAS DEL COMBATE

El general Menacho.

A las once de la mañana hierve la comandancia general. Hablo un instante con el coronel Marenco, jefe de Estado Mayor, y que trabaja veinte horas diarias en esta labor sin lucimiento, por eso más heroica, de llevar en frío todas las operaciones. Los ayudantes del general García Menacho, solícitos y corteses, facilitan mi visita al caudillo de Ceuta. Pero es imposible celebrarla pronto.

—¿Quiere usted venir á las tres? Tendremos al general avisado y habrá un claro para ustedes.

El general nos recibe amable y acogedor. Está en una sala modesta, que adorna solamente un deplorable retrato de S. M. el Rey, pintura que, al fin artista, indigna á Ramón Alba. Es chiquito el general y de tipo hidalgo, fino hidalgo español. Sobre el corazón, poniendo sangre encima del rayadillo, la cruz de Montesa.

—Vengo, mi general, con el propósito de hacer una obra patriótica. Tal es mi mandato y mi proyecto. *A B C* me ha enviado.

El general sonríe al escucharme.

—Tiene una noble historia ese periódico—afirma sin caer en impostura—. Creo que podrán hacer ustedes algo indispensable y urgente. Meter á la opinión en el problema. ¡Lástima que no afluya el sentimiento colectivo á un asunto de tan vital interés!

Hay en la voz del general Menacho un dejo íntimo de melancolía. El general es hombre de psicología dulce y penetrante, tan bravo militar como espíritu de gabinete y de cultura.

Un detalle conozco del señor Menacho que descubre su alma bondadosa. Invadió recientemente algunos territorios marroquíes, haciendo en la harca verdadero estrago. Cuando, realizado el objetivo, decidió acampar, alguien que buscaba la manera de construirle una choza, señalando hacia unos cañaverales, insinuó:

—Mandaré cortar esas cañas para hacer, mi general, su «palacio».

—No—replicó el general—. Ha huído el moro, su dueño, y no habría manera de pagarle sus cañas. Por lo demás, deje usted que descansen los soldados.

Y durmió el artillero de sesenta años como pudo, hidalgo y fuerte, y en el pecho su cruz de Montesa...

—Así, pues, mi general, querría escucharle para formar juicio, para orientarme un poco.



--España, desde Gibraltar, el camino de África, te sonríe.

Vi cruzar la prudencia, la prudencia militar, por sus ojos inteligentes y sagaces.

—¿Vieron ustedes al general Marina?

—Todavía no. Ceuta es paso de Tetuán. Pero lo veremos. Nos atrae su autoridad y su prestigio.

—Véanlo ustedes. Marina es quien dirige, quien manda, quien puede hablar. Yo no debo hacer nada. Lo que sí haré, con mucho gusto, y ya que vienen animados de tan buenos propósitos, es indicarles algo de lo á mí perteneciente, de lo acaecido en mi zona.

Y nos llevó el general junto á un mapa, y nos señaló, punto por punto, minucia por minucia, el recorrido de Ceuta á Tetuán, y en el que operan hoy las tropas de Arráiz.

—Combatir á los fronterizos de la carretera, asegurar con buenas posiciones el tráfico. Dejar el camino libre para los convoyes, para que se haga el ferrocarril, para que nuestra influencia no tenga valladares próximos. Esto es lo que se hace. ¿Lo que se hará? Marina tiene su proyecto. Yo, aunque lo conociera, no podría explicarlo.

Había sido parco el general, pero suficiente. La visión de las operaciones actuales en esta zona, ratificada en un mapa excelente, profuso, me había satisfecho. Intervino Alba para hacer su fotografía. Luego, cuando ya nos despedíamos...

—Ahora, mi general, un favor. Que nos dé una carta para el Sr. Arráiz, un salvoconducto.

Y fué una carta que nos llenó de alegría. Sin elogios inmerecidos, sin frases laudatorias, serio y grave, afirmaba el general: «...Antón del Olmet, que viene para realizar una labor patriótica...»

Fué como si el general Menacho nos hubiera cedido por un instante su cruz de Montesa.

Los de Anyera.

Ya conoces, pues, lector, el objetivo máximo de las operaciones realizadas y de las que habrán de realizarse. Someter á la cábila de Anyera. Sometida, quedará pacificado lo esencial y habrá una larga tregua. Esta es la impresión dominante. La paz y una senda política, inteligentemente política, sucederán luego.

Ahora bien; ¿quiénes son los anyerinos?

La cábila es una de las más populosas y valientes de cuantas radican en Marruecos. Su terreno es abrupto, lleno de fuertes defensas naturales. Cuenta con más de cien poblados, cada uno de los cuales tiene su mezquita y, por ende, su propulsor religioso y su cuartel de aprovisionamiento.

¿Cuánta gente? ¿Cuántos fusiles?

Gente, unos 40.000 pobladores. ¿Combatientes? Fácil resulta de hacer la cuenta. Quitad 20.000 hembras, y de los 20.000 hombres restantes suprimid la mitad, entre niños, ancianos y enfermos. Total, 10.000 soldados. ¿Qué? ¿Os ha parecido la cifra exagerada...? Tened en cuenta que

un chico de once años es aquí guerrillero, que los viejos saben herir también y que nadie está enfermo en el aduar. El moro pasa de la vida á la muerte como por ensalmo. En España, un médico inteligente, una familia cuidadosa, una casa higiénica, prolongan el vivir de los caducos. Aquí, en cuanto á un moro le duele un pie, cien sangrías, varios potingues y un embaucador de zoco, dan al traste con la naturaleza más sana. El catarro es aquí pulmonía triple, y la mera indigestión, peste bubónica...

¿Cuántos fusiles? Unos 5.000, de los cuales 3.000 son excelentes, y los otros 2.000 remington y espingarda.

Como véis, el enemigo no es trivial.

Sin embargo, almas asustadizas y pueriles, gente que de todo se apura, no tembléis. Nuestros soldados son, comparados con esas fuerzas, el puño vigoroso que aplasta. Y, además, oid ahora la noticia buena, la noticia para el temblón y el espantadizo.

La mitad, ¿qué la mitad?, el 80 por 100 de los anyerinos desean vivir en paz y en gracia de Mahoma, sembrando sus tierras al calor de España. Si han huído, si forman parte de la harca, lo han hecho cautivos del pánico, arredrados por los rebeldes—un grupo de fanáticos hirsutos—, y están, en el fondo de sus almas, anhelando que se acabe la guerra. Son vencibles con facilidad, porque llevan la derrota en el espíritu; y constituirán

pronto una excelente y eficaz tribu de agricultores. Mirad... Entre los que han escapado, existe cierto viejo que luchó contra Prim y que guarda un retrato del general con admiración entusiasta. Es un seducido. Sus hijos y sus nietos lo son también. Luchan sin odio, y, sobre todo, sin esperanzas. En cuanto sean batidos de nuevo y los raros indómitos rebeldes pierdan la ilusión, mendigos, indigentes, sin sembrados, sin casa, rotos y famélicos, seguros de haber cometido una profunda estupidez, llegarán hasta Ceuta gachos y humildes, buscando el perdón y suplicando la caricia del fuerte.

A caballo.

—¿Vamos á Condesa?

—Vamos.

—¿Nos dejará un «paco» en el camino?

—Sería una interrupción poco agradable. Opto por las palúdicas. En fin, no hay cuidado.

Han ido con nosotros el capitán de la Guardia Civil señor Vara y el teniente de Caballería señor Derqui. Alba, con un heroísmo admirable, nuevo Prim, corría delante de todos hacia los sarracenos, dispuesto á consternarlos con su cámara. Derqui, andaluz, y, claro está, simpático, decíame de vez en vez:

—Este hombre es un león. ¡Se nos ha revelado! ¡Yo estoy atónito!

Anda que te anda, galopa que te galopa; unas veces mal y otras peor, llevé mi trotoncillo camino de las avanzadas en que Arráiz opera. Nunca, os lo juro, viviré tan dichoso como viví durante estos instantes supremos.

¿Qué os parece llegar hasta los campos de leyenda y heroísmo, en que Ros de Olano y Prim se hicieron inmortales, y llegar confiadamente, sin precauciones inútiles, por un camino que ya n os pertenece? ¿Qué os dicen estas gándaras en que luchó nuestra Infantería, la Infantería de Isabel II? ¿Qué os sugiere contemplar los Castillejos, los auténticos, los reales Castillejos, lugar de ventura y de ímpetu? ¿Qué pensaríais, ya que os supongo buenos patriotas, hollando este noble camino, regado por sangre de nuestros abuelos ilustres, que abandonamos después, y que hoy, cuando nos creíamos sin zarpas, es ya nuestro definitivamente?

Galopaba el caballo. A la izquierda, el mar de Africa, de un color esperanzoso y alegre. A la derecha, tierras de O'Donnell, de Zabala y de Echagüe. La lluvia matutina había sentado el polvo y había levantado los pocos maizales que aún están erguidos, y que brillan con júbilo. El sol de mi patria bruñíalo todo, y por estar lejos de España sentía gozo iluminando nuevas tierras españolas. Corría, corría el caballo por el Africa ibera.

—¿Es aquella la loma de Prim?

—No. Es aquella del fondo.

—¿Aquella tan alta?

—Sí, aquella.

—¿Y subió por las mochilas desde el valle, frente á sus voluntarios, con el pecho descubierto y calada la bayoneta?

—Sí.

Es una mole gigante, donde arañan zarzas y pitas, inaccesible para el hombre, y donde sólo pueden subir los pensamientos heroicos.

Me detengo, me descubro. Lector, descúbrete conmigo, y conmigo, español también, ante lo sublime, reza ó llora.

Invocación al optimismo.

Un poquito de historia, nada más que un poquito. Creo baladí la manía de investigar. Me ha parecido siempre la erudición carátula de ineptos. ¡Hoy! ¡Mañana! Del pasado no extraigamos más que la flor de su experiencia y, á veces, el perfume remoto de su arte.

Pero aquí no existe otro recurso. ¡Es tan bello el pasado, y es, sobre todo, tan conducente al optimismo!

Desde el día 16 de Noviembre del año 1859 hasta el día 25 de Marzo del año 1860, en que firmó la paz Muley-el-Abbas, duró la guerra. Tomó parte en su dirección lo más ilustre del Ejército: O'Donnell, Zabala, Ros, Prim, Alcalá Galiano, Ríos, Echagüe. Tuvimos en el cuartel

general 24 oficiales, 526 hombres, 54 caballos: en el primer cuerpo de ejército; 14 batallones, dos escuadrones, 26 cañones, 457 oficiales, 8.661 hombres, 664 caballos: en el segundo cuerpo de ejército; 17 batallones, 18 cañones, 415 oficiales, 8.163 soldados, 355 caballos: en el tercer cuerpo de ejército; 15 batallones, un escuadrón, 18 cañones, 472 oficiales, 8.765 soldados, 546 caballos... Tuvimos dos divisiones más... En conjunto, las fuerzas que trajimos fueron las siguientes: 64 batallones, 24 escuadrones, 80 cañones, 2.119 oficiales, 43.069 soldados y 3.033 acémilas. El heroísmo de aquellos hombres ya no es opinable; pertenece á la Historia y á lo consagrado. Se dieron batallas celebérrimas. La de Wad-Ras sólo, nos costó siete oficiales y 130 soldados muertos y 104 oficiales y 1.027 soldados heridos. El desfiladero del Fondak y el camino de Tánger habían quedado abiertos; mas ¡á costa de cuánto sacrificio insigne! Muley-el-Abbas firma después la paz. Nos dan una indemnización. Pero todas aquellas tierras, ganadas tan ruda y noblemente, se abandonan. Sólo una zonita insignificante nos resta de tanta victoria, de sacrificio tanto.

Hoy, sin leyenda, sin aparato, sin tantos hombres, sin bajas apenas, logramos dominar. La Inglaterra, que antes se nos mostraba hostil, anímanos hoy. ¿Qué ha ocurrido? ¡Que sin leyenda, sin aparato, sin estruendo, somos hoy—oidlo bien, alegráos mucho—, nación de más fuste, de mayor

eficacia que lo fuimos ayer, cuando Prim arremetía, bello y pacífico, arrogante y sublime, con sus catalanes!

Alba deserta.

Hacemos en Condesa un leve alto para que Alba retrate á unos héroes. Después, seguido por su escudero, emprende carrera desenfrenada. El teniente Derqui dame un codazo, y exclama, trémulo:

—¡Ese hombre deserta!

—¿Qué?

—Que se va camino del moro; que no es por ahí; que le van á dar un tiro.

Yo miro al fotógrafo sublime con verdadero estupor. ¿Le habrá contagiado el ambiente, y habrá decidido hendir la morisma con denuedo soberano? ¿Habrá, sutil, de una psicología complicada, pensado irse al enemigo, animado por la esperanza de que le proclamasen santón? Yo estoy sumido en un abismo de perplejidades, viéndole correr con una furia desatada hacia los «pacos». Y no, no valen gritos:

—¡Alba!

—¡¡Pero, Alba!!

El teniente Derqui, yo, nos desgañitamos. Alba, con la fatalidad del proyectil, corre, vuela.

Cuando regresa, al fin, espeluznado, sudoroso, de la refriega ardua, le pregunto:

—¿Eres un héroe ó un desertor?

—Un hombre que perdió los estribos.

Mitigada esta cuita, seguimos hacia las avanzadas por el camino de Menisla, en busca de Arráiz.

Pleitesía.

Un campo de efemérides, donde los nietos de Prim han vuelto á regar con su sangre hosca tierra dominada ya; cudias abruptas, refugio del «paco»; greguería, ¿qué digo greguería?, fanfarria jovial de campamento; hombres atezados y alegres á quienes la muerte acecha tras de aquellos picos...; algo nuevo, maravilloso, fascinador; algo que no se parece á nada; algo tan supremo y tan augusto que hace brotar á las nacionalidades, que las funda y las mata, que nos hace llegar á lo sublime y nos despeña en lo monstruoso; que hace cantar á Homero; que anima los pinceles, el martillo de los escultores, los geniales pentágramas; que propagó la civilización cuando Roma y España se la dieron al mundo; lo más grandioso, lo más bello...: ¡la guerra!

En su tienda, el general Arráiz, que hoy sujeta en sus manos hierro de Toledo y sedas amarillas y rojas, nos da la bienvenida.

—Mi general...

Y en este «mi general», frente al enemigo, mientras zumba el jocundo campamento, pensando en España, he doblado toda mi rodilla.



LOS VALIENTES DE ARRÁIZ

Benemérita.

Quise dejar adrede esta importante minucia para dedicarle un elogio largo y merecido.

¡La Guardia Civil!

Desde los fortines á Condesa, vigila el camino. Vedlos. Son unos hombretones serios, de muy viejo porte militar, bigotazo y tricornio, el deber por religión, el ánimo prudente y atrevido. Graves, avizores, en lo alto de crestas difíciles, tienen á raya al moro. Ni un «paco» se acerca. La Guardia Civil les inspira temor y respeto.

¿Por qué? ¿Por qué no se atreven con ella?

El guardia civil es un soldado ideal. Es voluntario, es ducho, pasó generalmente de los treinta años, conoce la bala y la muerte, y no tiene una sola inferioridad con relación al soldado indígena. Desperdigado por estratégicas parejas, es un admirable «contrapaco». Sabe tirar á tenazón, como pide Burguete para todo el ejército. Sus ojos conocen los secretos del campo. Ve rebullirse á una

sabandija y escabullirse á un moro. ¡Cualquiera sorprende á una de estas escrutantes parejas de la Guardia Civil!

El servicio que realizan ahora, es enorme. Todo el día en lo agreste. De noche vigilando el cuartel, expuesto á una sorpresa, siempre arma al brazo.

—¿Son muchos los que realizan el servicio, capitán?

—Muy pocos.

—Entonces, habrán de centuplicarse...

—¡Claro!

—¿Y están satisfechos? ¿No refunfuñan?

—El guardia civil no se queja ni se duele jamás.

Y los miré. Serios, graves, con sus bigotazos, con su tricornio, con sus capotones, centinelas eternos y seguros, á quienes el moro teme y respeta. Y les hice un saludo cordial. Y ahora, cuando ellos no me ven ni me oyen, exclamo:

—Señor ministro de la Guerra, señor ministro de la Gobernación. Hay que aumentar el número de guardias civiles, y hay que ponerles, además, una cruz en su pardo uniforme, á la sombra del bigotazo y del tricornio.

¡Benemérita! ¡Ya lo creo, lector!

Ahora te referiré una frase preciosa, que descubre un alma. Es el teniente coronel Don Julián Aldir, guardia civil también.

Vino conmigo desde Algeciras para ver á un

hijo teniente que tiene en la guerra. ¡Si lo quiere...! No hablaba de otra cosa. Llegó, fuese al Rincón del Medik, donde opera su bizarro cachorro, pasó con él todo el día, y volvió.

—¿Qué, Don Julián?—hube de preguntarle.

Venía cansado, ajado, molido.

—Nada, un día más que regular. El chico tenía servicio de aguada, y aunque su coronel, bondadoso, se empeñó en relevarle, no consentí, y allá me largué con el muchacho.

Hizo una pausa el teniente coronel. Luego, alargando una pierna estropeada y prendiéndose la servilleta con desgano, musitó:

—¡Figúrese usted! ¡Podían salir los enemigos y herir al substituto!

Y lo dijo sin presunción, como una cosa natural y sencilla. Y yo miré, y vi un bigotazo muy recio y un tricornio forrado de hule.

¡A la guerra!

Ya en Condesa, tropezamos á una compañía. ¡Si viérais qué risueño espectáculo! Esto, esto es militar. Los rostros están atezados. Cuando un «salacof» se alza, vése la raya morena, rectilínea, en contraste marcado, que puso el sol y que fijó el viento. El oficial se vuelve hacia su tropa con un aire ¡tan bondadoso y tan íntimo! Los soldados veteranos ya, tienen sus barbazas crecidas, están rojos y ostentan un aire decidido y rudo. Bromean y marchan alegremente. Con el vestido kaki y la

prolongada alineación en que caminan, parecen una serpiente larguísima que olfatease, cauta é inteligente, la victoria. Charlan y ríen. Yo los veo pasar junto á mí. Y con el sentimiento les doy á todos la mano. Ellos me observan un instante, y algunos me sonríen. Parece como si hubieran comprendido lo que mis labios callan y mis tácitas emociones dicen. El capitán que los manda, y que conoce á Derqui, salúdale con alegría de tropezón imprevisto.

—¡Hola, Derqui!

—¿Dónde vas?

—¡A la guerra!

¡Y lo dijo con un acento...!

Yo creo que cualquier capitán de un ejército digno y civilizado, un capitán francés, inglés, alemán, italiano, ruso, será tan bravo como este capitán español, y mandará sus tropas con el mismo acierto, y ganará ó perderá combates de una manera tan noble... Pero—escuchad esto—esa manera de exclamar «¡A la guerra!», ese tono de seguridad y de júbilo, eso que da una veteranía secular, étnica, así no lo dice más que un capitán español. Y es que ese mismo capitán, ese mismo, esa carne, esos nervios, esa esencia misma, con un traje ó con otro, con cimera, con chambergo emplumado y fanfarrón, con ros ó salacof moderno, ha ido á la guerra eternamente, y ha saludado con el mismo grito al orbe, desde el húmedo Flandes á las doradas tierras americanas.

—¿Dónde vas?
—¡A la guerra!
Y siguió la compañía. Y el capitán iba delantero. Mañana prenderá el combate, ocurrirán bajas, y tal vez... Pero siempre dominando las tristezas y la desolación, mientras haya un solo capitán, vibrará el grito noble venerable.

El campamento de Menisla.

¿Os gustan las tropas como espectáculo? ¿Sí? ¿Verdad que son bonitas? Siempre, donde se hallen, bizarras y estruendosas, con sus colores y su marcialidad, alegran el espíritu y los ojos. Rostand las ha llevado al teatro, y ha logrado con sólo su presencia, conmover á todos los públicos.

Aun así, no habiendo contemplado á las tropas en campaña, no tenéis idea. El marco, el ambiente, las realza. La proximidad del peligro hácelas más nobles y más serias. Una corneta que vibra, un ruido que surge, el general que pasa, todo parece ostentar un prestigio mayor. Los poetas, en vez de cantar anémicos espasmos de sus almas puerilmente exquisitas, debieran venir al campamento, manantial de inspiración. El arte, hermano de la guerra, vive aquí á sus anchas, ufano y magnífico. ¿No se os ocurre un madrigal pensando en la novia distante? ¿No se os viene á la boca un himno guerrero cuando atruena la fusilería? ¿Acaso lo épico, lo trágico, lo sentimental, lo refinada-

mente lírico, no tienen su musa en el soldado que arremete, en el que cae muerto, en las músicas que tocan aires iberos y alegres cuando acabó el combate y surge una luna de ilusión sobre el cucurucho de las tiendas?

Arráiz.

Si el oficial y el soldado se visten de luz en campaña, ¿qué será el caudillo? Es el cerebro que dirige, la inteligencia creadora, el psicólogo y, sobre todo, el responsable.

Arráiz está en su tienda, sentado en una butaca urdida con los tablones de una caja por un mueblista demasiado aprendiz. Tiene una mesilla delante, mesilla del mismo jaez, y sobre la mesilla, cartas, mapas, apuntes, notas, elementos que le servirán para sus operaciones. Está cubierta su cabeza con un gorrito clásico. Unas matas, verdes aún, le dan cierto carácter estético al tenderete burdo. Al vernos se incorpora, y con ese gesto que tiene en «Las Lanzas» el triunfador de Breda, gesto de quien sonríe con la evidencia de mandar, abre los brazos para ofrecernos su mansión, escucha nuestros interrogantes, y habla.

Toda nuestra impresión de los días anteriores ha quedado confirmada plenamente. Se fué á Tetuán demasiado pronto. El camino estaba sin amparo aún y, sobre todo, sin amigos ciertos. Poco después, con un pretexto ó con otro, la morisma

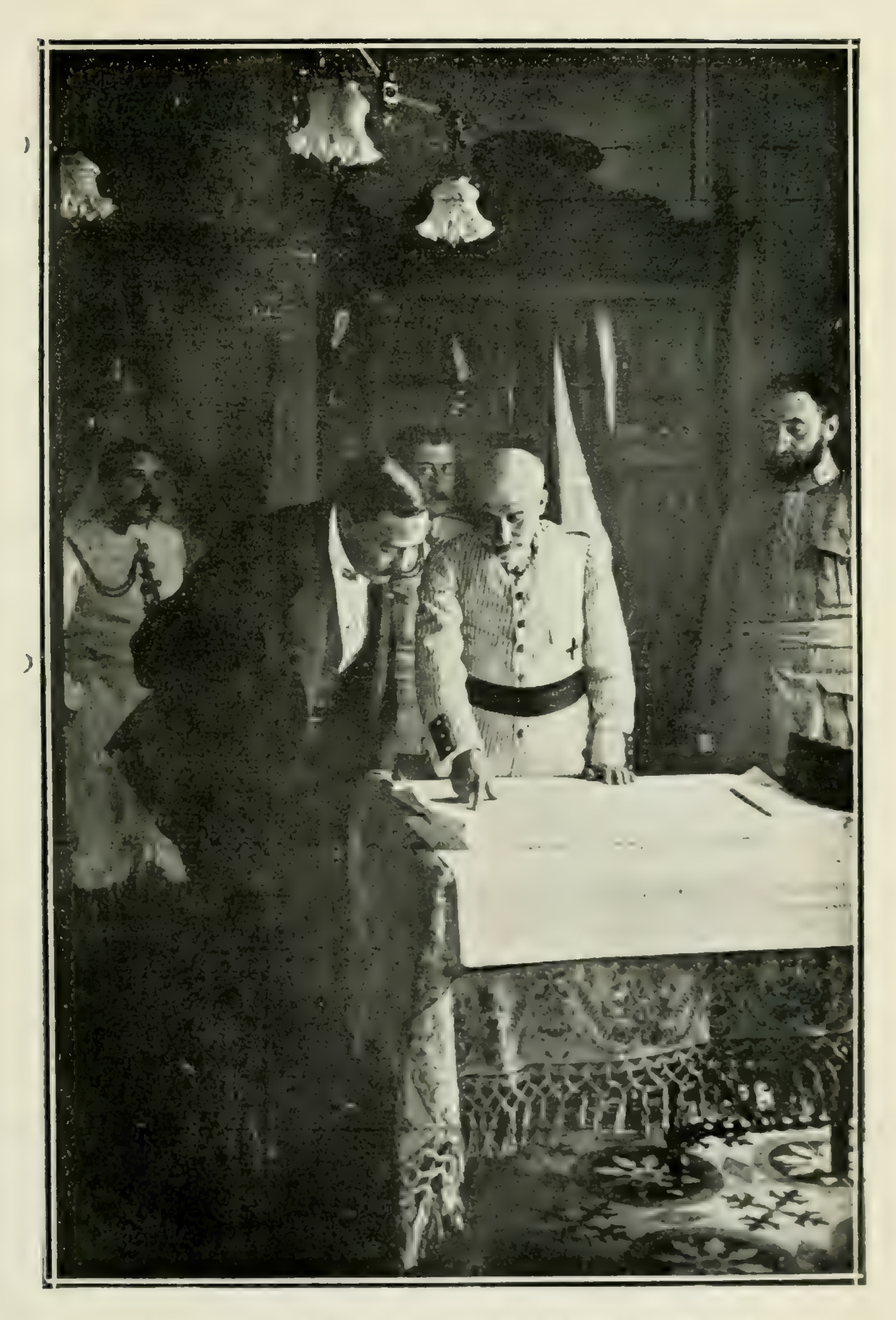
cortó las comunicaciones y «saqueó» á los convoyes de aprovisionamiento. Esto nos hizo volver sobre las huellas y ha determinado las operaciones del general Arráiz.

Lo que se ha realizado ha sido espléndido y demuestra la entereza y el valor de nuestra brigada. Salieron de Tetuán á las diez de la noche; durmieron sobre el campo dos horas; llegaron á la una de la tarde, y trabaron riña con la gente de Axfa, cuyo poblado fué destruído.

—Se destruyó con rabia—me dice el señor Arráiz sin alterarse, juzgándola como un noble azar. Desde allí nos esquilmaban los convoyes.

Desplegadas las tropas, se tomaron las alturas, y el convoy pudo caminar sin tropiezos. También fué destruído el aduar de Beni-Mesala, quedando en proyecto la excursión al Biut. Duro castigo recibió el tozudo, el obcecado marroquí. Sin embargo, apenas volvieron las tropas á Tetuán, dieron comienzo á su nueva etapa de crímenes. Otra excursión fué organizada entonces, y con un denuedo y una disciplina ejemplares fué batida una harca de 1.000 hombres, á la que se hicieron bajas numerosas.

—Ocho kilómetros cuadrados ocupa mi brigada. Sus posiciones de Fajama, Afersiguan y Federico, que dominan la carretera por su lado norte, y que aseguran la tranquilidad. Varios blocaos harán de centinelas perennes. Sólo me queda por barrer, en esta zona de Ceuta, la loma del Biut.



García Menacho inicia á Antón del Olmet en el plan de las operaciones.

Pero no la considero por hoy necesaria. Sería una aventura donde perderíamos bastante gente sin resultado compensador. Créame usted, y dígalo si lo estima conveniente, ya que tanto preocupan en Madrid las noticias inevitablemente adversas...; á nadie duelen tanto como al general las bajas de su gente.

Luego, Arráiz, sin entonaciones vanamente lacrimosas, con esa voz dolida, pero firme, que tienen los hombres valerosos y los hombres de bien, nos mostró, sangrante, una pena de su alma.

—En uno de los recientes combates me mataron á un sobrino carnal. Había caído el teniente Zubia, que mandaba las ametralladoras, y le ordené á mi sobrino, al teniente Cardenal, que ocupara el puesto. Allí lo mataron. Es triste, triste, que le arranquen la vida á un ser querido ante nuestros mismos ojos cuando, por mandar, tenemos que sorbernos las lágrimas.

Después, el general, desplegando una sonrisa jubilosa, como si echara flores de primavera sobre un recuerdo trágico, exclamó:

—¿Quiere usted asomarse á mi tienda?

Y la vimos. Quien se llama excelentísimo señor, y es general, y es viejo, y es inteligente, y acaso sufre achaques de guerra, duerme á media vara del suelo sobre un camistrajo, se baña en una cuba descuajaringada y tiene como percha unos tablones.

—Aquí tiene usted—insinuó riéndose—mi alcoba, mi tocador, mi cuarto de vestir...

Y yo lo miré todo con respeto. Y—os lo juro—me hizo mucha mayor impresión de grandeza que todas las moradas suntuosas de todos los ociosos magnates.

Una frase preciosa.

—¿Y qué hará usted ahora, mi general? ¿Puedo saber el objetivo de sus operaciones?

Sentí miedo al proferir esta pregunta. Yo tengo la impresión de que se irá con calma inteligente, de que una política sagaz, compleja, dura cuando sea menester, suave por norma de criterio, advendrá con Marina. Pero aun así, os repito que al formular el interrogante vacilé un poco.

—Mi plan es sencillo— díjome, confiado y bondadoso, el general—. Ya he castigado á los revoltosos cercanos á Ceuta y he fortificado con blocaos estas posiciones. En seguida me iré corriendo hacia Tetuán, iré castigando si encuentro enemigo, construiré fortines; dejaré, pues, franca y expedita la carretera. Luego aguardaré las órdenes del jefe supremo.

Me habían parecido las afirmaciones del señor Arráiz sencillas, como todo lo que tiene lógica y sentido real y plan inteligente. Castigar al atrevido, castigarle hasta con saña, que la debilidad es tomada por redror cuando el audaz carece de jui-

cio; fortificar la carretera, dejarla expedita y libre al progreso, al tren, al automóvil, al comercio, á la industria, al bienestar, á la paz beneficiosa, fecunda, persuasiva...

Me habían llenado de satisfacción las palabras del señor Arráiz. Aun así, fuí avaro de manifestaciones. Y contemplando los abruptos picachos donde se guarece la morisma, bocas del infierno, erizo de fusiles y espingardas, torné á preguntar:

—Mi general, ¿se tomará todo aquello?

Hubo una sonrisa luminosa, clara, en que se me ofreció el talento:

—No. Podría tomarse. Con estos soldados, á cualquier aventura se puede marchar. Pero sería conquistar el país, y es un absurdo.





LA SAGRADA TETUÁN

En el remolcador.

Pronto quedará establecida por tierra la comunicación. Arráiz lo conseguirá definitivamente con sus batallones. Entre tanto, un remolcador, es decir, un buquecito minúsculo y denodado, lleva todos los días al Rincón de Medik soldados, municiones, víveres y, si puede ser y hay cabida, gente ciudadana. Yo, gracias al comandante Rubio, hallé pase, y, como es natural, mareo.

Un madrugón; Alba, que ha cogido las palúdicas, que se me queda rezagado, que se restriega los ojos para decirme adiós y prometerme seguir ¡mis huellas á escape; la grata compañía del formidable doctor Belenguer, á quien España debe un homenaje; y ya en el muellecito, al bote y al remolcador.

Mintiera si dijese que mi egoísmo no tuvo por esta vez atenuantes. ¡Permanecí en cubierta para ver las tierras donde nuestros ejércitos luchan! Soñé con saludar todo aquello á ojos vistas, ab-

sorbiendo su prestigio, escrutando con interés el más tenue detalle, la minucia más imperceptible!

Pero, á los pocos instantes, la voluntad que se ve atropellada, la faz que se decolora, unos pasos vacilantes hacia la camareta; allí, postura horizontal, ¡y á ver cómo llevamos el mareo!

Lo ignoro todo, pues. Mi panorama tuvo límites concisos. Un boquete al sol, un aparato giratorio para los vasos, que me traía loco en fuerza de voltejeos, y el cigarrillo del doctor Belenguer.

Creo que se detuvo el despacioso buquecito en Condesa. Alguien habló de un baúl que se había olvidado; supuse que sería el mío, donde iba todo yo, y no hice caso, y no me incorporé siquiera. Transcurrida la eternidad, un soplo de esperanza me hizo interrogar con angustia:

—¿Falta mucho?

Alguien, inexorable, segó mis ilusiones con la fatalidad del verdugo:

—Una hora.

En el Rincón

Sin ofender, puede afirmarse que el Rincón no es París.

Cuando hay Levante, imposible desembarcar. Hoy, con Poniente, se puede á medias. Ni una casa. Algunos barracones de cantineros; montones de paja; automóviles que vienen y van, aprovisionando á las tropas; un par de huevos que puso la

esposa del gallo de Morón, y un café que parece con leche y que sólo es con cieno. Lo incipiente, lo que se ha de improvisar por fuerza, aparecen en el Rincón de Medik. Pero no seamos avariciosos. Más infecto aún fué Nador y hoy es un aseado pueblecito donde anidaron la paz y el contento. Un coche, y por una carretera española que hicieron nuestros soldados y que aun machacada por la guerra conduce sin demasiado rendimiento ¡hacia la ciudad sagrada, hacia el Tetuán de nuestro sueño y de mi orgullo!

Aunque fatigado por el madrugón, el remolcador y el café, voy jubiloso. Valles y cañadas acusan fertilidad. La misma flora que en Andalucía. En las distantes lomas, aduares blancos semejando á casitas andaluzas. Si no fuera porque hallamos fortines, parejas de soldados y resto de violencia, dijérase cruzar el maravilloso paisaje rondeño. Una casa derruída por los cañonazos, un repecho quemado, un árbol seco, negro, trocado en carbón, con una rama única tendida y clamante, nos hablan del estrago. Por lo demás, el maíz, jarifo y esbelto; las huertas tetuaníes, abandonadas, acusan con su desolación un anhelo de vivir frenético; entre los cascos de metralla, el brote, inevitable, magnífico y esperanzoso, descuella nutrido por la savia eterna y triunfal. Baches. Dos horas de trote y de paso. Inopinadamente, el capitán Got exclama:

—¡Tetuán! ¡Mire usted!

El espectáculo me domina, me subyuga. Altas montañas hoscas, en las cuales se guarecen los enemigos. Abajo, como una tentación de ventura, irremediablemente seductor, enorme y blanco, con sus nítidos cementerios hebreos y moros, con sus torres árabes, con su esplendor bárbaro y medioeval, con sus mujeres tapadas, con sus judíos avaros, con su enorme interés de posesión y espectáculo y problema, el Tetuán ya nuestro. Te lo digo sinceramente, lector: con cualquiera de estas emociones, con ese alminar derruído, con ese cañón moro que apunta ciego, inerte, al vacío, y que señala el vencimiento y el atraso; con esa bandera española, había para escribir un libro, y tendré yo, andando el tiempo, recuerdos floridos y gratos, esos recuerdos que se alzan en nuestro pensamiento, remotos y firmes, para perfumar en inspiración una hora de indolencia.

El pesimismo.

Y, sin embargo, toda la poesía fuese al prosaico y deleznable suelo, apenas entrado en Tetuán. Lo exótico es agradable. Es agradable en fotografía. La realidad—¡oh, hermano soñador!—es una mora que se quita el velo y aparece vieja.

Calles empinadas y angostas... ¡Si viérais qué prodigioso vi á nuestro Ayuntamiento y qué municipal á Don Eduardo Vincenti! Gente sucia y abigarrada... Sobre todo, sucia. Un polvo execra-

ble, anonadante, que se os mete por la nariz, la boca, las orejas, los poros... Un cielo sin azul, que parece un ceño feroz. Y luego, en el hotel, una frase trágica:

—No hay habitación.

En la fonda, el mismo resultado negativo. En la hospedería, igual. Y así, hasta el establo.

Roto, caído, neurasténico, fuíme á la plaza de España, como podía ir al ataúd. Y allí, Don Nicanor Rodríguez de Celis, este epicúreo y agradable compañero, que me inicia, benevolente, sin reparar en la minucia de no haber habitáculo, en la psicología mora.

Por fin, y cuando ya pienso en huir, escucho cierta voz agradable y redentora:

—Sí; tiene una cama...

Es un morito zascandileante y recadero quien tal felicidad pregóname. Corro en busca de lo maravilloso. Una fachada inmunda, una escalerilla estrecha, un cuarto donde se balancea la telaraña y anida el ciempiés. Veo y señalo:

—¿Por qué tres camas? No soy tan sibarítico.

Pero la hostelera, que toma por chanza mi bondad, replica:

—Porque hay otros dos huéspedes.

Cierro. No hay balcón ni ventana. Un camastro quejumbroso, una jofaina pintada con la roña de cien generaciones, y mi pobre baúl, ese baúl donde se azora el refinamiento, donde traigo mis elixires, mis lociones, mis específicos de cerebral,

haciendo el ridículo bajo las telarañas. El pesimismo, con su tácito pisar, me invade y me consterna.

¡Marruecos! ¿Para qué nos habremos metido en esta zambra? ¡Dejadlo que se pudra solo! ¡Y aún nos quieren matar esos canallas, esos idiotas!

Lector, ahí va una confesión abominable. Durante media hora de melancolía, toda la cuestión marroquí se me antojó tan fea, tan negra, tan odiosa, como esa vil habitación...

El optimismo.

Os lo juro; fuí en busca del general Marina, sin saber qué me llevaba á su presencia, como un hijo va en busca del techo paternal en un momento de abatimiento y de tristeza.

Un edificio rojo y medio en tenguerengue. En la antesala, unos ayudantes que trabajan, serios. Allí, el Marqués de Martorell.

—¿Podría ver al general?

Y á los pocos instantes, sin antesalas, como para todo el mundo, el general Marina que se halla delante de mis ojos. Un saludo en el que pongo todo mi respeto; una sonrisa franca y noble del caudillo; un apretón de manos; la evidencia de sentirse acogido, y como bajo una sombra de hogar:

—Aquí me tiene usted...

—Bien, Antón... ¿Satisfecho?

—Satisfecho de todo, menos de la casa.

Y entonces, el general Marina tiene un gesto de fraternidad.

—Pues mire usted cómo estoy alojado yo.

Y, en efecto. Un enorme, aplastante desconchado, parece aniquilar el muro. Y todo es modesto en su redor. Y yo me quedo mirando al virrey, al apóstol, y una oleada formidable de respeto sacude á mi alma.

—¿Quiere usted acompañarme en mi paseo?

—¡Mi general!...

Y me dieron un caballo, y dando escolta al viejo caudillo, entre los señores Morales y Bascaran, vi los campamentos; vi cuánto sufren los bravos por el futuro de la raza; vi la tierra de «pacos», acallados ya por nuestras ametralladoras; vi los fortines que se construyen con celeridad, la loma donde Arapiles se batió recientemente con furia soberana; vi el sitio palpitante de nuestras gloriosas aventuras; vi una febrilidad, un ajetreo, una actividad tan enormes, que revelan éxitos futuros; vi á Laucien, allá en lo remoto; vi el panorama siniestro y magnífico del combate; vi de nuevo, y por un anteojo más grande y magnífico, la guerra.

Y luego vi al general Aguilera, y á Aguado, y á Primo de Rivera, y á Berenguer... Y vi todo esto, que parece leyenda contemplado desde la Península, y que aquí, al llegar, os ciega y os asombra.

Y vi, finalmente, con el alma transida por la emoción y el pecho rebosante de orgullo, cuán brava, cuán sufrida, cuán digna del respeto y del amor es toda esta gente que lucha por España, por una España quizás algo fría, que aún no ha estallado en vítores.

Cuando volví á mi alhambra, la posadera se había trocado en hada, el jergón en sedas mullidas, las telarañas en colgaduras de raso. Un ciempiés que corría por el piso me pareció mariposa de ventura que se llegase mensajera del bien y del encanto.

—Sí, general: vos y vuestros soldados le supieron dar á este neurasténico, una ruda y firme lección.





ENTRANDO EN FUEGO

La noche anterior.

En la boda que se celebró ayer de nuestro compañero el señor Cárdenas vi á un teniente de regulares indígenas que me llamó la atención por su porte marcial y la alegría bizarra de su juventud en guerra...

—¿Quién es?—hube de preguntar.

—Carlos Peralta—me respondieron.

Después, en busca del intérprete señor Cerdeira, fuí á la Residencia general.

No estaba mi cariñoso amigo. Estaban los ayudantes del virrey, estos hombres tan cultos y tan bravos, que viven con la tensión del deber exquisito: Morales, Martorell, Bascaran. Hablamos. A poco, inopidamente, salió el alto comisario:

—Olmet, ¿necesita usted alguna cosa?

—Nada, mi general.

—Mañana tenemos una operación. Yo montaré á las ocho y media. ¿Quiere usted acompañarme?

—Era mi deseo más ferviente...

Así, así, mi general, es como proceden las grandes inteligencias. Con claridad, con sencillez, sin tapujos.

Enorgullecido por el honor y alegre por la perspectiva, salí de la Residencia, dispuse mis trebejos, cené y me fuí á la cama.

—Voy á contemplar una operación—me dije, mientras entornábanse los párpados.

—Y estaba contento. Y allá, en la penumbra, algo que yo no vi jamás; algo tremendo, formidable, me acechaba, y hacía centinela de asombro, junto á mis almohadas de intelectual.

La toma del Mogote.

En otro artículo, cuando siga una tregua, os daré á conocer la obra segura y admirable que como diplomático y militar está realizando Marina. Hoy sólo puedo deciros escuetamente que hace falta despejar el camino de Laucien, fortificando sus puntos estratégicos, para que la morisma no abrase á los convoyes. Con este objeto, pues, y ya casi terminada la obra, se ocupará el Mogote ahora mismo.

Llego. Ya esperan los caballos. En el vestíbulo, ir y venir de oficiales. Un teniente amigo mío, que ha presenciado la salida auroral con el primer sol de las tropas, me dice:

—¡Qué bonita iba la fuerza indígena mandada por Berenguer! Alegres, contentos, impulsivos,

con ganas de combate... Marcharon también fuerzas de Mallorca, gente brava, que se bate muy bien. Tendremos un gran día.

Yo me asocio al entusiasmo del teniente, y pregunto:

—¿Habrá resistencia?

—Sí. Ahora mismo se oía cañonear.

Pero ha salido el alto comisario. Monta poco después Don José Marina su elástico y fino alazán, trepo yo hasta mi tordo, y, zaguero, sigo las huellas del general por las calles, donde moros y judíos se descubren y saludan á su paso, y por el campamento, donde secciones de Cuerpos distintos le presentan armas. ¡Qué admirable y qué noble la disciplina militar cuando la sintetiza en campaña un amado caudillo!

Salimos del campamento. Es una mañana indecisa. A veces, toda la gloria del sol, y á veces, un áspero cierzo y unas tétricas nubes. El atajo es muy estrecho y sólo podemos caminar uno á uno. Delante, serio, como recogido el pensamiento en una observación profunda y en una meditación completa, va el general, sin calma, sin prisa, razonadamente, jefe, mando, símbolo. Las posiciones nuevas, donde ayer se combatió á diario, y que defienden hoy los blocaos, Dersa, la Silla y Arapiles, protegen nuestro flanco derecho. A la izquierda, el turbio y épico río Martín, en cuyas márgenes acechara un enemigo ya impotente, junto á las mimbreras. Más allá, las cresterias de

Beni Hosmar, giboso, lleno de aduares y adversarios mudos. Un poco más distante, lugar estratégico desde cuya guarida tendremos defendidos los convoyes que van á Laucien, el Mogote. Hace calor; un calor de alegría y de esperanzas. Hace frío; un frío de tragedia y de muerte. Don José Marina, en cuya proximidad no caben redrores, va siempre delante, solo, escrutador, meditativo, como una inteligencia en marcha.

De improviso, Rivera, nuestro simpático y amable compañero de información militar, que se ha reunido con nosotros cabalgando bizarramente, se me acerca y me dice:

—¿Ve usted?

Y veo. Están las baterías cañoneando unas lomas. Apenas se oye la detonación. El viento se lleva los ruidos. Una nubecita de humo. A veces, el reflejo ígneo de una granada que explota en el campo marroquí.

Ya estamos cerca del Mogote. Sin prismáticos vemos la posición á un par de kilómetros. Ha sido tomada, y los ingenieros alzan, inteligentes y activos, el blocao. En semicírculo, la Infantería contiene á los asaltantes. Desde una mambla, nuestros artilleros despedazan al moro. Se ve ya perfectamente la escena. Caballos, tiradores en orden perfecto, apostados con una serenidad firme; un escuadrón que galopa dispersando al atrevido; el retumbar formidable de nuestros cañones; un jefe que corre frenético para llevar una orden,

para comunicar una noticia... ¡La guerra en toda su hermosura, en todo su lujo, en toda su complejidad maravillosa!

Se acerca, galopando, el capitán de Artillería Got, al caudillo:

—A la orden de usted, mi general.

—Bien. ¿Hay novedades?

—Se han tomado las lomas cuerpo á cuerpo. Todo está cumplido.

—¿Hay bajas?

—Un capitán y un teniente, muertos. Algunos indígenas...

—Bien. Puede usted retirarse.

Y Got, hincando espuelas, corre por la derecha hacia su batería para ofender al enemigo, que desea morir, que ha decidido morir en sus fatalismos, en sus supersticiones, en su horrenda barbarie.

Marina ante las balas.

Dos kilómetros escasos nos separarán del Mogote, donde se libra esta batalla. Yo no he sentido el miedo aún. El miedo, ¿es un fenómeno muscular?, ¿nervioso?, ¿psíquico, de mera inteligencia? Sé únicamente que tengo la seguridad de sentirlo, y, claro está, de vencerlo. Una vida intelectual, entre libros, escribiendo crónicas y novelas, me aseguran el estupor. Un concepto puro de la dignidad, el concepto que tenemos todos, que tie-

nes tú, lector, que tiene cualquier hombre bien nacido, me guardan contra la miserable cobardía. Ni héroe ni bellaco. Un pobre hombre que escribe, y que tiene posos de caballero en sus entrañas españolas.

Seguimos, seguimos andando. El general mira con sus ojos avizores el campo en acción y medita siempre. ¿Dónde irá?—me pregunto—. Yo no sé más sino que aparece inmutable, que nada le contraría ni le agrada, que tiene para las noticias buenas, para las noticias malas, su impavidez. Pero, de todas maneras, ¿dónde irá este hombre? ¡El general, el caudillo!; ¡qué horror, si una bala fatal, inconsciente, loca y miserable, viniera á truncar esta vida, á tumbar este roble, á abatir esta bandera!

Hemos llegado á Río Martín, cerca del Mogote. Allí, el general se detiene. Aquí—pienso yo—permanecerá á la expectativa. No es posible que vida tan sagrada se despilfarre con esa generosidad.

Y, en efecto, el caudillo se detiene. Luego da una orden, que oímos:

—Los señores Rivera y Olmet que se queden en este sitio con la Caballería.

El señor Morales da tres galopaditas y nos transmite la orden inapelable, que acatamos tácitos y respetuosos. Luego, cuando la sección montada y los paisamos echamos pie á tierrra, Marina, el virrey, se aleja camino del peligro, sin

calma, sin prisa, serio, inmutable, como en su gabinete.

Bueno, lector, ¿qué haremos con el general Marina? ¿Le decimos que, francamente, no hay derecho? ¡Es el estandarte! ¡Imaginad qué horrible desgracia, qué desilusión, qué desaliento! Yo lo veo marchar, y al sentir el ruidito que producen los fusiles, siento la tentación de correr para intentar, pueril, detenerle...

¿Qué haremos con el general Marina?

¿Qué haremos? ¡Vitorearle, aclamarle! Que si es cierto el peligro, y evidente la temeridad cuando se representan tantas cosas; que si es cierto que á su edad, con una faja tan bien ganada en la cintura, ya no es preciso demostrar arrojo, también es cierto que su presencia conforta, entusiasma, enardece; que á su lado, aunque la muerte pase, dijérase que sonríe... ¿Veis? Ya lejos el general, un cañonazo que cruza sobre nuestras cabezas, me hace crispar el puño.

La muerte, aquí.

He visto la muerte en el campo de batalla. Y—os lo juro—no impone. Es algo tan grande y tan hermoso, que afecta por su formidable sublimidad y no por su desnudez macabra. El ideal por el que se muere; la entereza de todos los ánimos; el ambiente de bravura que respiráis, os hace inalcanzables del espanto. ¡Benditos los que falle-

cen por su patria, férvidos y orgullosos, blandiendo las armas, cuando el corazón es fuego, y la bravura indómita, terrible!

Habíamos permanecido bastante rato junto al Martín observando el combate. Los prismáticos acercábannos en ocasiones hasta el mismo cráter del volcán, y nos enardecía lo sublime. Con una precisión matemática, las bombas caían, produdiendo estrago, sembrando el desconcierto entre los moros. La fusilería, ordenada, sin convulsiones, certera, buscaba á los enemigos, manteniéndolos á raya. Una granada reventó junto á un blanco y artero casón marroquí, y lo derrumbó sobre veinte asesinos. La batería próxima nos atronaba con sus cañones. La victoria era cierta. Súbito, retornó el marqués de Martorell.

—La Caballería, que regrese. Ustedes, yo creo que debieran volver á Tetuán. Habrá para todo el día, y el general ha prohibido el paso.

Volvimos, y, de pronto, la muerte...

Sobre una camilla, que llevan cuatro moros afectos, unos pies que se mueven caídos y un capote indígena que tapa el bulto fascinador.

—¿Quién es?

—Un teniente.

—¿Su nombre?

—Don Carlos Peralta.

—¿Herido?

—Muerto.

Y, sin embargo, tomada ya la posición defen-

siva que ahorrará tanta sangre, que nos llevará sin bajas á Laucien, que sosiega el valle, que nos abre caminos de ventura; visto el éxito, esperanzados con una victoria sublime y halagüeña; ante la bandera que se agita con entusiasmo, ante las tropas que pelean con denuedo, ante la impavidez de un conjunto marcial, este pobre héroe que ha muerto sólo nos inspira el deseo de besar sus manos.

Estaba con los indígenas. Fué preciso avanzar para tomar la loma, para impedir más bajas entre los nuestros, para ganar un terreno precioso. Y era teniente, y español... Y avanzó en un ímpetu... Y al morir ha vencido para siempre; en el momento de decidir la acción, y en la inmortalidad... Que su nombre—oidlo bien—no se olvidará nunca, y cuando reverdezcan las flores habrá un rosal para su estatua.

¡Españoles, así, así se muere! ¡Así, no en la cicatería vil del camistrajo, apurando una dolencia ridícula—el cáncer, el artritismo, la vejiga rota, el pulmón deshecho—, tras de un estertor mentecato, viendo llegar á la Seca, á la Intrusa, con ojos cobardes; así, así se muere!

Los héroes.

Escribo con celeridad inaudita, con una fiebre inmensa. Ignoro si tendré alguna equivocación. Ya os lo habrá dicho el telégrafo. Aun así, esculpamos otra vez los nombres.

Han muerto el capitán Izardúy y el teniente Peralta. Han sido heridos los tenientes Cayuela, Nieto y Monasterio. De tropa, unas treinta bajas, menos una, de fuerzas regulares.

Oficiales que mandáis indígenas, ¡salud! Morís con estoicismo ejemplar, y cuando acontecen bajas, este ejército mío se ofrece, óptimo y sublime, para llenar el hueco trágico. Berenguer tiene centenares de solicitudes, en las que una oficialidad espléndida ruega, suplica, implora morir.

¡El Japón! ¡España!

La operación

Ha sido importantísima y ha resultado feliz.

Proteger el camino á Laucien con una fortificación á la izquierda, la indispensable, y de gran valor estratégico. Logrado el objetivo, construído el blocao, ya podrán desfilar nuestros convoyes sin peligros ni bajas. Es el último eslabón de una eficaz cadena defensiva. Ya os daré más detalles. Ya os daré idea de la inteligente obra militar que representa todo esto.

Comenzó el fuego á las siete de la mañana. El choque rudo lo tuvieron nuestros regulares con la harca al coronar ambos la colina Dar Ester. Fué un empellón épico. Los regulares y los insurrectos, á tiros, á cuchilladas, á puñetazos, á mordiscos, insultándose, sostuvieron combate obstinado. El capitán español Izardúy cayó muerto. Seis hie-

nas se abalanzaron sobre su cadáver para llevárselo como trofeo. Seis leones se abalanzaron sobre los bárbaros y rescataron la presa. El teniente Monasterio fué herido. Impasible, continuó en su puesto, y en él estuvo todo el día, sin que hubiese manera de hacerle retirar. En la colina, en el llano, nuestros infantes, nuestros jinetes, nuestros artilleros, se batían con denuedo formidable. Entre tanto, los ingenieros construían magnífico blocao. Entre tanto, el general Marina recorría las posiciones. Poco después, aprovechando un reposo, durmió con dos piedras como almohada. Y en el Mogote permaneció hasta que fué acabado todo. Y cuando llegó la hora del repliegue, repliegue que se hizo sin apenas fuego y sin bajas, pues el enemigo había sido materialmente destrozado, revistó á sus valientes de Mallorca y de las fuerzas indígenas en un acto de sencillez genial y con el frenesí propio de las victorias bien ganadas.

Entusiasmo.

Españoles, el talento de un general, el heroísmo de unos oficiales, la intrepidez de unos soldados, os dieron hoy una magnífica jornada de gloria. Se ha logrado una victoria decisiva. El paso de Tetuán á Laucien está seguro. El camino del éxito se os presenta cada vez más franco, cada vez más espléndido. Al moro se le han recogido muchos cadáveres. Si nuestros bravos correspondieran á

la ferocidad insurrecta, habríamos cortado treinta cabezas de chacales. Españoles, un aplauso entusiasta de todas las regiones, de todas las ciudades, de todos los pueblos, de todas las opiniones y partidos, basta que hayáis nacido en España, para esta gente que aquí, sin que os enteréis del todo, sin que os hayáis acercado lo bastante á ella, está construyendo con su propia carne la base del futuro.

Y ahora, insigne teniente Peralta, héroe de tu nación, mártir de la estirpe, sonríe, aunque hayas muerto. ¿Sabes? La bandera española cubre los riscos de Beni-Hosmar.





ENTRE LOS HÉROES

En el campamento indígena.

¿Os agradaría conocer detalles acerca de la operación ayer tan guapamente realizada?

Ya bien acomodado en una casa divina, en la que se realizan las mil y una noches, una casa oriental que huele á sándalo, á eucalipto, á esencias y á cuento árabe, salí esta mañana con rumbo al campamento indígena, para ver á los héroes que tan gentil hazaña realizaron ayer con la toma del Mogote.

He saludado allí á varios de estos oficiales aguerridos, supervivientes de jornadas ilustres, que fueron 43, incluso el general, los médicos, y que son hoy 22; al capitán Manso de Zúñiga, á los tenientes Orgaz, Crespo, Soler, á tantos otros muchachos inteligentes y cultos, de abnegación suficiente para mandar soldadesca vandálica, y de heroísmo bastante para morir con esos leones.

El campamento es indescriptible. Figuráos todo lo polícromo y todo lo interesante que son los

campamentos siempre, y sustituid la tropa nacional pintoresca y abigarrada, por otra gente más abigarrada y pintoresca todavía: morazos enormes que yantan en cuclillas, negros trágicos de labios colgones que lanzan carcajadas tremendas, feces y turbantes, vocerío moro; en ocasiones, una guitarra monótona y aborigen que tañe un poeta soñador, ayer aventurero del Roghí, más tarde facineroso del Raisuli, quizá errabundo en una mehalla del Sultán, hombre que ha cortado mil cabezas y que ayer, bajo la bandera española, épico y terrible, destrozó al enemigo bajo la dirección y el ejemplo de una oficialidad preclara.

¡Oh, soldados moros, con vosotros en vanguardia se debe hacer esta guerra colonial! Sois guerreros de naturaleza y os deleita el estrago. Nacísteis para el campo y el estribo y el arma de fuego. Y pues servís á una buena causa y tenéis un general y unos oficiales insignes, ¡salud!

Cómo fué la operación.

Ya os la he narrado en mi crónica de ayer. Consignaremos hoy algunos detalles. Salió del campamento la fuerza indígena de Caballería y de Infantería, y salió también el regimiento de Mallorca, como retaguardia. Llegaron presto y sin hostilidad. Al galope tomaron nuestros árabes el Mogote apetecido. Tres lomas gradualmente más altas, dominan esta posición. La primera y segun-

da fueron tomadas por los jinetes sin resistencia ni vislumbre de enemigo. Ya en la segunda, el escuadrón no pudo continuar por lo abrupto del terreno, siendo necesario que salieran los infantes. Y entonces fué cuando el capitán Izardúy, al frente de su compañía, gozoso, exclamó dirigiéndose hacia un compañero:

—¡Vaya, también hoy nos toca ir delante!

Subieron al tercer montículo. Por la vertiente opuesta subían los moros. Descargas cerradas: una refriega hórrida, cuerpo á cuerpo, y el capitán Izardúy que cae, atravesado el corazón...; una lucha titánica por la posesión del cadáver sagrado...; y al fin, el enemigo que huye dejando sus muertos, sus fusiles, sus carteras, sus municiones y su fama de bravo y de fiero.

Ocupadas las tres colinas, situáronse en la primera nuestros artilleros, mientras abajo se construía el blocao y la Caballería deshacía en el llano, persiguiéndolos, á los dispersos enemigos.

Hubo fuego vivísimo desde las cercanías y desde las avanzadas de Ben Karrich, desde los aduares próximos, hasta las doce del día. Acabado el fortín, se hizo el repliegue, á las tres de la tarde. Allí quedó una compañía española que sostuvo ligerísimo fuego durante la noche; apenas un «paco», un demente...

Pocas bajas, heroísmo y una gran victoria.

Esto ha sido la jornada de ayer.

Detalles.

La Caballería produce verdadero terror entre los montañeses que nos hostilizan. De la Infantería tienen un concepto insuficiente. La resisten con denuedo y se crecen ante sus descargas. En cambio, así que aparecen veinte caballos, echan á correr despavoridos. Y es natural; el montañés desconoce otra guerra que el acecho; un caballo al galope inspírale horror; es un centauro que lo aplastaría...

Durante la batalla, un moro enemigo, cercano, audacísimo, de una temeridad asombrosa, hacíanos bajas. Su júbilo era inmenso. Se le veía gozar con la guerra, en su ambiente. En ocasiones, arrojaba su fusil al aire; lo recogía y, como un malabarista prodigioso, tiraba sin apuntar y acertando. A veces caíase al suelo con repentino golpe...; después, burlando á la tropa que lo diera por muerto, se alzaba con su carota brutal y sarcástica, y seguía dando tiros. Un balín de metralla le hizo caer en una de sus zambras grotescas... Y fué para siempre.

El teniente Monasterio ha sido uno de los héroes más ilustres distinguidos en estos combates.

Cuando bajó al llano la Caballería, iba charlando Monasterio con un capitán mientras iniciaban la carga. De pronto, un balazo.

—Al volver la cabeza para mirarlo—nos dijo

el capitán—, echaba sangre por nariz y boca. Yo pensé que había muerto. Mas, á los pocos instantes, curado allí mismo por un practicante español de una herida en el cuello con orificio de entrada y salida, lleno de algodón y de gasas, montando su caballo nuevamente, se me reunía tan satisfecho. Hasta que se inició el repliegue no quiso ir á la camilla.

Estos jinetes...

Se alistan jactanciosos, con una sonrisa jaque, mostrando, por lo menos, tres cicatrices de bala. Son unos guapos chicos... Ayer, uno de los tales, un cabo negro, enorme, una torre de ébano, realizó la siguiente bravuconada prodigiosa. Al salir hacia el Mogote le había dicho á su oficial:

—Yebalas (los moros adversarios) estar mujeras. Yo coger con mano. No hacer falta matar.

Y, efectivamente, en el primer empellón, aquel monstruo negro, echándose la carabina á la espalda, inerme, no dando á sus enemigos ni la beligerancia de matarlos, galopó hacia ellos:

—¡Ali judi! ¡Ali judi!—gritábales, profiriendo el insulto más horrible qúe se le puede inferir á un moro, llamándoles judíos, ¡judíos!— Y alargando sus manazas tremendas para cogerlos con la mano, cual si fueran liebres. Un tiro en la cabeza puso fin á las jactancias del héroe, del coloso.

¿Que si gozan mientras dura el combate?

—Lo difícil no es llevarlos—díjome un oficial—, sino traerlos. Se ponen furiosos... Querrían estar allí horas y horas, jugando con la muerte, borrachos de sangre, ebrios de felicidad.

Su arremetida es maravillosa. Van serenos, joviales, obligando á caracolear á sus corceles, haciendo flotar sus chilabas azules, nítido el albornoz, el gesto decidido. Cuando ya están cerca, se descubren «la fantasía», es decir, las trenzas, los moños, todas esas diabluras que hacen con el cabello; se despeinan para hacer más confuso el blanco que ofrece la cabeza y para infundir espanto; se arremangan al entrar en faena, y profieren gritos de frenesí, gritos de ceguera, de pasión, en los que ponen toda su alma guerrera y terrible:

—¡Haber «baro»!—exclaman en ocasiones, alegres y felices, dirigiéndose al oficial que les manda y que va delantero.

¡Barro! ¡Un poquito de barro! Así le llaman á la guerra esos grandes hombres.

Hay un soldado, Buxima, que tiene el prurito de ir siempre delante. Y lo consigue muy difícilmente. ¿Os parece menudo el detalle? Es toda una pulsación, toda una síntesis.

Y ahora, para terminar este rosario de cuentas preciosas, esta letanía, trasladaré á vuestra admi-

ración la frase de un teniente que ha sido herido en dos ocasiones, que estuvo á la muerte, y que ayer se comportó heroicamente mandando á sus indígenas.

Cuando el fuego era mayor, y entre un diluvio de plomo, oyendo el estrépito de la fusilería mora, de la fusileria hostil, que llegaba muy extrañamente, arrastrado por un viento pertinaz, díjole á un compañero, aprovechando una tregua de minutos:

—¡Qué desafinada está la música!

El enemigo, deshecho.

No es romanticismo. Aunque ferviente patriota, y, por lo tanto, predispuesto á loar como es justo, lógico, humano, nuestras hazañas, y á sentirlas apasionadamente, procuro ser mesurado, no dejándome arrastrar por entusiasmos que á veces se truecan en pueriles.

No. El triunfo de ayer ha sido enorme.

Sabedores los harqueños de que la toma del Mogote nos es de suma precisión y de un valor estratégico admirable, rabiosos, además, por el avance que esto suponía, y porque logrando nosotros el objetivo tendríamos el pie y las armas en el rebelde Ben Karrich, se dispusieron á una resistencia desesperada, inflamados en el fanatismo y en el coraje, queriendo jugarse el todo por el todo. El choque, pues, tuvo que ser muy duro.

Afortunadamente, la admirable dirección de Marina, Aguilera y Berenguer, el heroísmo de todos y el apoyo de una certera y oportuna artillería, nos decidió la batalla.

Sólo en el primer encontronazo dejaron los enemigos veinticinco muertos, fusiles, pertrechos, magnífico botín, armas Grass, Remington y Mau ser, los ídolos, todo... Sin exageración, sin hipérbole, como corresponde á quien debe guardar mesura, puede afirmarse que los harqueños habrán tenido unas trescientas bajas. Tan aplastados, tan deshechos se han ido, que no tirotearon siquiera en el repliegue, cosa inusitada y que asombrará á cuantos, por haber hecho campañas en Marruecos, conocen la táctica del moro. De noche, habiendo quedado sólo una compañía en el blocao, apenas si hubo hostilidad. Un disparo suelto. Un alma en pena que correría desesperada, imbécil, queriendo vengar á un tozudo...

¿Para quién?

Un periódico francés de Marruecos publicó recientemente algo que nos dejó atónitos.

Los artilleros españoles no saben tirar.

Conoced el suceso.

Se hallaba emplazada una batería, ignoro dónde. Los moros avanzaban hacia ella. Nuestros artilleros, estupefactos, desconociendo el manejo de sus cañones, permanecían impotentes. Al fin, pro-

videncial, surgió un cantinero francés que había servido en Artillería, y que les hizo salir del aprieto disparando las piezas y barriendo á la morisma. Entonces, para que nuestros oficiales no se ofendieran, teniendo que subordinarse á un cantinero, nombraron á éste *maréchal*.

Ayer he visto yo lo siguiente, ¡yo!, con mis prismáticos. Luego, el detalle de figura, lo imposible de contemplar por quien está á una distancia de varios kilómetros, me ha sido confirmado técnicamente. Pero he visto. No es referencia. Es asomo suficiente, evidencia total.

Veinte moros se habían refugiado tras de una pared, pared que yo vi á la perfección. Desde allí abrasaban á nuestros combatientes. Una granada, una sola, sin necesitar rectificación (los tres disparos de rigor, los de siempre), caía instantes después sobre el parapeto. De los escombros sólo escapaban, despavoridos, cuatro hombres. Los demás habian sido aniquilados.

Y... ¡qué casualidad! En nuestra batería no había ningún cantinero francés.

En fin, por algo «Tartarín» no fué más que remedo, una caricatura del «Quijote».

¡Bah, bah, bah!... ¡Viva España!





La Mezquita más pequeña y artística de Tetuán.



LA OBRA TÁCTICA DE MARINA

Ayer.

Yo no quiero censurar á nadie. Mucho menos al señor Alfau. Al Gobierno de Romanones, cuya política, sin orientación, sin objeto, sin más estimulante que la conservación de sí mismo por los medios que sean..., podríamos derramarle sobre su faz la sangre de algunas víctimas. Pero ni esto les mancharía, ni esto les causaría impresión. Ni siquiera la voz de un mártir que, al caer, dijera: «¡Por ti!»

Llanamente, y sin buscar tesias donde saciar desquites, afirmaré un hecho. Antes de tomar el mando general del Ejército en Africa D. José Marina, éramos prisioneros del moro. Desde Ceuta á Tetuán, incomunicados... Desde Tetuán á Laucien, incomunicados. Cada convoy á Laucien era una operación formidable, en la que dejábamos un reguero. Los «pacos», desde cercanas guaridas, acechando en la sombra, cazaban á los soldados del campamento general. En Tetuán mismo, cayó alguien bajo un proyectil artero lanzado por algún

moro de las inmediaciones. Mondando patatas, cuando se consideraría más lejos del peligro, un cazador fué muerto. Se avanzó sin madurez, y no se corrigió el yerro pronto. Impaciencias de un Gobierno por «etapas», que tiene, entre otras graves consecuencias, no sólo militares, sino de toda índole, el estertor innecesario de un valiente.

Los blocaos.

Tan sencilla, tan práctica, tan eficaz ha sido la obra de Marina, que nos parece absurdo cómo antes no se hizo.

Tómanse posiciones remotas; allí se deja una compañía, un batallón formando isla, sin otro amparo que sus fuerzas propias; el moro, inmediatamente, ocupa los puestos intermedios; cada vez que se avanza para socorrer con armas ó víveres á los aislados, realízase con ello, por lo menos, una escaramuza que cuesta vidas y que gasta entusiasmos. ¿No asalta al pensamiento la necesidad urgente de construir blocaos en las eminencias del camino para tener siempre al moro bajo el cañón, bajo el fusil, para que se vean reducidos á la impotencia, para que el tránsito pueda realizarse fácilmente?

Tal ha hecho Marina con una celeridad y una exactitud y un acierto que merecen plácemes.

De Ceuta á Tetuán, Arráiz, por orden suya, tiene ya casi protegida la carretera. Rumores, bien

fundados, aseguran que muy en breve, quizá en esta misma semana, puedan circular, no sólo convoyes y fuerzas militares, sino el más pacífico é indefenso de los ciudadanos. Las posiciones del Rincón á Tetuán son excelentes. Las de Ceuta al Rincón ya finalizan. Mañana, pues, una de las necesidades más urgentes, uno de los objetivos más próximos, de importancia mayor, serán cuestión resuelta. Y todo, sin bajas. Apenas las imprescindibles, que lamentó Arráiz.

Otro camino de suma transcendencia, el de Rio Martín, que pone á Tetuán en comunicación con el mar y, por ende, con la Aduana, está ya tomado y vigilado.

Quedaba únicamente el de Tetuán á Laucien.

Es un ancho valle, fecundo y espléndido, que mañana podrá labrarse con inteligencia y explotarse con abundancia pródiga, y por donde corre, serpentino y sucio, el Martín. A un lado y otro, montañas abruptas, refugio del «paco»; lomas que era preciso tomar á diario con la bayoneta calada: el túnel de la muerte. Allá, en el fondo, inaccesible casi, como no fuera con las armas y á costa de titánicos esfuerzos, Laucien. ¿No se os antoja de absoluta necesidad ir parapetándose, fortificándose, en los montículos del valle siniestro, para evitar aquellos horrores?

En el Dersa, en la Silla, en Arapiles, llamado así por la refriega heroica que sostuvieron en ese lugar los cazadores mandados por el gallardo Pri-

mo de Rivera antes de construirse allí el blocao, ha ido colocando Marina fortines inexpugnables para el moro, y bajo cuyo dominio no rechista el adversario. Esta medida no sólo protege á los convoyes, hace menos ardua la obra militar y ahorra sangre y energía, sino que tiene el supremo valor de aislar á los rebeldes. Cortadas las comunicaciones por este lado entre Anyera y Ben Karrich, el paso de los harqueños, su aprovisionamiento y auxilio habrá de hacerse por detrás de Laucien, á larga distancia, con un rodeo enorme y á costa de fatigas inmensas. La toma y fortificación del Mogote, en la margen opuesta del Martín, asegura definitivamente el tránsito. Donde ayer se combatió rudamente, donde se gastaron heroísmos inútiles, ya reina la calma. De Tetuán á Laucien se puede ir en son de paseo y por mero turismo. Ayer, sobre huellas de sangre y vestigios de estrago, encontrando esqueletos de jamelgos tristes, en cuya osamenta busca todavía el cuervo, he ido yo tranquilamente con mi cuaderno de apuntes y con Alba, que ya está sano y salvo.

—Mi general, no por mí, sino por el Ejército, por la nación, gracias, gracias.

Y esto, sin bajas. Sólo el Mogote, donde tenían los moros su reducto postrero, costó algunas. Pero fueron, aunque sensibles, muy pocas. El enemigo, además, quedó aniquilado, exánime.

¿Qué más hizo Marina?

Hay para escribir muchas crónicas. Yo, sin embargo, atento á la infinita complejidad del asunto, procuraré irlas extractando.

Uno de los aciertos más puros del general —este general á quien aflige verse loado, pero cuyo elogio lo realizo yo para satisfacción de su país—ha sido crear, ó mejor dicho, fomentar y acrecer una partida de moros que dicen «de la porra».

Con elementos dispersos refugiados de las cábilas deshechas y de los aduares extintos se ha formado este núcleo, mandado por Al-Kalay, antiguo moro perteneciente á las fuerzas regulares de Melilla y hombre de pelo en pecho y garrote en mano.

Por dos pesetas diarias, estos buenos sarracenos de los alrededores, tan amigos de guerrear como enemigos del ayuno, se juegan hermosamente los sesos, patrullando vericuetos adelante, metiéndose en las adelfas de Río Martín y dándose al saqueo si llegan ocasiones oportunas. Son hombres baratos hurtados á la harca, son fusiles á nuestro servicio, y es diplomacia...

También para las inmediaciones del Rincón, y mandados por un teniente de milicias, se ha constituído otro grupo de cuarenta chacales amaestrados, que prestan el mismo servicio que la partida «de la porra».

Se ve un cerebro pensador y una sabio mano ejecutante.

Pero de todas estas cosas, la más bonita, la más sutil, la más deliciosa, fué la creación del «contrapaco». Ha sido atajar al moro en su rendija, combatirlo con sus propias armas. Los de la porra, algunos centinelas á tal cual ametralladora esperan con la misma cachaza, con la misma flema que el mahometano. Ven acudir á éste, felino y astuto... Lo aguardan... Y en cuanto el hombre se considera feliz en su puesto de caza, recibe una golosina en el corazón. Ya se han recogido algunos cadáveres de asesinos cautos. El «paco» se ha desvanecido. Actualmente, cuando una vez á la semana nos dicen que un «frasquito» de éstos va por ahí, pensamos que no es otra cosa sino un pobre suicida con chilaba.

Y sobre todo.

Y, sobre todo, el general Marina es autoridad. Se le respeta y se le ama. Recientemente, ordenando que no entren las tropas en Tetuán, especialmente las indígenas, sino que permanezcan en sus campamentos, evitando así el holgorio y el escándalo naturales de todo soldado cuando se halla entre el «paisanaje vil», ha regocijado á éste y le ha convencido de que Don José Marina es un gran militar, pero á la vez un gran ciudadano, protector del tráfico, de la industria, de la tranquilidad.

Vive para su misión. A caballo visita sus tiendas, juvenil todavía con sus años expertos; sube á las posiciones; recorre los sitios peligrosos dando ejemplo de serenidad; protege á la gente civil; y cuando vuelve á la Residencia, y tiene en espera, inevitable, á una mora tapada que viene á clamarle perdón, libertad para un sarraceno por quien gime, condúcela junto á su benignidad, le sonríe con gentileza de caballero español, y no es raro que le diga magnánimo y noble:

—Mujer, mujer que lloras por el hombre amado, ¡tenlo!

Cómo es un blocao.

¡Si habrá sido eficaz la operación del Mogote, que yo, á quien no seduce la idea de morir sin gloria (que la mía fuera escribir si no fuese lerdo), he ido hasta Laucien!

Ni siquiera encontré preciso incorporarme al convoy. Me bastó una agradable compañía. Vinieron con nosotros el comandante Araujo y los capitanes Castillo, todos muy corteses y muy requetesoldados.

—¿Habrá distinguidos homicidas?

—No.

En un caballo de oro, árabe y terrible, con más sangre que chinche en cuerpo de gordo, realicé mi excursión en galopadas frenéticas que me pusieron más cerca de la tierra y de la eternidad que

del Mogote y de la información. Alba, centauro de la fotografía, caracoleaba sobre un trotón untado con mantequilla rubia.

Encontramos al general Aguilera, gran militar: algunas patrullitas, y ningún tropiezo. Media hora después, y hecho un coloso de la equitación, es decir, al antojo de mi caballería, surgí en el Mogote. Una compañía de Wad-Rás lo guarnece, una compañía que manda el capitán Boyer, y los tenientes Boyer, García y Díaz, y que vive para el trabajo y la perspicacia, mejorando su reducto y ojo avizor, no venga un canalla.

Este blocao es un semicírculo. El capitán Castillo, el admirable jefe de las ametralladoras, le halla parecido con la Puerta del Sol. Un muro de piedras. Encima, unos saquitos llenos de arena muy compacta, en el que mueren eficacias de balines. Un escalón donde reposan los centinelas de imaginaria, mientras otros, de pie, no pierden detalle. Y en medio, por todo sibaritismo, cuatro tiendas de campaña, bajo las cuales aguantan estos hombres todos los diluvios. La alambrada que circunda el parapeto, ofrece al invasor un cerco de espinas.

—¿Han tenido ustedes refriega?

—No. Del otro día quedaron deshechos.

—¿Ni «pacos»?

—Ni aun esa amenidad.

—Entonces, la operación fué aplastante...

—Hubo centenares de bajas entre la morería. Ya ve usted... Ni un tiro.

Gozoso, y deseándoles ventura á los guarnecedores del que será histórico fortín, y contemplando una vez más los montículos donde se cubrieron de gloria Izardúy y Peralta, picamos hacia Laucien, y llegamos á estos lugares de ímpetu y de bravura, que Villanueva recorrió hace poco, frío, sin alma, bajo un ceño hoscamente pueril.

En Laucien.

¡Terrible Laucien, que tanta sangre has costado, te saludo con admirado respeto!

Llegamos, hicimos pie á tierra, estrechamos la mano al coronel señor Dema, que manda todo esto; al capitán de Artillería señor Jeregui, cuyos cañones han traído la paz; bebimos cerveza del «Hotel de las Pulgas», que así llaman á la cantina los humoristas del vivac, y hablamos con los héroes.

—¿Tienen ustedes fuego?

—Poquísimo.

—¿No han atacado recientemente á Laucien?

—No. Está bien guarnecido, y desde que se alzaron los biocaos de la ruta, quedó esto admirable. Ya no es avanzada sin amparo. Es centro de operaciones, núcleo...

—Los moros de alrededor...

—Queriendo la paz.

—¿Se dejan ver?

—Sí. Ayer columbramos un grupo enorme. Estaban hacia Ben Karrich y eran unos trescientos. Bajo un árbol enorme, parecían andar como en procesión. Sin duda agasajaban, reverenciaban á alguien. Se consultó al general Marina si convendría tirarles, y dijo que no, mientras se mostrasen pacíficos. Una hora después se fueron sin hostilizarnos.

La sensación de Laucien no puede ser más tranquilizadora ni más alegre. Parece un campamento de maniobras militares. Nadie diría que aquí se han trabado luchas hórridas. Y es que una mano todo luz va sembrando el bien.

Antonio Barroso.

—¿Conoce usted al teniente Don Antonio Barroso?

—No.

Y me lo presentaron.

Es un oficial pundonoroso y valiente, que sufre con alegría el fragor de la campaña. Más de una vez se ha visto en el combate y ha probado su denuedo. En el asalto á unas ametralladoras, demostró una vez más su bravura. Está sucio—¿cómo estar?—, carece de todo refinamiento y hasta de lo necesario, y sonríe...

Lector, es preciso que se conozcan estas cosas. Un muchacho que se llama Barroso y Sán-

chez Guerra sería en España, sin otra razón, diputado. Romanones, para agarrar un voto, lo haría director general. ¿Pondríamos en duda que sería ministro? No á este mozo, que hizo una carrera científica y que ha demostrado intelectual suficiencia, sino aun siendo torpe, inepto, incapaz, el azar gubernativo le haría en el espacio de dos meses embajador en Londres, gobernador de Barcelona, comisario de Pósitos, y, si fuera menester, director de la Biblioteca Nacional.

Pero Antonio Barroso, caballero, sentiría el pudor que todas estas bellacadas le causan á los espíritus selectos. Y es teniente. Y lucha desde Laucien por España. Y así, yo, que tanto desprecio á la política; yo, que soy un irreconciliable; yo, que paseo mis ojos despectivos por los bancos azules, he sentido el orgullo de mi raza ante el teniente Barroso y Sánchez Guerra.

—En San Sebastián vi á su padre...

—Si lo ve usted en Madrid, abrácelo. Y al señor Luca de Tena, mi saludo.

Y nos fuimos. Y allí se quedó feliz, orgulloso, digno y caballeresco, ¡sin acta!

¿.....?

Avizoro desde Laucien el camino. Atrás, la paz, el sosiego. Delante, el puente Buceja, cantado por Alarcón, y los caminos del Fondak y del Jemis.

¿Nos detendremos aquí, en este lugar ya tomado? ¿Avanzaremos? ¿Será preciso, de una evidencia total, ocupar estas cañadas, seguir la ruta de Tánger, llegar al Jemis, por lo menos?

Yo, con todo mi corazón, deseo que nada sea necesario, que la diplomacia sustituya al hierro, que no se despilfarre mi raza.

Aun así, desde Laucien, incapaz de profecías, modesto, sencillo, trazo dos interrogaciones... Y dentro de las interrogaciones, sin reservas, inmenso, enorme, pongo mi amor patrio.





EL PADRE DE LOS MOROS

Cómo vive un general.

El Excelentísimo Señor D. José Marina Vega, teniente general, caudillo del ejército español en operaciones, hombre de largos sesenta inviernos, levántase á las seis de la mañana. Si hay combate, ó al menos, posibilidad, monta para compartir el peligro. Si es día plácido, trabaja en su despacho de la Residencia, sin un minuto de reposo, hasta la una de la tarde. Complejo, al igual que su difícil misión, habla con el delegado de Hacienda, con el de Fomento, con el secretario general, con los jefes de su Estado Mayor, con el de información indígena, con el cónsul, con los diplomáticos. Recibe á un comerciante que ha decidido emprender cualquier negocio, y que, si viene con limpia historia y propósitos buenos, halla favorable acogida. Lee, estudia, redacta disposiciones que pondrá el jalifa en ejecución. En ocasiones, sagaz, escucha confidencias del campo enemigo. Almuerza. Descansa una hora. Monta después á caballo

y recorre su panorama estratégico, animando al sano en el fortín, y en el hospital al herido. Vuelve al obscurecer. Trabaja aún hasta las nueve. Cena. Lee periódicos, boletines, cartas, estudios militares, infolios diplomáticos. Ignoro si tiene cinco minutos para meditar en los ausentes, en los de Madrid, en los suyos. Para ocuparse de sí, no tiene el general la oscilación tenue, interiormente cerebral, de un pensamiento vago.

Así vive, para beneficio de la causa española, con más de sesenta inviernos y todas las codicias logradas, sin más objeto que ser útil, D. José Marina Vega.

¿Para lo militar?

No. D. José Marina es más que un soldado. Es un hombre civil. Un hombre civil que sabe dirigir combates, y que tiene como uno de sus aspectos la bravura.

Marina siente—me parece á mí—el problema. No es un chafarote—yo adoro á los chafarotes cuando son precisos, ¡oh, enorme y glorioso Narváez!—; no es un chafarote, dispuesto á resolver una cuestión demasiado intrincada en fuerza de pericia militar. En Melilla, su acción tuvo cambiantes, facetas inteligentes, flexibilidades lógicas, ¡nobles flexibilidades!; no vayáis á suponer en mí el elogio de la flexibilidad, señores que hozáis en el fondo de reptiles.

Esta cuestión de Marruecos, al parecer tan difícil, yo la voy encontrando sencilla. Cuando pueda formar juicio exacto—un juicio mío, es decir, mediocre, pero bien intencionado, cuanto den mis pobres sesos, mal constituídos—, ya os diré algunas cosas acerca de tal facilidad y de tal sencillez. Por hoy me será bastante afirmaros que nuestro residente, pese al Gobierno, pese á la dirección madrileña de la cuestión, pese á tantas cosas que iremos señalando, ha visto, ha sentido, ejecuta, resuelve, marcha por un camino acertado. No hay aquí ni perplejidades ni desorientaciones. Esto, españoles, marcha bastante bien. Os lo digo, si tenéis alguna fe en la imparcialidad de mi criterio, —ya que demandarla para mi sutileza fuera un crimen—con objeto de que os tranquilicéis.

Vinimos adonde debíamos venir, y vamos hacia donde debemos llegar.

El acto de los rifeños.

Un acierto diplomático del general ha sido la visita de los rifeños notables al jalifa de nuestra zona.

Sabedores de que había tomado el mando supremo Don José Marina, un grupo de moros influyentes, presididos por Abd-el-Kader, antiguo jefe de la harca, amo y señor de Beni-Sicar, y hoy uno de nuestros adeptos más firmes, se apresuraron á venir para saludar á quien respetan y aman. El

general los recibió. Después, renunciando al éxito personal y á la vanidad bélica, les rogó que visitaran al jalifa para ofrecerle vasallaje, puesto que representa la autoridad musulmana en la zona. Es decir, habilísimo, exclamó:

—Ved, moros, cómo vuestro jefe no es cristiano, ni es el vencedor. Es un nieto de Mahoma. Somos respetuosos con vuestras creencias. Id, id á prosternaros ante vuestro Sultán.

Y el efecto ha sido excelente. Y el jalifa es feliz con estas cosas. Y la confianza y la simpatía van surgiendo entre los indómitos.

—Así, mi general, es como ven las almas superiores.

La gama de lo inteligente.

Cuando Marina tomó posesión, uno de sus primeros actos fué telegrafiarle á Liautey en un despacho todo cordialidad, al que respondió el caudillo galo de Marruecos de una manera expresiva. Una entrevista entre ambos generales, no sería utopia. Con el cónsul de Francia sostiene también el general relaciones muy afectuosas. Marina sabe cuánto interesa á las dos naciones caminar de acuerdo. ¡Lástima sólo que los franceses, que pretenden llevarnos á un enlace, incurran en ridículas gasconadas de vez en vez, afirmando que sus cantineros son mariscales de nuestra Artillería, y que van á tener que venir á la zona que nos pertenece con objeto de arreglar esta maraña!



El general Aguilera habla con Antón del Olmet, cerca del Mogote.

Con los demás cónsules extranjeros, Marina vive también amistanzado, no dando ni consintiendo pretexto de malquerencia.

Su tacto para elevar la condición del Mahacen, es decir, del Gobierno mahometano, lo cual hará más fácil nuestro dominio de los corazones, es de una gran sutileza. El bajá no es en Tetuán un pobre servidor, un lacayuelo que más estorba y daña que beneficia, sino un hombre con autoridad y con prestigio, que se hace obedecer y que, como es natural, es en su forma y en su alma perfectamente nuestro.

Duro, terrible, cuando advierte la ineficacia del bien, aparece ante los moros fácil al perdón, y entre sus bayonetas, amable. No toleraría un maltrato para la morisma ni para la judería españolizada, suponiendo el caso absurdo de que estas tropas admirables abandonaran su prudente, caballerosa y noble actitud. Entrar en una mezquita, descubrirle su faz á una mora tapada, sacrilegio no perpetrado aún por estos soldados nuestros (¡oh, miserables, que habláis del espíritu inquisitorial español!), constituirían para el general un delito nefando. Con sólo su llegada, se sometieron algunos aduares. Otros que no están sometidos, anhelan someterse para vivir en paz y al calor del poderoso. Raro es el día en que no acuden tres, cuatro, seis moros defraudados que vienen para echarse á sus plantas. Saben que los puede arruinar, destruir. Saben también que tras de aquellas

bayonetas, tras de aquellos cañones, tras de aquel uniforme, tras de aquellas barbas de mármol, al parecer frías, hay un gobernante sonriente y benévolo, que persigue al nefando y acoge al arrepentido.

Las Aduanas.

Pero ¿se limita el general á una doble función militar y diplomática? No. Su acción progresiva en todos respectos se deja sentir benefactora.

Tal ha ocurrido con las Aduanas.

Éstas, como sabéis, hállanse en la desembocadura del río Martín, á 500 metros de la costa. Antiguamente—y aquí lo antiguo es de ayer—los funcionarios aduaneros iban á la oficina todas las mañanas para volver por la tarde. Entre ida y vuelta se pasaban el día. Muchas veces, sin despachar, importantes mercaderías se han podrido.

Marina los ha obligado á dormir en la Aduana. Claro está que antes les ha limpiado las cercanías de bandoleros. Y ha cedido además unos metros de camino táctico para que las mercancías no precisen un transbordo en Río Martín, sino que lleguen á la oficina por tierra. Las Aduanas han producido, desde Enero á Agosto, 500.258 pesetas más que produjeron durante el año anterior. Y cada día, á cada hora, crece el esperanzoso aumento. El inteligente ministro señor Suárez Inclán sabe que nuestras finanzas en Marruecos, aunque,

naturalmente, á la larga, habrán de ser fructíferas.

Por lo demás, si queréis poner una tienda, edificar un hotel, introducir un producto español, trabajar, en suma, por España, debéis hacerlo, tenéis la obligación de hacerlo. Aunque todavía en guerra, de los audaces fué siempre la fortuna. Por lo demás, insensato, criminoso, desalentador fuera que los alumbrados, los tranvías, los caminos, los trenes, cuanto aquí se debe realizar, y que serán negocios productivos y remuneradores, los deje la desidia española á la rapacidad extranjera. El general, si sois honrados y venís por derechos caminos á lograr justa fortuna, aumentando á la vez la riqueza patria, os facilitará vuestra misión, y desde su autoridad y su prestigio, estará con vosotros.

¡Sometidos!

Ha ocurrido la escena muchas veces.

El general, á caballo, recorre las cercanías de Tetuán. Unos bultos avanzan por la carretera. Son unas blancas figuras de ancestral indumentaria y que parecen bíblicos pastores amedrentados, fugitivos de la guerra... Son tres, cuatro, diez. Han bajado del monte arrastrando á un carnero de la cornamenta, y llegan despavoridos, ganosos de paz, demandando misericordia. El general se detiene, generoso, para escucharles con majestad y con firmeza. Ellos se arrojan al suelo, muerden el polvo, se arrastran, llegan bajo los pies del ala-

zán y besan sus cascos. Luego, si el general no los golpea ni los manda prender, cosa no sucedida jamás, besan el pecho de la cabalgadura, y ya envalentonados, besan el estribo, y luego besan los pies del magnánimo:

—¿Qué deseáis?

—La paz.

—¿Estáis arrepentidos?

—Sí.

—¿Prometéis ser humildes y buenos y querer á España?

—¡Juramos!

Hay una pausa de grandeza inaudita, en el que dos pueblos, el vencedor y el vencido, hermanados ya por el olvido y por la justicia, lazos eternos del humano amor, parecen fundirse, y en el que sonríe la tierra esperando simiente fecunda, y en el que todo es ilusión...

—Labrador—exclama después el general—, puedes arar, sembrar, recoger y vivir dichoso.

Y, entonces, el carnero es sacrificado. Y su sangre inocente, como la sangre del cordero místico, derrama su borbotón y rubrica el convenio de paz.

El padre.

Diréis; pero estos gazmoños, así que hayan sembrado y cosechado, volverán al monte para hacer la guerra.

Sí. Volverán algunos. Otros no volverán. Otros—tenemos ejemplos bastantes, y en la zona melillense infinitos—, seducidos por el progreso, por esa fuerza enorme que todo lo vence, por la razón, por el buen trato, por la insinuante complacencia, se quedarán aquí.

Bastará que á nuestro representante, como acontece con el general Marina, se le llame «el padre de los moros».





SU ALTEZA EL MEHEDI

Satélite imperial.

Muchas veces oí exclamar en esa ciudad incrédula que hizo corte de las Españas un todopoderoso:—¿Para qué sirve el jalifa? Eso nos cuesta muchas pesetas inútiles.

En primer término, el jalifa nos era necesario para intervenir en Marruecos. Nuestra acción —claro está—es posesoria, y estas ciudades y campiñas, donde flamea ya la bandera española, espiritualmente, comercialmente y — ¿cómo no? —militarmente, van pasando á incorporarse al territorio nacional.

Pero—tenedlo en cuenta—no hemos venido aquí para conquistar, sino para proteger. Argelia, Orán, se rigen en francés de una manera semejante. Hasta los ingleses en su India tuvieron que reconocerles á los rajás una especie de soberanía...

Nosotros no estamos conquistando una zona, sino protegiéndola. Y así, hemos tenido que plan-

tificarle un soberano á los moros. Y este amable soberano, de tan pura sangre como buen corazón y ánima benévola, llámase Muley el Mehedi Ben Ismail ben Mohamed.

Ahora bien—dirá el tacaño y rezongará el malicioso—, el formulismo aparte, ¿es conveniente la existencia de un soberano marroquí?

Para el moro es una garantía de libertad ciudadana, de libertad religiosa y autonomía étnica. Además, ahora mismo, y sobre todo mañana, el jalifa, descendiente legítimo de Mahoma, con su turbante verde y su enorme prestigio supersticioso, acabará de someter á los fanáticos. Tenemos la cuerda clerical marroquí. Tenemos un seguro de paz.

¿Lo dudáis? Voy á referiros un suceso que habrá de persuadiros, sin duda.

Cuando estuvieron los rifeños notables en Tetuán para saludar á Marina, el general, como sabéis, les indicó la conveniencia de que visitaran al Mehedi. Fruncieron un poco el ceño. ¡Estaba, siendo hijo de Mahoma, pasado á la Cruz! El caudillo, con finas razones diplomáticas, persuadióles al cabo. Y fueron, aunque de mal talante. Y al llegar á su presencia, aquellas facciones exquisitas, aquel gesto de aristocracia secular, aquel resplandor que irradian para los mulsulmanes las carnes formadas por la carne del Profeta, aquel verde color de la indumentaria, color de santidad, hubo de fascinarlos. Y los indómitos cayeron he-

ridos por luz divina, y, prosternados ante las ungidas babuchas, clamaron atónitos:

—¡Señor...!

Creed... Los veinte mil duros del jalifa están bastante mejor empleados que lo están los seis mil de algún ministro. Y, sino, que lo diga, en un momento de sinceridad, el Sr. Borbolla.

¿Quién es el jalifa?

Ya conocéis su nombre. Su ascendencia es preclara. Mahoma engendró la dinastía. Su abuelo fué el sultán de la guerra de Africa. Es primo hermano suyo Muley Hafid. Tiene Majestad por derecho marroquí, y Alteza por derecho español. Cuando se deja ver por nuestros soldados, se le toca la Marcha Real. Y esto le agrada mucho, y pone los ojos de satisfacción y carita de regodeo.

Costó algún trabajo darle caza. Como era uno de los escasos príncipes marroquíes no afrancesados, Francia nos lo quiso vedar. Por ventura, el doctor Belenguer, este abnegado español que vivió en Fez trece años haciendo España, y que no se ha hecho rico siendo el favorito del pródigo y dadivoso Muley Hafid, nos lo trajo. Es bueno, prudente, de una inteligencia bastante. Carece de ambición. Está como chico con zapatos nuevos; no le mandó cortar á nadie pies ni manos, y es opulento. Su fortuna oscila entre diez ó doce millones de pesetas. No había visto el mar hasta que

fué traído á Ceuta. No se mareó. Posee ochenta servidores y tres concubinas. Está casado con una prima hermana, de la que no logró descendencia. Tiene veintiocho años y cinco retoños dei harén.

Tal es, para el servicio de Alá y beneficio de España, Muley-el-Mehedi.

Su Gobierno.

Claro que habiendo Sultán, hay Gobierno.

El Mehedi tiene su Mahazen. No es profuso. Un gran visir, que ocupa al mismo tiempo la cartera de Gobernación (Romanones y Alba en una pieza) y que se llama Ben Azus, hombre de grandes proporciones físicas, inteligencia clara y lealtad perseverante; un Ministro de Hacienda, llamado El Kaima; otro de Justicia, á quien dicen Erjoni; un introductor de embajadores, Beni Aix, y para Tetuán, el bajá Torres. Cada ministerio posee tres secretarios escribientes. Tal es el romanoneo de la zona. Unos cuantos miles de duros que se pagarán en su día con el dinero de los tributos marroquíes, y que nos facilitan y aun resuelven un aspecto en la cuestión ardua.

No protestéis, cicateros. Entre las familias Montero, Navarro, Gasset y Alonso Castrillo, por no citar otras, consume la nación mucho más dinero, infinitamente más, en balduque.

Porque aquí manda el general, el Mahazen escribe y el Sultán firma. Y ahí, además de cobrar, estorban, fastidian, encocoran y aburren.

¿Cómo es el jalifa?

—Belenguer, yo quiero ver á Su Alteza.
—¿Cuándo?
—Mañana.
—¿Le ha dado á usted permiso el general?
—Sí.
—¿A qué hora?
—A las diez.
—¡Hecho!

Y á las diez, provisto de un traje obscuro, relegando mis chaquetas de ajetreo, poco diplomáticas y ceremoniosas, y en unión de Alba, llegué al Jalifato.

Estamos en pleno Marruecos, en el Marruecos indígena; vistoso, fascinador, inaudito... Una calleja blanca, nítida, con tonalidades azules dadas por los aleros. No hay vestigio de Europa. Dos moros del tabor hacen guardia. En el zaguán, un zaguán amplio, enjalbegado y alegre, están los servidores, en cuclillas, sentados, tendidos. Algunos son negros y llevan su arete de oro en la nariz. Unos esclavitos etíopes, que se dejan en el occipucio un moñito rizado, pónense á nuestro servicio. La casa, que recorremos ligeramente, es grande y digna, pero se halla en obra. Pronto será una mansión donde no se desdoren las estirpes. Atravesamos un patizuelo. Tras de cierta ventana vislumbramos al Mahazen, que celebra Consejo, sentado en unas colchonetas. Otro patizuelo. Des-

pués, un jardín africano; jardín sin cordobés ni sevillano refinamiento, pero que tiene aromas, pájaros, mucho sol, alegría de macetas y prestigio marroquí de chumberas y pitas. Un nopal, alto y esbelto, se yergue, proyectando una sombra muy azul sobre la cal chillante y estentórea del muro. Huelo, y gozo. Cuando torno la vista, un abanico de realización poética, algo que me perturba y me conmueve, algo ensoñado, y que antaño me pareció increíble...

Bajo una bovedilla, el Sultán. A su lado, de pie y descalzo, el gran visir. Formando alas, en respetuoso semicírculo, treinta ó cuarenta esclavos, silenciosos, herméticos, que no se asombran, que no comentan, que no miran, que semejan estatuas, que os ofrecen toda la maravilla de un orbe remoto y absurdo.

Avanzamos. Nosotros, los españoles, no doblamos la rodilla ante Su Alteza. Le damos la mano cordialmente. Al gran visir, nuestra reverencia afectuosa. Luego, interpretados por Belenguer, hablamos con el jalifa.

Es alto y grueso. Tiene finas las manos, aristocráticas. En una, detona cierto inmenso diamante, formidable diamante, que sería ridículo en anulares europeos, y que tiene gran vistosidad, y aun prestigio, en la cansada falange de un Sultán. Grandes ojos negros, ojos inocentes y puros; un bigotito ralo y suave; una barbita rizada, á mechones, barba de estirpe; una sonrisa grata, y un

gesto continuo de irresolución, de timidez, como de sobresalto. El jalifa sabe que arde la guerra, y su espíritu apacible, sencillo é incruento, vive asombrado, perplejo, sin felicidad...

Tomamos asiento á su vera. De vez en vez, Belenguer nos va traduciendo las palabras del bondadoso Mehedi.

—Ha dicho Su Alteza que está muy contento de verles, y que se halla satisfechísimo en Tetuán.

....

—Ha dicho Su Alteza que siente gratitud y admiración por España, y que pide á los cielos todos los días por su ventura.

....

—Ha dicho Su Alteza que no conoce á Su Majestad el Rey más que por retratos, pero que admira su valor y su talento, y que anhela saludarlo como á hermano mayor y jerarca.

....

—Dice Su Alteza que suspira por llegar á Madrid, la otra capital de Marruecos, y que, si lo permitiese la política, iría como su pensamiento, veloz, y como su amor, ávido.

En sus ojos aniñados, ojos que no vieron miserias ni horrores, ojos de Fez, de palacio misterioso y fragante, ojos de musulmán elegido por Dios, anidan ahora ilusiones felices. Quiere ver al Rey grande, al Rey poderoso, al Rey culto, al Rey que tiene cañones y acorazados, regimientos, Academias, Universidades, fábricas. Y quiere ir á Ma-

drid, á la ciudad que se imagina populosa, y que es colosal vista desde sus «medinas» pobres. Y quiere conoceros, y asomarse, con su turbante verde y sus ojos azorados, á nuestra vida, una vida que le atrae con fascinación, y que sueña bellísima, de una complejidad sobrenatural, épica, estentórea.

—Pregúntele usted, Belenguer, si espera de su gestión, de su presencia, de sus oraciones... Dígale que combatimos, y que á todos, á los de su raza y á los de la nuestra, más nos conviniera un abrazo ante los arados fecundos que un gesto de ira ante los fusiles trágicos.

Se volvió Belenguer con una sonrisa Dijo... El Mehedi alzó sus ojos grandes, puros é infantiles hacia el azul, movió de un guisa esmerada sus manos puntiagudas y aristocráticas entre la finura del augusto albornoz, y habló en árabe.

—Dice Su Alteza—tradujo Belenguer—que la paz será un hecho. Que ya viene con sus alas de oro por el cielo africano. Que dentro de mes y medio, que tal vez antes, viviremos tranquilos. Y que ya para esa época estarán las semillas en el surco.

Reventaba un clavel en su maceta. Una golondrina española, recién venida, cruzó, tocando los arrayanes con la puntita de su ala. El mismo sol que alumbra á Castilla filtrábase por este jardín musulmán y lo bruñía de oro. Una esclava pasó con un enorme pan abierto.

—Sí, Alteza—dije—; vuestra gestión será venturosa. Tened fe. Aguardad. Nuestras armas primero, y después el cariño que brindamos y el prestigio de vuestra realeza ungida, harán que la paz advenga. Vos, príncipe, habéis de reinar sobre el corazón de un África dócil y trabajadora, donde no se pregone crueldad en la mezquita, sino el amor y el bien.

¡Tiene España un reyecito!...

A instancias de Alba, vino después el heredero. Tiene seis años. Se llama, como su abuelo, Mahomed, y parece una figurita de marfil viejo. Calza babuchas bordadas en oro, y en brazos del esclavo etíope que lo trae, parece un magnífico, divino regalo de Reyes para la morada exquisita de un magnate.

¡Si viérais qué fascinadora escena! ¡Si viérais cuántas emociones y cuántas esperanzas inspira! Españoles, es la primera vez que tiene España reyecitos satélites, reyecitos exóticos, reyecitos de sandalias y túnica, reyecitos de cuento.

Ha sido enorme nuestro imperio colonial. No lo tuvo semejante ningún otro pueblo. Ni Roma llegó con sus armas, y, sobre todo, con su pensamiento, con sus ideales, con su idioma, á tan vastos y remotos países. Aun así, faltó á nuestra corona imperial este adorno supremo que tienen Inglaterra y Francia, estas otras coronitas ostenta-

das bajo la metropolitana bandera por unos monarcas negros, morenos, amarillos, que visten sedas y tienen pajes y caminan en sus elefantes y en sus dromedarios.

Es la primera vez, tras luengos siglos, que se nos entrega otra raza. Descubrimos el oro del inca, la desnudez del tagalo, la barbarie del indio, la fiereza del araucano; del chino, su docilidad taimada; del judío, su avaricia recelosa. El gallego Colón llevó nuestro espíritu á pueblos ignaros. El extremeño Cortés hizo suyas las flechas del indómito. Se nos han sometido los dioses primitivos, los monstruos y dragones terribles de religiones bárbaras. En la cola de nuestros caballos fueron plumas, coletas y turbantes. Francia, Holanda, Italia, Bélgica, vieron centellear el toledano acero. El mundo estuvo suspenso alguna vez del humor con que se levantara cierto supremo gotoso de Yuste. La historia fué luego doblando sus páginas con cerco de luto. Quedaron, aun así—y esto nadie, nadie, pudiera intentar arrancárnoslo—, la soberana grandeza de lo hecho, un orbe que palpita magnífico y triunfal, un orbe americano que se agiganta con el idioma de Castilla. Pero nuestras preseas, nuestras joyas, se han ido desciñendo y han ido á otras manos. Hoy, detenido el declive, con la fuerza de lo señalado para ser inmortal, España se recobra y, presta de todas sus armas, incluso el trabajo, sacúdese, yérguese, se acusa de nuevo triunfante. Y hoy, este reyecito

moreno, de turbante verde y nítido albornoz, pasa delante de nuestras ilusiones con su caravana...

Españoles, cuando Muley el Mehedi esté con vosotros, cuando haya ido á Madrid precedido de una estrella, con presentes y dones de una raza ya española, ofreciéndoos el oro, la mirra y el incienso de una civilización sometida ya, recibidlo con júbilo. Pensad:

—¿Será que otra vez los Reyes de Oriente, los Reyes Magos, los reyecitos aurorales, mensajeros de la grandeza y del bien, retornan á España?





NO SOÑEMOS, VIVAMOS

Pereciendo entre aromas.

Ayer he ido á tomar el té en casa de un moro rico. Menos las mujeres, cosa vitanda, he contemplado su hogar entero. El patio, andaluz, con sus azulejos y su fuente bullidora y cantarina; los claustros, invadidos tenuemente por una luz difusa y cenital; la cámara íntima, con sus nichos recónditos en los que se vislumbran camas de seis colchones, gasas, mosquiteros riquísimos; el salón de recibir, con sus artesonados, sus puertas gayas, pintadas de rojo, de azul, de verde y oro; sus hileras de colchonetas mullidas para sentarse con el pie descalzo. Todo respira ese ambiente de suntuosidad árabe que soñamos en Córdoba y Granada, y que vemos aquí, reales y tangibles, mientras este moro de barbas cuidadas y finas manos, hechas al ámbar y al jazmín, nos brinda su té...

Llámase nuestro huésped amable Has Hamed Torres, y es hijo de aquel Mohamed Torres, vie-

jo y elegante diplomático marroquí, de luengas barbas apostólicas, amigo nuestro, y cuyas manos abrieron en Algeciras para Europa el arca sagrada y misteriosa de un Imperio roto.

La operación de tomar aquí el té raya en religioso y en litúrgico. Estamos sentados en la colchoneta, apoyados en los cojines principescos. Un criado trae la bandeja de plata donde vienen tacitas y teteras. En otra bandeja, grandes terrones de azúcar, y dulces y pastas y golosinas de agradable aspecto. Un gran infiernillo, argentino también, cuece el agua suavemente. El té y la hierbabuena llegan dentro de unos frascos de cristal. El huésped lo mira con fija mirada escrutadora, para que no falte minucia; mira después á sus invitados y ordena el principio del festín. Entra una luz tamizada, blandísima, quedísima, por la ventanuca oriental. Un incensario alza sus humos olorosos, que se desparraman por la estancia en una incitación voluptuosa. Los dedos de Has Larbi Rago, secretario de Torres, derraman sobre mi faz unas gotas de esencia que huele á jardines de Sevilla, al pasado, al califato andaluz, á glorias de ayer. Sólo falta, para completar el divino conjunto, el desnudo pie moreno, sabio en armonía, de alguna danzadera, rimando sobre los arabescos del tapiz un baile ancestral.

Y no, lector, así no es posible dejar que pase la vida.

Yo no me siento adormecido ni halagado por

tan blanda existencia. Este hombre se levanta muy tarde, se hace lavar y perfumar, yanta, oye reir á las esclavas de su harén, y sueña escuchando la musiquilla vana de unos instrumentos románticos; rara vez sale; ni lecturas profusas ni arduos negocios suelen turbar su molicie; ha engruesado, y tiene la barba perfumada con jazmín, y es en vida un elegido del Profeta.

No. Esto no es la vida. La vida es luchar y es vivir de una manera sobria, colaborando en una empresa grande; sentir el goce del trabajo, el placer supremo de acostarse rendido para obtener, como premio sacrosanto, la salud que nos permita volver á trabajar. Que así, en esta molicie, se arruinan los hombres y las castas fenecen. Que otros seres menos blandos, menos entregados á una sensualidad morbosa y triste—los españoles hoy—llegan dando gritos, llegan en invasión formidable, para roturar los campos, coronar de chimeneas los pueblos estériles, hacer que ruede la locomotora, y que las odaliscas, pobres hembras sin alma y sin libertad, salgan á la calle con su noble faz al descubierto, para ganar la vida con sus manos, y ser esposas únicas, y madres conscientes, y ciudadanas dueñas del pan, y del amor, y del albedrío.

En mi taza, la infusión aromática y golosa, el té musulmán, despedía un tenue humo de rescoldo. Y yo vi arder, invisible, no sé dónde, tal vez bajo ese hornillo melancólico, toda una civilización dormida.

Los ojos de Mannesmann.

Interrumpiendo con brusco ademán la escena mahometana, vi entrar á un hombre rubio. Saludó en árabe. Luego inclinó su cabeza para dárseme por existido, y tomó asiento, y bebió su té.

Es alto, blondo, enjuto, de facciones enérgicas. Viste sin presunción. Da la impresión de vivir muy de prisa. Atraído por su continente y por la escrutadora penetración de sus ojos, pregunté á un español que allí se hallaba, invitado también:

—¿Quién es?

—Mannesmann.

—¿Mannesmann?

—Sí, un Mannesmann... Uno de los socios ó representantes de la casa famosa...

Y entonces yo me fijé más en sus ojos. Y sus ojos acusaban el designio formidable de vencer, de dominar. Y yo me lo quedé mirando y sentí la grandeza del momento.

Españoles, Mannesmann se halla en Tetuán, en nuestra zona... Mannesmann es el ímpetu moderno, la despiadada lucha mercantil, la rivalidad. Yo no conozco á esos alemanes que vinieron en son de conquista para adueñarse de nuestros negocios en Marruecos. Yo no podría definiros qué clase de asuntos preparan. Yo, lo único que sé es que han llegado, que traen oro para buscar oro, que representan el comercio, qué sé yo..., ese hombre de las alitas en los pies. Yo lo que puedo

aseguraros es que tenéis la obligación sagrada, ineludible, de venir aquí, de acudir aquí para luchar en ese aspecto de la vida, para que Mannesmann, es decir, Europa, no se lo lleve todo.

Sería horrible que tal sucediera. Sería espantoso que el esfuerzo militar se viera defraudado por el esfuerzo cívico. Debiéranos llenar de vergüenza y de oprobio que las riquezas vírgenes de un pueblo llamado á florecer se las llevase Francia, Alemania, Inglaterra. ¿Para qué servirían estas espadas que riñen aquí, si vosotros, los ciudadanos, no vais labrando el surco sobre las huellas rojas del combate? Sería un sacrificio heroico, pero inútil. Daría pena y tristura, y, además, desmentiríamos la raza. Que si es muy español Don Quijote, olvidamos con harta frecuencia que el divino Cervantes puso detrás de Alonso Quijano á un hombre sesudo, poco lírico, decidor de refranes, alma de números y cuentas, y que gobernó á la Barataria con un acierto perfectamente sajón.

La noble mercancía.

Fuera yo soñador inveterado también, si no me hubiera preocupado del noble paquete de velas y de la utilísima ristra de ajos.

Claro que yo—¡pobre de mí!—no pienso emprender negocios en Marruecos. Bastante labor me ha encomendado el sino teniendo que darme hartadas tan formidables de escritura. Además, estoy

seguro de arruinarme con sólo tocar una balanza. Por eso mismo, con el desinterés de quien escribe para un periódico de vida independiente y espléndida, y de quien ha vivido siempre lejos del guarismo, patrióticamente, con la misma intensidad de amor ibero que pongo al referiros la bravura de nuestros soldados, quiero cantarle un himno á la invasión mercantil, y quiero cumplir con mi deber en este respecto.

¿Ignoráis qué productos extranjeros tienen aquí el mercado por suyo? ¿Sabéis, españoles, lo que debéis traer con urgencia? ¿Os ofenderíais si os dijese que hacen falta velas españolas, jabones, cerillas, esencias, plantas resinosas, ebanistería y cerámica, materiales de construcción, babuchas, armas, pipas, mosaico, quesos, mantecas, ropas, banastería, esterería y objetos de arte?

¿Hallaríais grotesco que mi pluma de romántico señalase la conveniencia de plantar aquí semillas españolas, de que se organice una Caja de Previsión para el colonizador ibero, de que se constituya una Cámara agrícola, de que se instale en Tetuán, un muestrario de productos españoles?

¿Encontraríais supérfluo que se funden escuelas de primera enseñanza—abordando ya otro asunto de tan vital interés—, de Artes y Oficios, de Agricultura, Industria y Comercio, y hasta una granja agrícola?

Y para competir con la «Alianza israelita», que tanto daño nos causa, que va trocando en francés

al judío, ¿pensaréis que soy un hombre vulgar si os incitase á que pusiérais aquí profesores de idioma español, y maestros de corte, de guantería, de botonería, de hilados, para estas hebreítas habilidosas, que tienen apellidos españoles, que hablan como el Rabi Don Sem Tob, y que se van haciendo parisienses, imbuídas en una educación no dada por nosotros?

Yo ignoro si os parecerá todo esto pueril. Yo sentiría pena si así imaginárais. Que ya va estando en sazón no ser ó ineptos ó vanidosos, y pensar que sin vender tejidos españoles, que sin crear educación española, que sin propagar de una manera egoísta el idioma español, vamos á una conquista banal como la realizada por Don Quijote cuando arremetiera, bello, pero estéril, contra unos molinos.

Al estrechar su mano.

Habíamos probado los confites del amable Has Hamed. La taza tercera fué bebida con regodeo; la última, la más agradable, que son tres las tazas de ritual, y cada una más azucarada. Encendimos entonces un cigarrillo aromático. Las espirales vacilaban, se buscaban, se hacían gordas, fofas, ventrudas; se espiritaban como en éxtasis. Los moros parecían soñar. Quietos, en somnolencia mahometana, con sus babuchas huecas y sus piernas enlazadas bajo el vientre, dejaban que se

fuese la vida. Entraba una luz tamizada y suave por el ventanal. Una civilización rendida y agónica parecía diluirse en este ambiente de pereza. Cruzó, rápida y tímida por el claustro, una esclava negra con sus vestidos polícromos, sus joyas, sus pies de blancas palmas, sus ojos asustados, aterrados. Creí vislumbrar, tras de una celosía hermética, horrible cárcel secular, una faz indecisa, que pudo ser la de una pobre cautiva del amor. Dormía todo. Una inmutabilidad trágica vencíalo, extenuábalo todo. Sólo Mannesmann y yo permanecíamos despiertos. Sus ojos tenían avizorantes miradas. Los míos querían otear el porvenir.

Dejamos de fumar. Se había enfriado el té. Un siervo fuese llevando las bandejas. Entonces, el moro aristócrata, el dilecto, el escogido, se puso de pie, se introdujo en sus babuchas y nos despidió.

Salimos juntos. En la puerta, Mannesmann alargóme su mano varonil, mano que no se aletarga, que produce y comercia; mano—yo creo, yo debo creer—que noblemente rival. Y la cogí entre mis dedos, y mirando los ojos buceantes del sajón le dije sin palabras, al apretar la garra de Europa:

—Mannesmann, habrá observado usted que sabemos luchar con las armas contra la barbarie. Mannesmann—yo lo juro—, también sabemos luchar con la escuela y con el arado y con las alas de Mercurio. La obra de nuestras bayonetas, esa

obra de sacrificio y de bravura, será coronada por otra labor de hombres cívicos, de hombres audaces y modernos, que también en Europa tienen su cuna y su taller. Mannesmann, yo lo juro.

Y nos despedimos, altivos y serenos.

Decid, españoles, compatriotas, ¿he jurado en falso?





LOS AVANCES

Palabras del maestro.

Don Pedro Antonio de Alarcón fué un romántico. En tiempos de Alarcón era el ambiente más propicio á la quimera. Y no es que haya bajado el pulso nacional. Marina es tanto como O'Donnell; Burguete y Silvestre poseen el mismo genio militar de Prim; Agüilera, Jordana, Primo, Berenguer, Aguado, cuantos en este pleito militar guardan relación, no desmienten la raza. La oficialidad es tan buena, ¿qué tan buena?, mejor que la de entonces. El soldado, menos veterano que lo fuera en el año 59, pero con los mismos posos de bravura. No es que hayamos descendido. Es que sufrió nuestro romanticismo secular un golpe rudo. Es que nuestro país, sin que por esto haya renunciado á su historia, ni se halle dispuesto á encogerse, á entregarse, ha pensado un tanto en no soñar, amando al Cid y no sintiendo ridículo, sino muy grande y muy bello, al Quijote.

Don Pedro Antonio de Alarcón era un român-

tico. Alistado como voluntario y protegido por el general Ros, también poeta, vino á estas montañas de Tetuán para narrar las proezas de un ejército victorioso. Conservaba su musa toda la voz, y todas las cuerdas su cítara. No habían ocurrido hecatombes. Todavía el sol de Madrid doraba territorios españoles en Oceanía y en América. Don Pedro Antonio de Alarcón tenía derecho á ser un iluso. Nosotros no le hubiéramos imputado culpas. Y, sin embargo, ¿queréis oir á Don Pedro Antonio de Alarcón juzgando el problema, y cuando aún sonaban en sus oídos las arengas de Prim?

Escuchad al maestro:

«Las guerras de desesperación, ó, por mejor decir, las guerras á la desesperada, como la de independencia que sostuvimos nosotros con los franceses hace cincuenta años, no tienen término ni límite, y si llegan á concluir es por consunción de los ejércitos triunfantes.

»Cuando un pueblo se resuelve á no capitular, las victorias son vanas quimeras, máxime si se trata de una nación desorganizada, sobria, que carece de industria y de grandes intereses colectivos, como el Imperio de Marruecos.

»Aquí, donde casi no existe unidad social; donde cada individuo se rige y sostiene por su propia cuenta; donde el hombre vive de la caza y de la agricultura, pero de una agricultura ligera también y escasa; donde apenas se reconocen otras necesidades que el comer, y el comer se

limita á triturar un poco de maíz ó á exprimirse en los labios una naranja. Aquí, digo, casi no tiene transcendencia nacional la pérdida de una plaza, de una provincia, de la mitad del Imperio.

»La población, arrojada de sus aduares, se replegará, y, provista de pólvora y balas, volverá todos los días sobre nosotros, y luchará años y años sin debilitarse, mientras que nosotros perderemos lentamente la savia nacional, empobreceremos nuestra Hacienda, aniquilaremos nuestro Ejército.

»Aquí no hay Ejército, ni Hacienda tales como nosotros los entendemos. Todos son soldados voluntarios y todos viven de su gestión particular... Para herir, pues, en el corazón del Estado, tendríamos que extirpar toda la raza, que hacerla desaparecer, que matar algunos millones de hombres y ocupar muchas leguas cuadradas de territorio.»

Así, tan duro, tan enérgico, tan vidente y tan patriota, hablaba un escritor que pudo ser nuestro abuelo; que floreció en pleno romanticismo; que no vió caer á Don Quijote, y á quien cegaba el entusiasmo de una lucha nacional que tenía repercusión en el alma española.

Así habló Don Pedro Antonio. Quien se llama Luis á secas, y, aunque pleno de confianza en su estirpe, no ha llevado melena becqueriana y pertenece á una generación más meditativa, á una generación que se detuvo á pensar sobre las ruinas de un error antiguo, ¿qué deberá añadir?

¿Podrá negársele á Don Pedro Antonio de Alarcón su condición de patriota? No ya en estos anales guerreros, escritos con la intensidad de un ¡viva España!, sino en toda su obra intelectual, casticísima, chorrea, se desborda su alma ibera, su alma neta y cimarrona, su alma rebeldemente nacional. Por españolismo fué literato; por españolismo se alistó en los regimientos que venían á luchar contra el moro; por españolismo escribió después, frente á su alma, á la sombra de su conciencia, héroe de la sinceridad, como antes lo fuera con las armas belicosas, esas palabras serenas, augustas, admirables, que parecen escritas hoy, cuando el problema se nos vuelve á ofrecer en parecido aspecto.

—Don Pedro Antonio, acaso lo más grande, lo más intenso, lo más hermoso de cuanto esculpió tu pluma inmortal, fueron esos párrafos magníficos y providenciales, que descubren para la raza de tu amor un abismo trágico.

Comentario.

Lo que dijo Alarcón el año 60, año de lirismo, año de ilusiones, que no previó siquiera catástrofes sucesivas y que pudo ser más aventurero, es necesario repetirlo ahora.

Había de no habernos ocurrido ninguna desventura nacional; había de sonreirnos el pasado y estar la leyenda intacta; habían de sentir las mu-

chedumbres una guerra en Marruecos no sentida hoy, y Alarcón repetiría sus conceptos. La lucha por las armas es un absurdo, es una noble y bella locura, en la que nuestro Ejército, si no es el más fuerte del mnndo, uno de los más eficaces, de los más disciplinados y sujetos al honor, de los más impetuosos, conscientes, modernos y aguerridos, se desangraría inútilmente, y en el que un país no curado aún, gastaría su oro con prodigalidad tan magnífica como estéril.

Yo he recibido una generosa condecoración militar. No he querido mentarla porque soy humilde y porque fué tanta la alegría, el orgullo producidos en mí por tan noble concesión, que me pareció prodigalidad repartir el orgullo y la alegría con nadie.

Mis compañeros han sido bondadosos y han hecho pública esa inmensa, enorme, indefinible satisfacción mía. Hoy ya fuera mezquino callar el entusiasmo y no desbordar en gratitud.

¡En gratitud! Por eso, por gratitud, para hacerme acreedor, un poco acreedor, á la excesiva, abrumadora largueza que se tuvo con quien no es más que un soldado del deber y un guerrillero de la patria, tengo que decir estas cosas.

Ejército mío, Ejército de hombres abnegados y heroicos, ya sonará tu hora. Cuanto hiciste fué bello, y en la historia patria quedará señalado por los cronistas de la gloria militar. ¡Detente aun así! Serías como fuiste, como lo estás siendo, heroico,

admirable... Avanzarías... Llegarías hasta donde quisieras... Tus tropas, estos hombres nacionales, con los que se debe y puede hacer una guerra, y no con Guardia Civil, que tiene su objeto señalado, noble también, aunque distinto, irías al éxito de ímpetu y de bravura. Pero, triunfador, estarías en pleno fracaso. No es vencer á un Estado, á un Ejército, á una bandera. Es ir matando uno á uno á varios millones de asesinos. Y eso no es para ti. Para ti, que venciste al orbe, no se ha escrito aún la última página del éxito.

Con todo tu heroísmo, con toda tu abnegación, y no sólo tú, sino el Ejército francés, el inglés, el alemán, juntos en una obra titánica, se cubrirían de gloria, pero no habrían hecho más que aniquilarse. Cada chilaba gris, cada chumbera, cada pita, cada risco, cada espina del camino abrupto, hasta el sol, el polvo, la lluvia, son baluartes que es forzoso tomar con la bayoneta calada y el noble pecho descubierto. No, Ejército mío, Patria mía, tú debes realizar otras misiones. ¿Para qué ir limpiando de tigres el bosque si hay vegas llanas donde florece todo y en las que nos sonríe el porvenir?

Lo que hay tomado.

Yo vivo pendiente del problema. Jamás he sentido con tanta intensidad una cuestión. Ni la solución de mi vida individual, ni el pan de mi hogar,

me absorbió nunca tanto. He puesto en este asunto mi alma entera, mi pobre alma, insuficiente, pero bien intencionada y, en esta ocasión, febril.

Hablo, consulto, veo, me asomo á los mapas, á los croquis, y después me pregunto:

¿Qué hay tomado? ¿Qué nos resta por tomar?

—¿Veis? Se ha tomado un pellizco, una muy escasa zona de nuestra propiedad en Marruecos. Y lo que se ha tomado, ¡cuánto sacrificio costó! Volved atrás la vista, y sin lágrimas juveniles ni desmayos necios, serenamente, observad... Y luego, decid, ¡cuánto nos costaría llegar hasta el límite!

Un pedazo de Melilla, otro de Larache; aquí, la carretera de Tetuán y el valle hasta Laucien. No os consterna mirar esas barrancadas, esos laberintos, en los que se agazapan hombres que no son más valientes que los nuestros, que huyen frecuentemente, que nos son inferiores, que perecerían, que se agotarían, pero que se defienden palmo á palmo, que nos oponen el fusil, la chumbera, el aduar, las grietas de sus picachos, la cazurrería de sus almas pobres, el barro de sus caminos, el polvo cegador de sus llanadas, la traición, el crimen...

No. Preciso es decirlo á tiempo. Preciso es no engañarnos. España no tiene potencialidad económica para enseñorearse por las armas y de una manera definitiva, impetuosa, de la zona que nos ha correspondido. Pensar lo contrario es soñar.



Haciendo fuego en las avanzadas.

Decir lo contrario es mentir. Y los que sueñan y los que mienten no son los vencedores. Yo, con mi placa militar, tan pobremente ganada como firme y agradecidamente sentida, lo repito. Quedémonos con la propiedad. No vayamos á la posesión.

¿Rectificaciones?

Nunca. Hemos venido á Marruecos porque debíamos venir. No disponíamos de la voluntad europea. Mejor hubiera sido retardar los sucesos. Se hizo un reparto. Nos hacía falta una costa, una frontera. Se nos dió. La tenemos. Cumplimos como seres conscientes y eficaces, y no como una pobre horda sin ideal ni sentimientos colectivos.

¿Incurriré yo en el absurdo inconcebible de pedir una mezquina retirada? ¿Os hablaré yo ahora de que se hizo mal en venir? Renunciar hubiera sido lo peor. Fuera más sencillo perecer en seguida. Antes que la vergüenza, antes que la sentencia de muerte, cediendo fronteras vitales y derechos de medula, de corazón, sería preferible todo. Hicimos bien en venir. Ahora, lo que habría de conducirnos al fracaso sería intentar una invasión, en la que volcaríamos á España inútilmente.

Quedémonos donde estamos. Tenemos Melilla y una región ya pacificada; tenemos Ceuta y Tetuán, la capital de nuestro protectorado, con su jalifa, con Mahazen; tenemos Arcila, Alcázar y La-

rache; tenemos ya tierras fecundas. Hicimos un noble esfuerzo que nos acreditaría como guerreros si fuera menester demostrarlo una vez más, y que ha cubierto de gloria nuestras armas. Nos basta con esto para el afincamiento de nuestra posesión y para nuestra expansión comercial. Quedémonos aquí. La opinión popular, que suele tener el instinto de las grandes cosas, no ve con simpatía los avances. Traedla, en cambio, á la pelea económica, y vosotros, los que afirmáis que España no sabe colonizar—¡España, que ha colonizado á un mundo!—, veréis cómo trabaja y cómo lucha y vence.

¿Nos obligará Europa?

Ahora bien, responderán algunos. Es muy fácil, y hasta muy conveniente, permanecer en el *statu quo*, encomendando al tiempo la obra de una sumisión apacible... Pero, ¿y Europa?, ¿y Francia?

Europa no puede tener en Marruecos otros intereses que los intereses costeños, los del tráfico marítimo. Y eso está seguro. ¿A quién se le ocurrirá la peregrina idea de poner un bazar para mendigos en las estribaciones de una montaña inaccesible?

¿Francia? Francia no puede tener la crueldad de empujarnos á una lucha suicida. Francia se haría acreedora á nuestra enemistad si nos obligase á una lucha imposible. Sería la perfidia mayor y

la celada más traidora que podría tener para nosotros un pueblo hermano.

Y luego, ¿imagináis que Francia se halla en su zona cómodamente? ¿Suponéis que no le alcanza este mismo problema que á nosotros prodúcenos vacilaciones?

Francia es más rica, más poblada, y tiene la costumbre de colonizar moros; pero su Ejército carece de una disciplina tan férrea y tan magnífica como el nuestro, y su zona es mayor.

A Francia también le ocurren horrores, y esto no significa que Francia sea débil, sino que el problema es arduo.

A Francia, por obligar á sus regulares á llevar mochila, á comer cierto rancho que no les agradaba y por haber realizado un fusilamiento, se le sublevaron los moros á su lado combatientes y degollaron á la oficialidad. En Fez, más de sesenta franceses pagaron con su vida el hecho de habitar la capital marroquí. En Hargaina, á seis kilómetros de esta capital, les arrasaron la telegrafía sin hilos, apoderándose los rebeldes de ópimo botín. Todos recordaréis los estragos del 17 de Abril de 1912, y el sitio de Fez, y cómo se metieron los cabileños en la ciudad forzando las puertas de Sidi Buxida, El Guisa y Merohoc, llegando á la mezquita de Muley Dris y llevándose sagrados trofeos. La noche del 25 al 26 de Mayo tardarán mucho en olvidarla los franceses. La expedición á Tazza ya véis cómo se viene aplazando, y cómo

el retorno á Uxda lo han hecho inevitable cabileños hirsutos. Los franceses no están más que en el llano. Actualmente, el «paco» (aquí le llamaremos «François») tiene sobresaltados á los habitantes de Fez, quienes no pueden salir llanamente sino por la puerta de Tánger. Cuanto sufrimos, sufren. Es el mismo problema, resuelto con más oro, pero el mismo.

Además, ¿suponéis que los franceses han realizado muchas mejoras de civilización en su territorio mogrebino? No les ha dejado la barbarie. Y cuenta, lector, que no es censura para la nación hermana. Es, al contrario, lazo de unión ante idénticos problemas.

De Casablanca á Rabat, aún no hay una carretera que se pueda calificar de mediana. Sólo hay un decovil, por el que Muley Hafid fué llevado, que volcó dos veces durante el trayecto, y que le hizo exclamar al monarca socarrón:

—Si llevando á una persona de tanta calidad como yo, descarrila dos veces, ¿qué será cuando lleva á otros hombres de condición ínfima?

Las quejas contra las oficinas galas del campo, son constantes. En Beni Hazen, el descontento es absoluto. Pasan de miles los moros que, habitando en la zona francesa, piden nacionalizarse españoles. Y ahora, oid esto.

En una de las entrevistas celebradas entre Muley Hafid y Liautey, díjole aquél al ilustre general «que estaba muy poco satisfecho de su viaje

á Casablanca, por ver que, á pesar de llevar allí los franceses bastante tiempo, no habían hecho un camino ni un ferrocarril, que el de Busnika era tan malo que no podía contarse con él». Y dijo también «que, además, veía con pena cómo no se cumplía lo tratado, ya que no se mandaban las fuerzas necesarias para pacificar el Imperio. Imperio que, desde la firma del protectorado, andaba más revuelto cada vez».

¿Podrá Francia precipitarnos á una obra para ella, más poderosa, tan difícil?

No. Si hubiera incitaciones, insinuaciones, nuestros diplomáticos deben apurar su argumentación para disuadir al país hermano. Les bastará con enseñar el espejo. No me parece obra de taumaturgos, sino labor sencilla y hasta fácil.

Se habla de operaciones.

Y, sin embargo, háblase de operaciones militares para una fecha inmediata.

Yo tengo delante un gráfico de la zona, y voy escudriñando el porvenir. Claro que yo no puedo atreverme sino á la conjetura. Claro que á mí no me han dicho nada. Claro que yo, aunque se me hubiese revelado la verdad, no cometería el error de avisar á los moros.

Estamos en Laucien. Se habla de darnos la mano con Silvestre. Silvestre hállase en Cuesta Colorada. Hasta Zinat le quedan quince kilóme-

tros. Desde allí tiene dos caminos: el Jemis ó el Fondak. Hasta el Jemis, veinte kilómetros; hasta el Fondak, doce. Nosotros tenemos de Laucien al Jemis otros doce, y de Laucien al Fondak, nueve ó diez.

Como véis, la tarea es difícil. De Cuesta Colorada á Zinat, el llano; de Zinat al Jemis, una enorme montaña que parte el camino; del Jemis á Laucien, otra vez la senda llana y segura. Esta es la ruta de Silvestre y de Marina por el Jemis, la que seguirían para darse la mano.

La otra ruta, la del Fondak, es ardua también. Silvestre llegaría con facilidad, pues su recorrido es suave. En cambio, desde Laucien nos encontramos con el famoso desfiladero, nido agreste de facinerosos. Cabría una solución. Ir hasta el Jemis, y de allí al Fondak, por otra senda más cómoda.

En fin, lo único cierto, lo único indiscutible, es que, de cualquier manera, la operación tiene mal itinerario.

¿Iremos? ¿No iremos? Yo nada puedo aventurar. Fuera ridículo que yo, modesto ciudadano, quisiera opinar en estrategia. De todos modos —esto os lo fío—, seguro estoy de que la operación que se intente será fácil.

Tengo esperanza en el caudillo.

Por dos causas pueden moverse los hombres hacia el error. Por insuficiencia ó por ambición personal.

¿Se puede tachar de insuficiente al general

Marina? Ahí está su obra en la zona melillense, una obra profunda y compleja, obra de perseverancia y de talento enorme, cuyo resultado feliz estamos viendo con emoción agradecida. El general conoce á los moros, ha luchado y parlamentado con ellos. El general es un gran patriota y un gran soldado. El general sabe dónde tiene que ir.

¿Se le puede tachar de ambicioso? ¿Qué podría lograr Don José Marina con unas andanzas militares, por muy dichosas que fueran? Es teniente general. Tiene, por derecho propio, el tercer entorchado. Nada necesita para merecer el homenaje de una raza. Ni haciendas, ni títulos han llamado jamás su hidalga atención. Personalmente, ha obtenido ahora un éxito grande. Restableció el tráfico entre Ceuta y Tetuán y aseguró los caminos del Martín y Laucien. Tetuán parece una ciudad dormida, en la que nunca hubiese rezongado la guerra. Pacificado esto, el general podría descansar orgulloso de su gestión, y sus soldados podrían aclamarlo de nuevo.

Así, ¿por qué se habla de operaciones?

Serán de una necesidad imperiosa, y, sobre todo, serán casi incruentas. Se habla de sumisiones, de apoyos; de que los moros vecinos, lejos de hostilizarnos, nos ayudarán; de que, sea cua fuere el objetivo, iremos sin violencia, apenas sin disparar un tiro. Se habla de que la diplomacia, el tacto del caudillo, ha preparado victorias mora-

les, que aseguraron los escarmientos de ayer y las amables promesas de hoy.

Yo tengo confianza, más que confianza, seguridad plena en el caudillo. Yo sé de qué manera tan acabada conoce el asunto. A mí no me ofrece duda su idoneidad y su desinterés.

Iremos bien mandados, sin fragor. Luego, Marina decretará la paz. Muy pronto el territorio quedará tranquilo. Y entonces, sin avanzar un pie, como no sea pisando flores; sin disparar un tiro, como no sea para castigar al agresor; sin gastar una peseta, como no sea para una obra edificadora y reproductiva, España podrá, libre de la pesadilla marroquí, continuar la obra de su renacimiento interior, la obra ya comenzada, la obra gigante, la obra suprema en la que todos colaboraremos, seguros del mañana, llenos de ilusión, hijos de una madre inmortal.





RAZA, SI; POLITICA, NO

Hagamos un alto.

He ido narrando mis impresiones como han venido á los ojos y acudido á la pluma. Os he dicho la verdad. Ahora es preciso que meditemos un poco.

Vivimos... Hicimos bien en vivir... ¿Dónde vamos? Vamos, dirigidos por Marina, hacia el bien, es decir, hacia la paz traída con la fuerza, hacia el amor tras el escarmiento. Pero, ¿con qué gente marchamos?

Conocido el moro—y creo haberos dado una modesta sensación de su idiosincrasia—, menester será conocer al cristiano. Que no es sólo cuestión de vencidos, sino de vencedores.

La oficialidad.

Ya la conocéis. Ya la vísteis en el Mogote. Ya sabéis sus hechos. Ellos hablan mejor que mi pluma. Desde Marina hasta el teniente más juvenil,

pasando por Aguilera, por Primo de Rivera, por Aguado, por Berenguer, una oficialidad estupenda, que sorprende con su bravura y con su entendimiento. Y no es patriotería ni son ganas de ver las cosas alegres. La realidad, con toda su magnificencia, se nos está ofreciendo á cada instante, llenándonos el corazón de optimismo.

Es brava, serena, culta, ejemplar, de una disciplina firme y de un espíritu noble. Cualquiera de estos muchachos que por aquí andan, modestos y conscientes, encierra profundas virtudes. La cicatriz junto al libro. Y después de la cicatriz y del libro, el renunciamiento, la abnegación, el afán de perderlo todo, no ya la vida, sino hasta la gloria, por el bien patrio.

Podemos sentirnos orgullosos de nuestra oficialidad. Os lo dice, sin estruendo, sin alarde, como se afirma una verdad inconcusa, quien se halla dispuesto á sentar sus argumentaciones sobre firmes bases, y no sobre la irrealidad ni la quimera.

El soldado.

Si yo hubiera visto correr á los soldados españoles, si yo tuviera noticia de que son unos cobardes, exaltaría su denuedo, haría un canto á su viril apostura, y aquí terminarían mis palabras. Porque, aun así, no creería extinta á la nación. Los ambientes pasan, las propagandas finan; nada es perdurable; mucho menos el mal...

Yo he visto, lector, que nuestros soldados no desmienten su leyenda. Los he visto en el fortín, los he visto ir al combate, los he visto junto al cadáver de su capitán, los he visto de centinela en noches fatídicas, sobrios y sumisos, alegres y disciplinados. Y al pensar que son una eficacia en el mundo, he pensado en que son, dadas las circunstancias, héroes.

Por de pronto, el soldado europeo no es un militar. No está hecho al combate. Los códigos, los tribunales, la fuerza pública, claro que, afortunadamente, han desarmado al súbdito. ¿Quién de vosotros ha matado al prójimo, ni sale provisto de un pistolón, ni anda en cosas de guerra todos los días? Al ciudadano se le enseña á obedecer. En otros países, acaso se les enseña educación, consciencia, dignidad, patriotismo. Nosotros, aunque los «exploradores», y sobre todo una corriente de lógica y de sentido nacional, acusan ya vagidos, atisbos y vislumbres, que serán realidades magníficas, hemos desarmado al hombre, sin darle á cambio un alma. ¡Culpa de las revoluciones y de los desatinos románticos, por no citar las iniquidades en que vivió nuestro país durante un siglo torpe!

El mozo que se alista en el Ejército, excepto raros iniciados en la pelea, son hombres sin educación militar, sin educación patriótica. El Estado lo persigue, lo encarcela hasta por dar un puñetazo y alzar una silla con gesto iracundo. El periódico,

el orador, el propagandista, le dicen, negativos, ineducados también, también sin alma ni virtualidad, que no existe la Patria, que mueran los ricos, que Marruecos sólo son unas minas para seis tragones.

Nadie, además, ó muy pocos, se curan de afirmarles lo contrario: que la Patria existe, y que hasta porque la siente el francés, el inglés, el alemán, tiene la necesidad absoluta de sentirla, para no perecer, para no trocarse en judío, en esclavo, el español; que mueren también los ricos, y, en proporción, muchos más que los pobres, y que Marruecos no son unas minas, sino el futuro de la raza y algo en que todos, desde Alfonso de Borbón hasta el labriego más humilde, tendrán su estímulo moral y su beneficio práctico.

¿Quién ha dicho estas cosas? ¿El Gobierno liberal? ¡Si es el primero que, por no merecer su rango, ni tener la confianza colectiva, ni saber adónde vamos, ni qué somos, procura sumir al combatiente en la irresolución!

Pues bien; estos hombres que no tienen hábitos guerreros, que no tienen escuelas de patriotismo; que sólo han escuchado al grajo y al cuervo; que vienen sin preparación, á deshora, entre sombras nocturnas; que no sienten la causa, porque nadie formó para el heroísmo sus espíritus vírgenes; que no sienten el orgullo de ser bien gobernados; cuando llegan aquí, al poco tiempo, en ocho días, en cuanto se recobran, con la sola lec-

ción de un combate, soportan el viento, la lluvia, el polvo, el hambre y el cansancio de una manera estoica; no retroceden nunca; marchan con juvenil apostura, y se hacen querer, amar de sus jefes. ¡Soldaditos de la raza, cuando alguien os diga que habéis vuelto las espaldas, escupidle al rostro!

¿Queréis pruebas? ¿Exigís pruebas, señores pesimistas, hombres alfeñicados é incrédulos?

Ahí van de toda índole.

Cuando se tomó Laucien, los soldados recorrieron ocho kilómetros luchando palmo á palmo, ganando risco á risco. Al llegar, unos siguieron combatiendo, mientras los otros trabajaban en hacer parapetos y defensas. No se descansó desde que alboreó hasta que fué anochecido. Apenas si hubo vituallas. Por la noche, los mismos héroes de la diurna jornada resistían los asaltos de la morisma. Hubo quien, rendido, se durmió en la trinchera, entre los estampidos y el vaho de la muerte. A la mañana siguiente, cuando el gallardo Primo de Rivera llegó á caballo, solo, burlando las balas, vió que aquella gente no era un despojo, sino un airoso jirón flotante.

Cierto cabo de Infantería, que había visto en el blocao titubear á su escuadra, dejó las municiones, y con sólo el fusil, calado el cuchillo, se adelantó cuarenta metros, y se pasó la noche esperando á los moros.

El día 22 de Junio, un sargento de Arapiles, que había recibido una tremenda herida en el mus-

lo derecho, subía á pie hasta el hospitalillo improvisado, apoyándose en el fusil:

—¿Por qué viene usted así?—le preguntó el capitán de Estado Mayor señor Torres Marvá—. ¿Por qué no coge usted una camilla?

Y entonces el sargento hubo de replicar:

—Se la cedí á otro más grave. Yo puedo andar aún.

El día 15 de Junio, entre la epopeya del combate, vióse correr en la retirada á un soldado que llevaba dos fusiles, y el cuerpo difunto de un compañero:

—¡Con éste no os quedáis, recontra!—iba diciendo el barbián, sin oir cómo silbaban los balines.

Lector, como yo he sentido estas cosas, como veo palpitar á la raza, como observo su brío y tengo esperanza en su renacimiento, no canto endechas ni me deshago en romances. Digo que hay tropa, y digo que no se la merece una dirección nacional incapaz de haberla preparado ni disponerle cauce.

La gente civil.

Aquí se trabaja con entusiasmo y con éxito. No hay sólo tropas. Los médicos militares, dirigidos por el señor Masferré, á quienes, por su alta misión pacífica no incluyo entre los combatientes, sin elementos (ahora van mejorando sus hospita-

les), han hecho curas preciosas. Nadie se les ha muerto si llegaba con una esperanza de vitalidad á sus manos peritas. Luchan con avidez, venciendo á la muerte, con la misma intensidad y sin desmayos, ante cualquier almohada. El cónsul, Don Luis Rodríguez de Viguri, es un gran patriota, que ha tenido éxitos preciosos, y que actuando como autoridad judicial es un modelo. Ha evitado que el periodismo local cayera en manos torpes, y ha limpiado Tetuán de gente maleante. Al través de sus gafas amarillas, inteligente y luchador, trabaja horas y horas. Los diplomáticos, este fino intelectual que se llama Don Manuel Aguirre de Carcer, y este muchacho tan culto y tan refinado que se llama Don Francisco Agramonte, están en su oficina, sumidos en tareas extremadas, mañana, tarde y noche. El delegado de Fomento, el de Hacienda, el administrador de Correos, señor Jiménez, el de Telégrafos, señor Monserrat; los empleados á sus órdenes, que han realizado la obra de un doble ó un triple de personal; los intérpretes, el señor Alvarez Tubau, el señor Ortega, el señor Cerdeira; el ilustre comandante Cogolludo, jefe del tabor, y á quien cito entre la gente civil por el carácter excepcional de su mando; y no hablemos del inspector general de asuntos indígenas, señor Zugasti, ni del secretario general, señor Saavedra, y menos del prodigioso, admirable y excepcional doctor Belenguer; todos ellos, imbuídos en una obra que consideran decisiva, en-

fiebrecidos en una labor que estiman transcendental, llenos de un espíritu noble, gozosos de colaborar en algo muy grande, hacen llana y confortadora la tarea de Marina.

¡Yo he visto aquí á estos hombres, y me han parecido inconcebibles! ¡Son españoles y trabajan con generoso entusiasmo! ¡Son españoles! Lo que ocurre es que, por vivir lejos del centro gangrenado, recobrado su antiguo espíritu nacional, vueltos á su estirpe, sin mal ejemplo, en un ambiente de sacrificio y de nobleza, luchan desde sus puestos, firmes y rectos, por España!

Y sin embargo...

Y, sin embargo, con buenas tropas, con buena oficialidad, con buena ciudadanía, con buena raza, en suma, ¿por qué se han perpetrado tantos yerros?

Hay un dilema del que no se puede escapar el conde de Romanones, ese excelente amigo personal, ese funesto político execrable, del que nuestro país guardará bien triste memoria.

El dilema es muy sencillo. Una de dos. ¿Romanones quería el *statu quo* en Marruecos, la paz, la diplomacia, la obra lenta, la obra suave y á la larga eficaz? ¿Romanones quería el avance, la guerra, la ocupación, la toma bélica de posiciones que supuso necesarias?

Si quiso la paz, ¿á qué vino el avance im-



Destruyendo al enemigo.

petuoso hacia Tetuán, y luego hacia Laucien, y, si no se despabilaba á tiempo, hacia la indómita Alhucemas, donde chocarían nuestros bravos con una gente feroz y cruel, la más valerosa del Rif? ¿Por qué no se nombró un residente civil que no fuese, como es natural, un hijo del Sr. Arias de Miranda, ó del Sr. Gasset, ó del Sr. Montero Ríos, para que llevara el asunto de una manera escuetamente diplomática, poniéndole al lado un militar para que resolviera con las armas el episodio de una casi imposible y siempre efímera revolución?

Si pretendió la guerra... ¡Oh, si pretendió la guerra, esto es horrible, abominable! Si pretendió la guerra por avances impetuosos, incurriendo en un error inconcebible, siquiera pudo hacerse con una regular medida; y no se mandan á pelear soldados bisoños que apenas conocen el chasquido peculiar de los fusiles; y se dotan mejor los hospitales, para evitar que se hagan operaciones difíciles en salas que tienen pavimentos de tierra y con ventanas que introducen el polvo en las heridas; y no se sacan los regimientos de noche, solapadamente, como si vinieran á cometer un crimen, sino que se los saca frente al pueblo, ya que acuden á defender una causa justa; y no se manda tomar Laucien para llegar al Jemis, y luego, cuando ya es inútil, sucédense arrepentimientos tardíos; y no se vacila: y no se vive al azar, jugando cosas tan sagradas y tan enormes al día, según aprieta un periódico, según refunfuña un diputado; y no

se derrama, en suma, sangre estéril, sino que se avanza con resolución de una manera digna, y teniendo á estos mártires de aquí siquiera pertrechados de ácido fénico, para que no se pudran las carnes; y no se sacrifica después al pobre señor Alfau cuando ya se solivianta la opinión, haciendo caer sobre su cabeza responsabilidades que acaso no le conciernen; y no se trae al general Marina para que tenga que arreglarlo todo, y para que el pais, fascinado por su autoridad, no vea lo que antes ocurrió.

Es un dilema terrible del que no puede zafarse quien desea gobernar ¡para esto...! Es un dilema terrible que le planteará España, á quien ó es inepto, ó es falaz.

—Si quisiste no remover el avispero, ¿á qué esos avances? Si quisiste avanzar, ¿á qué esas timideces suicidas y esa estupenda falta de preparación?

No. Es imposible callarse. Si yo viera que estábamos agotados, si viera que no tenemos oficiales, ni tropas, ni cónsules, ni diplomáticos, ni funcionarios públicos, ni trabajo, ni auras nuevas de progreso y de vida; si en este lugar donde se palpan como en ningún otro las fibras interiores, ingenuas, del alma nacional, hubiese visto yo palidecer al soldado, y traficar, prevericador, al juez, yo, irreductible, me habría envuelto en mi túnica de poeta y habría escrito unas estrofas como epitafio de la raza. Serían unas estrofas en las que,

cegando el sueño á la realidad, cubriría de flores trágicas el espanto. Pero, no, no, no... Yo los he visto á todos en su puesto, desde Marina al más humilde funcionario; todos anhelantes de acertar, sin que nadie haya regateado el sacrificio. Yo los he visto á todos, me he estremecido varias veces contemplando cómo luchan. Yo les he visto, y como sé que la nación quiere allí y aquí renacer, como veo con Marina un desquite grato de aciertos, no puedo, no debo ser cómplice de un silencio estúpido.

Señores de la política liberal, estamos hartos de que nos llevéis á la hecatombe. No queremos más Cubas ni más Filipinas. Queremos trabajar, dignificarnos. Queremos venir á Marruecos para cumplir un deseo inevitable, pero sin prodigalidad, sin desbarajustes, sin locuras, sin horrores, sin amargas tristezas.

Esto escrito, me acuesto feliz. Y—os lo fío—para dormir con la conciencia tranquila y esa especie de gozo inefable y de sutil bienestar que nos derrama el deber sobre el espíritu cuando hemos cumplido su mandato.





ALARMISMO NACIONAL

¡Una cosa horrible!

Anoche, cuando reposaba yo en mi torrecita de marfil, se me acercaron unos amigos, gente ciudadana y sin destino burocrático, para decirme con despavorida entonación:

—¿Se ha enterado usted? ¡Una cosa horrible! ¡Los moros!

—¿Qué ha ocurrido?

—Que hoy los rebeldes atacaron un blocao, cerca del Rincón, y que hubo muchas bajas.

Y lo decían con tristeza, pero sin angustia, con ese aire de acusación al vacío que han adoptado los pesimistas españoles.

Yo hice mi composición de lugar, y me quedé aterrado. Una nueva agresión de los moros; muchas bajas; otra vez interrumpido el tráfico; de nuevo rotas las comunicaciones entre Ceuta y Tetuán...; y esto cuando Marina y Silvestre hablan en Larache para disponer, sin duda, el comienzo de operaciones decisivas, y cuando vemos llegar

todas las tardes batallones ruidosos y simpáticos, llenos de afirmación y espíritu fuerte.

¿Qué pesimismo tan desalentador ha invadido á España? ¿Qué especie de goce maléfico experimentamos viendo sombras por todas partes, exagerando las noticias adversas y llenando nuestro corazón de amarguras?

En Madrid, la referencia oficial de cada combate inspira el mismo comentario. «Sí, sí. Cuando se confiesan diez bajas, habrán sido veinte ó treinta por lo menos.» Aquí mismo, entre los burgueses no inflamados en energía dentro de militares uniformes, la noticia de un choque insignificante produce lastimeras glosas é hipérboles absurdas.

Yo, claro está, no veo en esto un síntoma de atrofia, sino un síntoma de renacimiento. Hemos vivido muchos años en la quimera, y ha sido tremendo el despertar. Nuestras ansias, nuestros esfuerzos, nuestras ilusiones, han derivado hacia otros cauces. Y hoy, peregrinos del trabajo, ponemos un gesto gazmoño para cada empresa un tanto belicosa. No creo cansancio la apatía. La creo exageración de otra senda, reacción demasiado impetuosa, cambio demasiado repentino, avideces y fuerzas creadoras no maduradas todavía por un éxito absoluto. Aun así, convendríanos un poco de sentido ecuánime, ese juicio prudente que nos hace pensar con alegría en la victoria de las armas, cuando la impuso el deber y la consiguió el heroísmo de una tropa.

¿Qué fué?

He procurado enterarme. Por fortuna, las bajas han sido mucho menores de las que había propalado el rumor, y, por fortuna también, los términos del problema eran muy distintos.

En primer término, la agresión no había partido de los moros. Estos, á la expectativa, intimidados, no se atreven á disparar el primer tiro. En segundo término, no había ocurrido la escaramuza en la carretera, ni aun en el blocao, sino mucho más adentro, á bastantes kilómetros, en las estribaciones del Haus, allí donde es natural y lógico el combate, allí donde no representa envalentonamientos de la harca, y mucho menos interrupciones en una carretera perfectamente segura.

Fué necesario un reconocimiento hacia sitios de valor estratégico grande, hacia la confluencia de unos caminos aprovechados por los rebeldes. Hubo alguna, muy poca, resistencia. Y hubo, como es natural, bajas, pero bajas, aunque muy sensibles, inevitables y pocas. Se habla de un soldado muerto y de dos oficiales heridos. Tengamos para ellos nuestra admiración y nuestra gratitud patriótica. Mas, decid: ¿Se puede guerrear, y guerrear lo indispensable, con sacrificio menor?

Preciso es que sacudamos la tristeza nacional para estas cosas, y que pensemos un tanto en el heroísmo que representa, y en que, al fin y á la postre, la nación entera podrá sentirse orgullosa

de una obra que va siendo admirable. Preciso es que, sin olvidar nuestra reacción, sana y hermosa reacción hacia la vida productora, hacia los ideales pacifistas, hacia la invasión comercial, hacia el trabajo, en suma, no creamos que se puede vivir sin soldados cuando Europa se pertrecha con locura; que se puede vivir sin bayonetas y, por ende, sin bajas.

Las de aquí, nadie pretende hacer con ellas escamoteo. Y las de aquí, tristes y desgarradoras, pero en esta ocasión inevitables, no representan nada, nada, si nos acordamos que cuánto sacrificio le costó á Alemania tener la Alsacia y la Lorena, á Inglaterra vencer á sus boers, al Japón adueñarse de una península asiática, á Italia dominar Trípoli, y á las juveniles naciones balkánicas rescatar pueblos y ciudades que vivían bajo el despotismo turco.

También yo pesimista.

Ahora sí, os lo confieso... Ante otro rumor que llegó á mis oídos, y por vehículos más autorizados; un rumor épico, de bastante más consideración que las nobles bajas de un choque belicoso, he sentido amargura verdadera.

¿Queréis oir el rumor? Ahí va, sin atenuantes. Que vamos á la alianza franco-española, y que —escuchad esto—uno de los actos en que se hará plástica, definitiva y real esta alianza, será la ayuda que le prestemos nosotros á la nación francesa

para hacer sus operaciones militares en la zona marroquí. ¿Queréis algo más explícito? Que la ocupación de Tazza, escollo tremendo, que tiene á los franceses vacilantes, se hará con ayuda nuestra. El ejército español atravesará el Kert para ofender y distraer al enemigo en la zona ibera. Separados así los combatientes rifeños, divididos, entre dos fuegos combinados, perderán eficacia y energía y llegarán los franceses á Tazza sin grandes quebrantos...

Eso es todo. ¿Se os antoja un absurdo?...

A mí no me asombraría que hubiera pensado Francia en algo semejante. Que Francia busca nuestra amistad, es indiscutible. Aparte las ridiculeces de algún periodista, los políticos galos, los intelectuales sometidos al Gobierno ó arrastrados por el espíritu central, se vuelven hacia nosotros con un gesto de amor. ¡Bendiga Dios estas maniobras si han de llevarnos á un beneficio, por lo menos á ninguna desgracia! ¡Ojalá sea cierto el noble tópico de la hermandad, y de que somos latinos, y de que tenemos idiomas semejantes, literaturas afines y parecidos intereses! ¡Tristes maniobras si de lo que se trata es de atraernos con miras singulares para aprovecharnos sin compensación! ¡Tristes, si validos en nuestra debilidad—que puede ser fuerza, y fuerza enorme, bien administrada—, se ha pensado, dándole jarilla al romanticismo hueco de nuestros políticos liberales, tenernos como á mal pagado servidor!

A B C no ha sido antifrancés nunca. El señor Luca de Tena definió de un modo conciso nuestra personalidad. Somos españoles. Y así, yo, no como antifrancés, que admiro lo bueno de Francia y me huelgo de que se nos acerque y de que su venerable Poincaré nos visite, sino como español, escuetamente como español, tengo el deber sagrado de acoger este rumor y de esparcirlo, por ver si alarma y ver si puede rectificarse á tiempo.

Yo no encuentro un absurdo esa especie. A Francia le interesa nuestra colaboración. ¿En qué? ¿Será para otorgarnos generosamente una ayuda fraterna?

¿En qué? Por ahora é inmediatamente en Marruecos. ¿Para qué? Para valerse de nosotros, para aprovecharnos. Y así, deducid con lógica, sin apasionamientos, y pensad... ¿Es una hipérbole, una necedad, un absurdo, que haya tanteado el terreno para que le guardemos un flanco en su difícil, ardua, casi imposible operación de Tazza?

Y, no, no; no valen señuelos. En esa lid nada iríamos ganando. Ellos, sí, tomarían una suprema posición, que vienen deseando inútilmente durante mucho tiempo; obtendrían una victoria estupenda; realizarían un objetivo admirable. ¿Nosotros? Meternos en la cábila más feroz y aguerrida del Rif; pasar el Kert una vez más, y pasarlo sin retroceso posible, mirados por otro ejército, siendo preciso demostrar gallardía, y, por tanto, siendo menos sensibles las bajas que el honor de la empresa; y

luego, quedarnos con unos territorios inútiles, de escaso valor estratégico y de nulo valor mercantil. Otra vez Don Quijote por los caminos de la fascinación, enderezando entuertos, dando en el suelo con su pobre osamenta romántica.

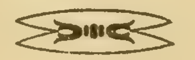
Ignoro si en ese convenio franco-español ó hispano-francés (que también hay derecho á ir delante alguna vez que otra), que se anuncia, entrará esa cláusula. Yo me figuro que no la apetecerán los políticos españoles. Pero como estos políticos españoles no pueden ofrecernos firmes garantías de preparación diplomática; como son, por lo menos, ilusos; como son fáciles al halago y creen todavía en la fraternidad, será bueno decirles:

—Oid... Cada baja que nos cueste pasar ese Kert abominable para ir en ayuda de quien es más fuerte que nosotros, será un crimen; un crimen de ineptitud, que no lograréis borrar con todas las expiaciones.

Dicho lo cual, español ante todo, pero francés en mis simpatías, ¿por qué no?, me asocio á vuestro júbilo, comparto vuestra satisfacción, oigo con gusto el estrépito de las músicas y de las aclamaciones y, sin rencor, sin egoísmo, sin criterio cerrado, exclamo, grito:

—¡Viva Francia!

—¡Viva Poincaré!





ANTE LAS OPERACIONES

¿Son necesarias?

Yo, personalmente, lo ignoro. La inclinación de mi insignificante voluntad, la sensación, tal vez equivocada, de mi espíritu, lleváranme á emprender furibunda campaña en pro del quietismo absoluto, si no creyera falibles mis pobres opiniones, y, sobre todo, si no tuviera fe, una fe grande, compleja, racional, en Don José Marina.

Ya os he dado la impresión de confianza que á todos inspira el caudillo, y cómo su pensamiento nos convence. Las operaciones que deben comenzar en seguida, y que ignoramos si se reducirán á la ocupación del Jemis, para castigar y reducir á los anyerinos, ó tendrán, combinados con Silvestre, fines más arduos, como la toma del celebérrimo Fondak, son una carta que Marina se juega... Y el jugador no siente codicias y es un estratega muy experto. Yo, partidario de la paz como sistema, y de la energía como supremo recurso, no puedo menos de contemplar el porvenir con ojos

de ilusión. Será una campaña breve, afortunada, y es de esperar que poco dolorosa. Así me lo dicen la pericia de un caudillo diplomático, la disciplina y el buen espíritu de sus tropas, la seguridad, el orden, el método con que todo viene preparándose...

Yo fío en esto, y luego, Señor, en la paz, ¡en la paz!

El campo enemigo.

No puede negarse. Por dicha para todos, el campo marroquí está ganoso de vivir bajo el orden. Raro es el día en que no se presentan montañeses que aspiran á la existencia plácida, sin tener que lamentar nuestros estragos y los saqueos del bandolerismo insurrecto, sembrando sus tierras y vendiendo en Tetuán, á precios no soñados, sus productos. El general los recibe con gravedad afable, les pregunta:

—¿Queréis vivir en nuestros dominios?

—Sí.

—¿Con vuestras mujeres, con vuestros pequeños?

El moro se queda pensativo. Entonces, el general da sus razones.

—El hombre solo, tiene siempre dispuesta la marcha. Yo quiero aseguraros vida y hacienda, pero ha de ser con garantías. No me bastan los hombres sueltos. Necesito familias enteras. Si así

lo hacéis, mi promesa de respetaros será un hecho firme.

Y van obedeciendo muchos. Y, creedlo, cuando un hombre pone bajo cualquier bandera á su mujer y á sus cachorros, es que le ha entregado el corazón.

Los aduares no quieren la guerra. Los de Beni Hasen y Wad-Ras han sido muy duramente castigados y le temen al escarmiento. Los de Beni Hosmar y el Has están deseando someterse. Se comieron sus cosechas. Ya no tienen ni aun higos, lo que constituía su alimento frugal. Pan y cebolla, como pregona la frasecita romántica, es todo lo que pueden llevarse á las muelas. Y el pan y la cebolla—sin que por esto quiera yo herir los ideales—, ni ha constituído nunca cimientos de amor, ni víveres de guerra. Por lo demás, esos cabileños, perseguidos por nuestros «contrapacos» y amenazados por la violenta harca, han tenido que llevar á sus mujeres á cuevas inaccesibles, donde arrastran existencia de trogloditas, una existencia nefanda que se hace imposible, por muy poco sutil y refinado que sea el miserable.

Y así, pensad, ¿no es la ocasión propicia de intervenir en un campo que suspira por nosotros?

El campo tetuaní, conducido á paupérrima condición por nuestra enemistad, por una harca que vive del país, por esos bandoleros y facinerosos que se adueñan de los caminos en tiempos de guerra y que cobran el barato con su fusil y sin

ley que los castigue, sólo espera verse libre de opresores y saber aniquilados á los rebeldes, para dársenos.

Así las cosas, puede que fuera pena dejar sin auxilio á quien nos llama y no aprovechar una muy favorable coyuntura mañana ida quizá.

Los combatientes.

Por lo demás, la situación de quienes combaten contra nosotros, no es nada boyante. De las últimas operaciones quedaron sin moral. Sus jefes no les inspiran confianza. Estos cabileños, que llevaban trescientos años sin unirse y que se han unido ahora en ficticio lazo, se han de disgregar por razón inevitable, secular, étnica. Bastará que vuelva el escarmiento á herir sus entusiasmos y que la bala, bien dirigida, les pruebe la supersticiosa ineficacia de sus amuletos.

Habrá, ¿quién lo duda?, rebeldes á ultranza, temperamentales; y habrá también merodeadores, gente á quienes siempre conviene la guerra por vivir de su estrago; gente sin oficio y sin pan, y que hallan ambas cosas actuando de lobos. Pero eso es fácilmente aplastable. Y así como una absurda ocupación de toda la zona produciríanos multiplicaciones de pequeños y dispersos, pero tremendos enemigos, la firme limpieza de una comarca, teniendo en cuenta las otras condiciones favorables señaladas ya, sería tal vez beneficiosa, y puede intentarse sin grave riesgo.

Tres son las harcas que nos acechan: la de Ben Karrich, mandada por Sidi Mohamed el Succan, ladrón de caminos, y que ha sido herido en la mejilla durante la toma del Mogote; la de Anyera, mandada por Sidi Abd Es Selam Hueld el Hach el Meyahed, hombre cobarde y que se ha ido más de una vez con el dinero recaudado en fuerza de inicuos tributos, y á quien, como es lógico, aparte su influencia religiosa, no quieren los harqueños; y la de Ayacha, que manda Sidi Mohamed Ueld Sidi Es Selam.

El jefe de todas las harcas, que ya le miran de reojo, es un hombre repugnante y medio aberrado, que se llama Sidi Mohamed Ueld Sidi el Hasan.

Este hombre le debe su prestigio á la ascendencia. Pertenece á la familia de cierto santón veneradísimo en todo Marruecos, Muley Abd Es Selam, en torno de cuyo nombre formó la fantasía mahometana una dorada leyenda. Este Muley Abd Es Selam fué asesinado en lo alto de una colina. Días después, uno de sus discípulos predilectos llegóse hasta allí para recoger el cadáver sagrado.

Inútiles fueron sus pesquisas, estériles sus llamadas, vanos sus rezos. Al fin se le apareció la mano de Abd Es Selam, que salía de la tierra como el brote de una chumbera y que señalaba el Paraíso. Poco después, enorme y fanática muchedumbre subía á la colina milagrera para erigir un

santuario que recordase aquel hecho. Pero las piedras que de día se colocaban, eran dispersadas de noche por dedos invisibles... ¡Por los dedos de Abd Es Selam, que así quería indicarles á sus fieles toda la feliz modestia de su alma paradisíaca y magnífica! Claro que más adelante fué construído el santuario, y que los descendientes de Abd Es Selam cobran opíparas limosnas y viven nimbados en prestigio... Tal es una razón de jerarquía para Sidi Mohamed.

Tiene, además, otro motivo excelente... Y es que su padre fué imbécil, imbécil de remate, de caérsele la baba. Lo cual en este país admirable se considera, con la locura, el estado perfecto del hombre; un estado supremo que raya casi con la divinidad.

Todos los fanatismos están sintetizados en este monstruo. Toda la brutalidad mogrebina le hace pedestal. Todas las sombras bestiales de una civilización grosera parecen señalarle para ser nuestro verdugo, nuestro asesino, nuestro chacal sin entrañas. Reunidas esas cualidades en otro espíritu bien templado, el adversario sería funesto. Mas, por ventura, Sidi Mohamed Ueld Sidi el Hasan es un alcohólico, también medio idiota, que no asiste jamás á los combates, que sufre ataques epilépticos, y que antes de tomar el mando de las harcas se pasaba la vida tocando unos platillos de madera por los zocos.

Tal es el enemigo. ¿No fuera triste permane-

cer inermes ante la tierra que nos llama y el adversario que nos incita con su hediondez, con su brutalidad, con su agresión?

¡La paz! ¡La paz! Mas antes, ya que así lo señala quien sabe más que nosotros, y á quien le cabe más responsabilidad que á nosotros, afrontemos este episodio guerrero, que puede ser admirable y que ojalá sea el último.

El espíritu español.

Van llegando los batallones y las baterías. Llegan bien dispuestos y con aire decidido y triunfal. Al desfilar por la plaza de España, el viejo y tradicional zoco protegido por la bandera española, ágiles y risueños, entre la feliz entonación de sus charangas, inspiran férvidos entusiasmos.

Aun así, donde mejor puede apreciarse el síntoma de fortaleza y energía es en el campamento.

Ayer se les han impuesto á los Cazadores sus bien ganadas cruces. La imposición de cruces sobre el campo de batalla, en el mismo lugar donde la muerte y la victoria dejaron marcadas sus huellas, tiene una grandeza infinita. Es el premio rápido y justo que otorga la Patria á sus adalides. Es el abrazo que se dan los corazones antes de seguir combatiendo. Es algo muy hermoso.

En primer término, se le ha mandado expedir á cada condecorado un diploma. Esto le da autenticidad, plasticidad al homenaje, y lo hace más fá-

cil á la debida ostentación en el pueblo, cuando se torna de la guerra. Después, una arenga del general Aguilera; una arenga de gran soldado, sucinta y elocuente; y otra del brigadier. Y luego, las charangas, que tocan aires de la tierra. Y, por fin, un rancho de Purísima Concepción, con sus tres platos, su vinillo abundante, su café, su copa y su puro.

La emoción del espectáculo es sublime. Ver cómo Aguilera se adelanta, ese militar valeroso, ese recio manchego de atezada faz y luminosa historia guerrera, para darles á todos un enorme abrazo; para decirles que se portaron bien, y que la Patria, distante, les manda su cruz y su pensión. Ver á Primo de Rivera, que parece un capitán juvenil, y que inspira sentimientos de arrogancia con su marcial porte y su fama de bravo, para reiterarles tan hermoso concepto. Ver cómo los oficiales, con sus propias manos, van iluminando unos viejos uniformes, descoloridos ya por el sol de Africa. Ver cómo estos muchachos, que han sufrido tantas amarguras y á cuyo esfuerzo se deben sosiegos y venturas de hoy, pierden el color y tiemblan de alegría. Ver cómo están pensando «Carmen, Dolores... ¡madre...!, ya verás la cruz que me han dado...» Ver cómo al sentir en sus pechos el contacto de unas manos buenas, las manos hidalgas del oficial, unos callan atónitos; otros, sin comprender la grandeza del instante, pero sintiéndola en sus nobles espíritus confusos,

enmudecen pálidos, y otros, agradecidos y entusiastas, balbucen: «¡Mi *tiniente*, *salú pa* poner muchas...!» Ver todo esto, y no secarse con el puño una lágrima que rueda, inevitable, yo lo juzgo imposible.

Madrileños, cuando acabe la guerra, y nuevas recompensas merecidas hayan de fulgurar sobre pechos robustos, debéis pretender que sea pública la fiesta, que se celebre en pleno Madrid, en la Castellana, para que todos sintáis esta santa emoción, para que la gratitud popular tenga estruendo justo, apoteosis ciudadana.

El espíritu moro.

La gente indígena que pelea bajo nuestra bandera, está en tensión, está dispuesta al combate; ha llegado á una exaltación fanática que debe aprovechar el mando y que nos orgullece por haberla sabido inspirar.

Ya os hablé de la última operación—si así puede llamarse á una escaramuza sin transcendencia—ocurrida á bastantes kilómetros de la carretera principal, y en la que han sido heridos un comandante y un teniente.

Ahora os referiré un detalle. Se hizo la operación con los moros del Kuf, mandada por Habdú y por Sar-Buni, esos buenos amigos de Romanones que se han retratado con el presidente del Consejo, y que, á pesar de su romanonismo, tie-

nen una sufrida abnegación. Hecha la descubierta, comenzado el tiroteo, entablado el combate, dos de nuestros moros, llamados Mohamed y Abdalá, mataron á su padre y á un hermano que peleaban en el bando enemigo con el mismo denuedo feroz. Cuando, heridos el comandante Acha y el teniente Real, se inició el repliegue, uno de estos indígenas afectos, Mohamed, lleno de cólera, furioso de entusiasmo, viendo maltrechos á sus jefes, díjole al comandante:

—¡Dame un cañón! ¡Iré hasta el aduar y quemaré mi propia casa!

Decidme: con unos y con otros, ¿será insensato presumir victorias?

Aun así...

Aun así, estas cosas me inspiran confianza patria, seguridad, entusiasmo profundo. ¡Ah, pero no me inspiran anhelos de combates, fiebres de invasión, apetitos de estrago! Sigo creyendo que por las armas, con este solo fin de ocupar, de tener, vamos al desastre, y que por la mesura, la diplomacia, el tráfico, el tren, podemos ir á la conquista. Sigo creyendo esto, y os probaré que tengo razón.

Hasta muy recientes días eran frecuentes las agresiones en el camino de Río Martín. Los moros, guarecidos en sus rocas y sus pitas, asesinaban, cuando podían, al viandante, y lo robaban

como daño menor. Pues bien, en una de las excursiones hechas por el valeroso tabor nacional, se le ordenó á cierto sargento que parlamentase con los agresores, que se pusiera con ellos al habla, afirmándoles que podían acercársenos, con la evidencia de no ser maltratados ni hechos prisioneros. No hubo manera. Entonces el capitán ordenó que cuatro soldados se quitaran los correajes, dejaran los fusiles y se acercaran, en son de paz, á la morisma. Merced á esto fué traído un rebelde, confiado ya, pero tan nervioso, que estuvo temblando más de un cuarto de hora:

—Nosotros no queremos vuestro mal—se le dijo—; queremos traeros pan y vida más próspera; un ferrocarril que os trasladará más barato y más pronto; mejores sistemas de cultivo; más dinero y más salud y más horizontes...

El moro, ya calmado, oía sin comprender demasiado. Entonces el capitán exclamó fraternalmente:

—Hombre, ¿no tendríais unas granadas frescas para la tropa? Os las compraríamos á regular precio. Anda, ve y tráete unas pocas. Ya ves que no se trata de haceros daño.

Y el hombre volvió con sus granadas, y le dieron un duro, ¡y ya no se han vuelto á escuchar disparos en el camino de Río Martín!

Luchamos contra fieras. Pero esas fieras tienen un corazón y un estómago. Fuera equivocación tremenda ir sólo en busca de sus zarpas.



EN TETUÁN SUENAN TIROS

Entrenando á la tropa.

Las fuerzas recién llegadas salen todos los días por el camino de Laucien, ocupan lomas, se despliegan, simulan ataques, van ejercitándose para las venideras operaciones. Alguna vez el ensayo es realidad. Ayer sonaron tiros en el Mogote, y retumbaron profusos, á miles, en las cercanías de Tetuán, en sus propios aledaños.

Yo salí con León, y pude observar la excelente disciplina y el gran espíritu de la tropa. Su teniente coronel, un muchacho aún, el valeroso y trabajador señor Dabán, la fué distribuyendo como avanzada. En un instante, casi en minutos, con menos de 800 hombres, quedó tomado un valle y coronadas varias colinas. La dirección era clara; la subdirección de capitanes y tenientes, fácil, rápida, enérgica; la obediencia de los fusileros, apta, juvenil, alegre y vigorosa.

Fué un espectáculo muy emocionante y que sorprende por su inteligencia y por su brevedad.

El teniente coronel va distribuyendo las compañías.

—Usted—le dice á un capitán—ocupe la Silla. Usted - le dice á otro--, por el flanco izquierdo.

Y vemos correr á unos grupos de hombres, y los vemos irse dilatando ensanchando, hasta obtener un frente de inauditas proporciones, ofreciendo poco blanco y cubriendo una línea tan extensa como difícil de batir. Los infantes avanzan agazapados, procurando cubrirse, buscando las grietas, las matas; pero inevitables, hacia la cumbre, con los tenientes delanteros. El grueso del batallón, que se ha quedado en la carretera, agáchase también, obedeciendo al teniente coronel.

—Sentáos. Estamos descubiertos.

Y él, y el comandante, y el médico, á caballo, se quedan erectos y van disponiendo el avance. Poco después, y como por milagro, ya no vemos nada. Las compañías se han distribuído; los fusiles guarnecen lugares estratégicos; no podría surgir el enemigo sin ser atisbado y fogueado; no queda vislumbre de batallón en el campo cubierto por las armas... Sólo el teniente coronel galopa de vez en cuando para dar sus órdenes.

Yo no he podido menos de admirar esta organización del Ejército. Palpita en ella una cohesión, un encadenamiento admirables. Así es como se vence en la vida. El caudillo dió su mandato en el gabinete, un mandato de segura eficacia, dada su pericia. Aguilera dispuso la salida, el avance.

Aguado, este noble espíritu, puso en marcha, y con viva celeridad, á sus tropas. Y el teniente coronel obedece, y manda con personal entusiasmo. Y capitanes, tenientes, brigadas y sargentos, parecen estremecerse como los hilos de una gran central eléctrica, y la luz y el sonido, es decir, el soldado, brillan ó atruenan á la vez; y son las potentes, formidables redecillas de un pensamiento, los nervios últimos de un cerebro pensante, las venitas obedientes y prontas de un gran corazón.

Así es como se vence en la vida. ¡Oh, si al frente de un Gobierno ciudadano pusiera la fortuna á un gran corazón y á un gran cerebro, qué bello acto de civismo realizaríamos rimando con sus ideas, poniéndonos á su devoción, obedeciendo sus iniciativas, con el orgullo de ser átomo en una obra grande, y no cabecilla menesterosa y díscola en un desbarajuste mentecato y pueril!

El fuego.

Hemos tenido serenata de cañón y de fusilería.

No había yo terminado de admirar á León, cuando sonaron cañonazos en el campamento. Las granadas cruzaban el Martín y caían en las vecinas montañas, ígneas, restallantes, causando la muerte y la desolación. Picamos entonces espuelas para acercarnos á la batería y contemplar la certera obra de los artilleros. Cuando llegamos, ya no

se disparaba. Poco después reanudóse el tiro. Desde lejos los moros contestaban con sus fusiles. El tabor, avanzando, mantenía vivo fuego á distancia corta. Desde las doce hasta las seis, apenas ha tenido pausa ni tregua el combate. Alba y yo hemos brujuleado cuanto pudimos. De bruces en el parapeto, atalayamos la escena durante media hora. Pero llegaron dos balas ridículas, que se habían perdido con un mal gusto y una falta de consideración verdaderamente censurables; vimos correr despavoridos á los hebreos, y aunque más lentos, pausados y dueños del sistema nervioso, por no quedar mal, nos fuimos por no quedar peor; es decir, cazados á mansalva y como gorriones en alero.

Junto á la plaza de España vimos llegar, acostado en su camilla, á un moro del tabor, herido en un brazo. La bala, una bala de Remington, habíale arrancado el biceps. Con la otra mano espantábase las moscas.

—¿Barro?

—Sí. Una miajita...

Rugía el cañón. Se oían los secos disparos del fusil. Sobre un corcel vimos pasar á Cogolludo, que iba disparado.

—¿Arrecia el fuego?

—Sí.

Marina, sereno, como siempre, en su rubio alazán, cruzó entonces al paso, con ese gesto suyo de seguridad y de majestad. que le nimba.

¿Qué ha ocurrido?

Ha sido triste la jornada. Triste, no porque haya ocurrido ningún descalabro, ni porque tengamos que lamentar bajas de consideración grande. Han herido á tres de nuestros bravos taborinos, y sólo uno de gravedad. En el Mogote no hubo ni siquiera contusos. Por la noche, durante el asalto de los moros á un blocao de Martín, no hubo tampoco pérdidas. Al contrario... En la alambrada de este blocao han aparecido dos cadáveres de rebeldes con sus gumías y sus cartuchos, y se han visto regueros de sangre. En el valle no pudo ser mayor el castigo. Y, sin embargo, la jornada fué triste. La obra pacificadora y suave, la obra de conquista verdadera, ha tenido una lamentable interrupción.

Os he referido cuanto los admirables oficiales del tabor vienen haciendo. ¿Recordáis el episodio de las granadas? Pues voy á referiros ahora otra anécdota divina, que os deleitará, aunque yo la narre, y que os pondrá en evidencia el talento exquisito de esos patriotas.

Llevábamos largos días sin combatir. Todas las mañanas, así que desplegaba el tabor, acudían los moros fronterizos, los ayer hostilizantes á platicar en concepto de buenos camaradas. Un rato de palique, unas pesetillas, el contacto de almas, las caravanas de mercaderes, que podían cruzar sin riesgo... La obra sagaz que se debe hacer, la obra grande, la obra permanente...

Un día, cierto moro le dijo á un oficial español:

—Mi capitán, yo querer un favor de ti.

—A ver... Dime.

—Yo tener madre en Tetuán y querer verla.

El capitán, uno de aquellos capitanes de Cortés, de aquellos capitanes vencedores y diplomáticos, bravos y psicólogos, que se imponían con el acero y ganaban el corazón con la bondad, le dijo:

—Bien. Mañana, á las once, te aguardo en la puerta. Yendo conmigo no te detendrá el centinela, ni delatará nadie. Deja, naturalmente, el fusil en tu aduar, y si traes gumía, dámela. Yo te la devolveré luego.

Y así fué. Y cuando, á las tres de la tarde, regresó de nuevo el moro, acompañado por ese hidalgo supremo, por ese espíritu inteligente y generoso, por ese gran seductor de almas, no se pudieron escuchar más que estas breves frases:

—¿La viste?

—Sí.

—¿Estás contento?

—Sí.

—Ahí va tu gumía.

El moro se detuvo un instante, como haciendo una pausa transcendental, después afirmó:

—No la quiero.

Se siente, lector, se siente el escalofrío de lo grande conociendo estas cosas. Así, españoles, así es como se invade un pueblo, como se le somete, se le induce, se le forma un espíritu, se le

cortan las zarpas, y acaba por vestírsele á la europea y darle un empleo en cualquier fábrica de producir, en cualquier taller de trabajo y de renovación.

Pues bien; ahora escuchad esto. Cuando ayer uno de los moros insurrectos aún, pero amigos ya, iba á cruzar el río con la capucha de su chilaba llena de frutas que venderle á los nuestros, cayó una bomba cerca de sus pies. Más atrás, un grupo quedó casi aniquilado. A los diez minutos el fuego se generalizaba, y los disparos, frenéticos, iracundos, llenos de saña y de obstinación, no cejaron hasta que fué de noche.

¡Qué lástima! ¡Qué pena! ¡La guerra es así! Porque nadie tiene la culpa; á nadie podríamos censurar por un hecho azaroso, fortuito, absurdo y terrible, como todo lo siniestro; uno de esos hechos espeluznantes que ocurren á veces en la vida, que os llenan de pánico y de horror, y que obedecen al designio fatal de la naturaleza, á ese trágico sino desventurado con el que nacen algunos seres. El niño que se cae á la calle sin culpa, sin crimen... La casa que se incendia... El vapor que se hunde...

Ayer, los foragidos del Mogote hicieron armas contra los nuestros. Ayer llegaron á este vecino valle de Tetuán unos cuantos bereberes del interior, bárbaros y tenaces. Agredieron. Fué preciso contestarles. Y como los proyectiles no saben quién es el blanco, sino que es blanco, y que

se halla en el lugar del enemigo batible, nuestros soldados, cumpliendo con su deber, merecedores por ello del aplauso, llenaron de proyectiles el valle.

Tal fué lo acontecido ayer en Tetuán. Una jornada triste. Aun así, la desgracia no perdura. Son episodios éstos que el azar prepara y que el azar se lleva. Lo que no se lleva nadie, ni el azar, ni la desventura, ni el horror, ni la muerte, es una idea sabia. Y la idea sabia, la noble idea de conquistar el corazón del selvático, acogida por unos hombres perseverantes y buenos, flotará, crecerá, concretará... Hoy, patriota que me lees, ha vuelto á charlar el tabor con los montañeses de Beni Hosmar. ¡Por Dios, que tenga otro moro en Tetuán á su madrecita vieja, y que quiera llegar junto á sus cabellos canos, para darle un beso, protejido por un capitán español y bajo la bandera española!

Desde la azotea.

Cuando llego á mi casa judía, las vecinas hebreas están aterradas.

—¿Entrarán los moros?

Un hombre de larga nariz, ojos taimados y gesto irresoluto, insinúa con timidez:

—¿Vendrán? ¿Vendrán?

Yo, que procuro hacer patria en todas partes y en todos los momentos, alardeo fanfarrón:

—Estando aquí los españoles no hay que temerle á nada. Se acabaron los tiempos en que penetraban en este barrio las hordas salvajes para degollar y robar. ¿Ignora usted que hay un general español en el palacio de la Residencia?

Penetro en la dorada mansión, subo escalera y escalerilla, y llego á la azotea. Desde allí se atalaya el panorama entero. Allí se hallan también el simpático y cultísimo señor Agramonte y el inteligente y amable señor Ortega. Vemos caer las granadas. Oímos el chisporroteo de los «pacos». Una casita blanca, maravillosamente blanca, que se recorta como una flor en el valle abrupto, y desde la que ahora nos disparan harqueños bravíos recién llegados del interior, es derruída con sólo dos cañonazos. Estaba erecta, con sus minaretes, con su tapia risueña, con sus ventanitas. Llegó la granada. Sucedióse un incendio repentino, una llamarada terrible. Quedó todo envuelto en humo y en polvo. Cuando se disiparon las nubes, quedaron unos muros cuarteados. Bajo los escombros agonizaría un estólido, una furia. ¡Qué pena! ¡Qué pena ser esto inevitable, no poder habitar esa casita mora; que florezca un rosal; ir por las mañanas, vulgarmente, puerilmente, risueñamente, á cortar los chumbos maduros que revientan en las palas, que rezuman su miel y que tienen una titilante é ingenua gota de rocío! ¡Qué pena haber sido ayer, ser hoy, y mañana, y siempre, inevitable tener que llevar á cañonazos las civilizaciones!;

¡Pensar que sin la sangre de los Pizarros y de los Valdivias, aún estarían los pieles rojas brutalizando en tierras que son maravillas del mundo!

Vese desde la azotea Tetuán íntegro; sus azoteas blancas, sus torres arábigas, sus mezquitas, sus sinagogas, sus callejas, su incoherencia y su abigarramiento encantador. Vense moras que emergen tímidas para tender unos lienzos, y españolitas desterradas que acaso tienen sus novios en países distantes, y que salen aquí para ver el lejano mar, la ruta soñada é imposible. Vese la alcazaba, el jalifato, la gran mezquita con su torreón verde, un mundo poético y ensoñador, que nos induce al éxtasis intelectual y á una especie de amodorrado misticismo, ese momento de inconsciencia mediativa y profunda en el que nos acercamos á la perfección, y en el que advertimos el tácito llegar, supremo, absurdo, inefable, de la musa. Va obscureciendo. El cielo es azul y rojo. Cabecean los barcos del remoto Martín. El airecito fresco nos envuelve como en una caricia. Tal vez en el fondo estamos un poco añorantes, y acaso en nuestro espíritu se alza el recuerdo fragante y divino de amores que son, y que se hallan lejos.

—Mire usted, Antón—ha dicho repentino el señor Agramonte—. Venga usted. Acaban de matar á un moro.

Y los prismáticos me llevan hasta allí. Y he visto y completado la escena.

Había cesado el fragor. Escuchábase muy de

tarde en tarde un disparo suelto. El tabor habíase replegado. Los moros se habían ido. Sobre una planicie amarilla habían quedado tres vacas muertas. Los merodeadores, ávidos del botín, habían bajado con la codicia de aquellas carnes inmoladas. Nuestros centinelas, soldados veteranos ya, y de admirabte puntería, habían hecho fuego. Uno de aquellos lobos se había desplomado. Los otros habían huído con pavor, y se habían guarecido en los jarales.

—Mire usted. Mire usted.

Y vi. Un bulto negro, algo así como una chilaba en jirones, interrumpía la monótona rubicundez de la planicie gualda.

Estuve un rato contemplando aquella sombra.

—Hace frío—dijo el Sr. Ortega.

—Sí—respondí yo.

Batió un cuervo. Después, en lo alto de una torrecita arábiga, se izó un grimpolón blanco, y un sacerdote moro, con su turbante, con su azul albornoz, el de siempre, el inmutable, el que animó los rezos fatalistas de una raza, mostró su cabezuca de juguete para gritar las oraciones vespertinas. Desde los cuatro puntos cardinales asomó la testa para mirar á sus fieles y cantarles unos eternos, impávidos, fatalistas versículos del Corán. Y era la suya una voz ancestral, horrible, obcecada. Y cuanto, al apagarse el cielo y arriar su grimpolón el sacerdote moro, quedó todo en silencio, yo pensé una vez más en que hay algo de incompren-



Antón del Olmet en Laucien, mirando con los prismáticos las avanzadas moras.

sible en la vida, algo más grande que nosotros, algo infinito y callado, tremendo, inevitable, algo que nos rodea, que nos cautiva, que no desciframos, que á veces nos hace reir sin motivo, y que otras veces nos sume, nos hunde en la melancolía.

Allí, en esta azoteíta mora, estuve un momento pensando en España, en mi Patria, en mis amores, en mis ideales. Y sentí una ternura infinita. Y medité en el esfuerzo supremo de la raza, el esfuerzo de vencer estas religiones, estas barbaries, estas ferocidades sin tino; el esfuerzo de ayer, entre pieles rojas y caribes, y el de hoy, entre musulmanes fanáticos. Y otra vez, en esta azoteíta mora, viendo ya las estrellas que iban surgiendo en la concavidad negra, dominado por una gran ternura filial, exclamé para mí:

—¿Cómo no amarte, Patria? ¿Cómo no adorarte de rodillas, si eres madre y eres generosa?





LOS QUE LUCHAN

La defensa de un blocao.

El otro día, en una de mis crónicas, os cité al pasar, y en tono frúido, la defensa que hicieron de su blocao unos hombres. Hoy será cosa de ampliar detalles, ya que son representativos y acusan un alma veterana y guerrera. Se los brindo á quienes, pesimistas, dudan, recelan del soldado español. He dicho del soldado. Que no es sólo el oficial quien vela por la raza.

Estamos en el blocao número 5 de Río Martín. Lo guarnecen doce hombres y un sargento. Se hizo de noche. Las sombras invaden el campo. Hay un río de plata, trágico y silencioso; una llanada sin gente; un camino ya en abandono; unas montañas abruptas que se yerguen como gibas enormes y que amenazan la casita menuda. Bate un aire lúgubre por el valle dormido. Seis hombres descansan. Los otros seis, parapetados y tendidos los fusiles, procuran escrutar el misterio de la noche. Hay algo en el ambiente que acusa presen-

cia de chacales; algo difuso, indescifrable. Al lejos, muy al lejos, como un imposible, tiemblan las lucecillas de Tetuán.

—Mi sargento—dice un cabo, acercándose repentino al jefe, que yace en su camastro—, siento ruido entre las matas.

De un salto, el sargento agarra su fusil y, pasito, silencioso, tácito, se asoma, sin disparar ni alarmar á nadie. Aguza el oído... Y sí: ¿una pisada?, ¿el crujido de una rama seca?, ¿un ave que remonta el vuelo?

—¿Mando tirar?

—¡No, no!

Transcurre un minuto. Ya los ruidillos disimulados van siendo más perceptibles. Ya parece que se acercan sombras. Pero los centinelas, obedientes al sargento, no disparan. Se oye el arrastrar de un hombre cerca del río... ¡Sí! ¡Lo es! Y no viene solo. Allí, un bulto; allá, otro; acullá, seis, diez, veinte; y por dos, por tres lados cerca y asedia el enemigo... La llanada, silenciosa; las gibas, rocosas y trágicas; lejos, muy lejos, Tetuán.

—Despierta á los hombres y que se preparen. No disparéis hasta que yo lo diga.

Y en el blocao se ve cómo doce figuras agachadas, serenas, van preparando un círculo de fuego. Y más allá del blocao se ve cómo veinte, cómo treinta, cómo cuarenta felinos se arrastran para llegar sin ser vistos y caer, y despedazar á los incautos.

—¿Mando tirar, mi sargento?

—¡No!, ¡no!

Pasan otros minutos de tensión infinita. Los bultos son ya claros. Casi puede sentirse el vaho de las fieras. Les faltan dos metros para llegar á la alambrada protectora. Se arrastran todavía un poco más. Llegan. Y cuando llegan, súbita, épica, valiente, grita una voz:

—¡Fuego!

Y entonces se generaliza el combate. Y vienen de fuera gritos estridentes que no aterran á corazones viriles, y detonaciones que no intimidan á tiradores expertos. Y duran los disparos media hora. Y nuestras descargas son pocas y firmes. Y no pueden los chacales cortar los espinos de hierro. Y cuando se retiran dominados, rotos, cobardes ya, los aventureros, y rompe el día, y la gloria del sol invade los campos, aparecen dos cadáveres moros que muerden los alambres, y hay regueros de sangre fugitiva, que acusan muchos heridos y más muertos.

—¡Viva España!—dice nuestro sargento entonces—. ¿No tenemos heridos, verdad?

Después:

—¿Disparó mucho la tropa?

Se cuentan los cargadores.

—Diez y ocho tiros por fusil.

¡Diez y ocho tiros durante media hora de fuego! ¡Qué serenidad y qué seguridad! Decidme

si no es admirable, y si esos hombres merecen un aplauso.

A cañonazos.

—Suena el cañón. ¿Qué ocurre?

—Castigan á los aduares de Beni-Madan.

—¿Por qué?

—Porque anoche destacaron asaltantes contra nuestro blocao.

—Me parece muy lógico el castigo. Desearía presenciarlo. ¿Tendremos tiempo montando en este mismo instante?

Y perdonando el almuerzo como bagatela insignificante, allá nos fuimos, para ver de cerca, al pie de los cañones, cómo disparan los artilleros.

Sobre nuestros caballos, al galope (y digo nuestros de una manera hiperbólica y por mera fantasía), zumban los proyectiles de montaña. Cuando llegamos á los rodados, el estruendo sobresalta á las cabalgaduras, que se empinan y alargan las nerviosas orejas y que pretenden desasirse de nosotros. Un estruendo formidable retumba los ámbitos. La batería, á la voz de su capitán, el señor Sánchez Ferragut, tunde con el fragor de sus balas rompedoras á las hienas de Beni-Madan. Es un espectáculo épico y de una grandeza trágica. Es la hecatombe racional y con un objeto beneficioso. Es el castigo justo y es la brecha sangrienta que mete la cultura en la barbarie. Es un himno.

Se hallan las cuatro piezas apuntando hacia los montes lejanos. Se ven ya, estragados, algunos aduares. Caballos sueltos, libres de sus jinetes muertos quizá, galopan despavoridos. Las reses, atónitas, no saben dónde guarecerse. Los hombres huyen, y metiendo—como el avestruz, la cabeza en la arena, creyendo así no ser vistos, por no ver—sus cuerpos en las barrancadas, se agrupan y se truecan en blancos mejores. Cárganse las piezas. El capitán ha mirado con su telémetro y ha fijado la distancia. La tropa, una tropa inteligente y apta, lo preparó todo en brevísimos instantes para disparar. Y entonces dos gritos:

—¡Batería en descarga!... ¡Fuego!

Retumban los cuatro disparos estentóreos. Tiembla el viento, la tierra, nuestros oídos, nuestros músculos. Hasta el éter parece tener una vibración loca. Después, un militar expectante, dice:

—¡Blanco!

Y nosotros, vemos caer matemáticas, geométricas, con una precisión maravillosa, las cuatro granadas en el mismo centro del aduar. Polvo, estupor, cosas que se deshacen... Y luego, un jamelgo que huye, y dos hombres que escapan, aterrados, y un edificio que se desploma, y un árbol que da tumbo.

Mi emoción no puede ser más entusiasta. Luego, en mi afán de buscar las noticias agradables, pregunto:

—¿Son estos cañones de fabricación nacional?

Estos, precisamente, no. Los proyectiles, los carros, sí... El cañón es francés. Pero son los últimos cañones extranjeros que nos quedan. Los demás, tan buenos, mejores, con algún adelanto muy útil, han sido fabricados en España.

—¿Dónde?

—En Trubia y en Sevilla.

Después, quizá un tanto pueril, interrogo:

—¿Y dan el mismo resultado?

Entonces, un coronel, modesto, sencillo, replica:

—Mire usted... No es patriotería... Nosotros juzgamos técnicamente el cañón, y, en definitiva, lo que deseamos es que sea bueno. Pues bien, los fabricados en España son mejores. Hay un detallito, una minucia...

Sentí una gran alegría. Silbó algo.

—¿Qué?

Miré y vi. El tren, un tren español; chiquito y vivaz, corría por el valle de Tetuán á Río Martín, mensajero de la civilización, nuncio de progresos fehacientes y tangibles. ¡Tan pequeñito y tan arrogante, parecía seducirme á todos los recuerdos venturosos!

Cañones de mi patria; tren de mi nación; ¡qué emoción tan hermosa me hicísteis sentir ante las montañas de Marruecos!

Enhorabuena.

Llegó Marina, observó la obra de sus cañones, juzgó ya innecesaria la prolongación del fuego, y en minutos, la batería estaba fuera de nuestros ojos. Luego montó á caballo y fuese al blocao número 5. Nosotros corrimos detrás.

Lo que ocurrió allí es sucinto y hermoso. Doce hombres y un sargento que presentan armas. El sargento, un hombre de aire inteligente y expresión fácil, que se acerca respetuoso al general. El caudillo, que hace largas preguntas, ganoso de saber, de investigar, de que vean sus tropas, aun las más humildes, cómo le interesan sus hazañas.

—¿Dónde cayeron muertos los moros?

—¡Allí, mi general!

—¿Rodearon el blocao?

—Fué atacado por tres lados, mi general.

—¿Hubo mucho fuego?

—Fuego enemigo, sí, mi general.

—¿Y de ustedes?

—Lo menos posible.

El sargento permanece firme, con la mano sobre el pecho, tocando el cañón de su fusil. El general se inclina para hablarle con grave cariño. Hay una pausa.

—¿Manda algo vuecencia?

Da un brinco el alazán. Cuando el jinete lo recobra, se oye decir escuetamente:

—Dígales usted á esos muchachos que estoy satisfecho.

Picó espuelas el caudillo. El sargento corrió para dar la noticia feliz. Bruñía el sol los campos. Yo no hubiese podido hablar. ¿Qué habría en mi garganta, lector?

El premio.

Esta tarde le han ofrecido sus oficiales al general Primo de Rivera una copa de Champaña. Llegaron las recompensas, y los agraciados y los no agraciados, que todos son los mismos y unos en corazón, quisieron demostrarle así al general de los Cazadores su gratitud y su simpatía.

Aguilera, Aguado, Santa Coloma, allí estaban. Allí estaba todo el mundo. Allí estaba el entusiasmo y el compañerismo. Allí estaba el espíritu español, animoso y triunfal.

Fueron las de hoy, unas recompensas justas y aun nada pródigas. Esto las hace más nobles. No se han dado recompensas por combates aislados, sino por etapas, por series de sucesos marciales. Para el general esperábase, á propuesta del señor Alfau, el fajín de divisionario. No hubo ni gran cruz de María Cristina. Hubo sólo una gran cruz del Mérito Militar. Es una vez ésta, en la que, aun siendo parcos en la capacidad admirativa, no echo de más una sola pulgada de cinta ni un solo adarme de plata. Y, sin embargo, ¡qué animoso empaque y qué gallarda manera de contemplar el futuro, y qué aliento, y qué bizarro espíritu!

Los premios—y cuidado que derrocharon su vida en varias refriegas, en muchas y muy duras—creyéndose pagados con largueza. Los no premiados, contentos y ganosos de volver al combate, lugar de peligro y de gloria. Todos pensando antes en el servicio y en el deber que en la personal ambición, ardiendo ya en deseos de combatir por España.

Tres discursos calurosos, elocuentes, de Aguilera, de Primo, de Torres Marvá. Luego, un brazo tendido hacia Laucien, hacia más allá de Laucien, hacia el futuro, y unos vivas á la Nación y al Monarca. Esto ha sido todo. Fiesta de plenitud y de entusiasmo, fiesta de militares, fiesta de armas...

Cuando ya retirado el brigadier, se le acerca un comandante recién ascendido, para despedirse, hubo dos frases.

—Mi general, yo esperaba el otro justísimo entorchado.

—No. Mi puesto, un puesto que no cedería por todas las colmadas ambiciones, está aquí, entre mis cazadores aguerridos, entre los gorritos verdes.

Así hablan quienes ofrecen su vida. Quienes jamás ofrecieron nada, los políticos, ¿qué dirían ante una subsecretaría posible? La raza está de pie. Veremos cuándo hasta la política, el último tramo de la evolución, juzga que ha llegado el momento de erguirse.



PAZ Y TRABAJO

Trenecito español.

El oficial de Ingenieros señor Pérez de Vargas nos ha invitado á presenciar la inauguración de un tren. Recorre su maquinita diminuta, que arrastra seis vagoncitos muy capaces, el camino de Río Martín á Tetuán. Las mercancías que llegan á la desembocadura, y que allí permanecen tiradas, rotas, insepultas, encontrarán fácil transporte. El aprovisionamiento militar será breve y cómodo. Y además, y esto es tal vez lo más interesante, verá el moro correr á la locomotora; sentirá, palpable, el progreso; y se convencerá de que no traemos solamente cañones para mantener la fuerza, sino adelantos para mantener la razón.

He ido á la fiesta con orgullo verdadero y como á una romería del espíritu. Puerta de la Reina; un camino en declive hacia el valle; un estupendo sol marroquí, este sol de cosechas y abundancia; y ya en el llano, una maquinita vestida con banderas españolas, muy ataviada y peripues-

ta de domingo, que silba y corretea con aires de mozuela feliz.

¡Qué suprema emoción la de contemplar estas obras, menudas aún, pero definitivas y espléndidas, con las que se conquistan los pueblos! Bella y augusta es la guerra cuando tiene nobles acicates. Sublime se nos aparecen las armas cuando, heroicas y certeras, arrollan á enemigos perversos y estólidos. Supremo es el espectáculo de ver cómo tremola en la cumbre un sacro jirón que sintetiza nuestros amores colectivos, y bajo cuyo prestigio se derramó la sangre. Pero es más hermoso y aun, y, sobre todo, más consolador, más determinante, ver cómo las maquinitas, inteligentes y sutiles, acuden husmeando la victoria para fijar y esclarecer el triunfo. ¿Qué fué de toda la obra estúpidamente gigantesca que realizó Bonaparte? Antes de su muerte, ya estaba deshecha. La obra de Cortés en Méjico, todavía perdura. Y es que el corso no hizo más que destruir, mientras el extremeño edificó.

¡Salve, trenecito español, buen hijo de mi raza, legítimo brote del progreso, fruto del trabajo, seductor de multitudes, génesis de riqueza, seguro de paz! ¡Salve!

La obra.

El tren, claro está, no es otra cosa que un conato; pero muy insuficiente aún. Sesenta centíme-

tros mide su vía de ancho, y recorre diez kilómetros. Para satisfacer necesidades militares, acaso se prolongue hasta Laucien. El humo corona igual que una diadema á la maquinita, ganosa de avanzar. Cuatro viajes de ida, por lo menos, y otros cuatro de vuelta se pueden realizar todos los días. Cien toneladas carga el trenecito. Como veis, la obra, aunque incipiente, con su puente difícil de construir, con su tendido bajo la eterna amenaza, con su presteza y su exactitud admirables, no es bagatela. Por lo demás, ¿sabéis en cuánto tiempo se ha realizado esta labor? Y ¿sabéis cuántos hombres la ejecutaron?

Técnicos extranjeros fijaron en cuatro meses la duración de estas obras, suponiendo que nada impidiera el trabajar, y sin admitir, naturalmente, una distracción ni una disgregación de fuerzas ni de intensidades. Encargáronse nuestros ingenieros. Dos meses ha durado todo. Y además, hicieron á la vez diferentes rellenos y terraplenes, y construyeron siete blocaos, incluso el del Mogote.

«¿Quiénes acometieron esta empresa?», diréis. ¿Suponéis que una brigada, un regimiento, un batallón siquiera? Dos compañías... Poco más de 130 hombres... 130 hombres que trabajaron abnegadamente, sufrida y alegremente, desde que amanecía, hasta que las sombras no dejaban ni columbrar el camino, risueños, inteligentes y optimistas, sabiendo que cada paletada y cada golpe de pico y cada metro de vía férrea eran una perlita.

que añadirle á la vieja corona de la Patria. Dos meses de almorzar en pleno campo, y de dormir allí en ocasiones, y de no cejar; dos meses en que los oficiales se pusieron negros del sol, y en que su sangre, trocada en sudores varoniles, en esas gotas que son martirio para el vencido y para el miserable y ejecutoria del fuerte y del bueno, corrió por sus rostros y mojó la dura y bárbara tierra de Africa, en un acto de fecundación sublime. Para los capitanes Zorrilla y Salinas, y para los tenientes Vidal, López Ochoa, Más, Tevar y Lago, éste adolecido ahora del paludismo que hubo de sorprenderle en la brega, será menester un vítor cordial.

En marcha.

—¿Suben ustedes?

Ha pronunciado Marina esta frase, y hemos trepado á los vagones. La maquinita, vestida á lo mozo y á lo español, parte ligera. Va el cónsul alemán y su esposa. Van sólo militares. Nosotros, los periodistas, vamos también por deber ineludible de información, porque así hace falta, porque no todo en la vida se resuelve con formulismos diplomáticos, porque interesa conocer en España lo que aquí se lucha, todo lo excelente y lo patriótico aquí realizado.

—¿Qué tal?—pregunta no sé quién.

—Divino...

Y es cierto. Divino, divino es caminar en un tren, y en un tren rápida y magistralmente hecho, por este paisaje marroquí, donde ayer, ¿qué ayer?, hoy mismo, pelean contra nosotros los bárbaros. Quienes aún somos jóvenes y hemos nacido en plena civilización y en mitad de las fiebres progresivas, no hemos podido darnos cuenta de lo que significa el primer ferrocarril. Lo hemos aceptado como una cosa natural. Pero ¡qué augusto, qué preclaro, qué maravilloso, entre chumberas agresivas, contemplado taimadamente y desde lejos por hombres sin cultura, enemigos del bienestar, adversarios de la riqueza, chacales de la cultura, de la libertad y el derecho, pobres fieras á las que iremos persuadiendo con el brillo de la cuchilla; pero, sobre todo, con el humo de la locomotora, la rapidez y la baratura del viaje! Trepidaba Europa entera en estos vagones. Corría toda Europa en las ruedecillas ágiles. Aduares atónitos á izquierda y á derecha. Inexorable, el tren que iba en línea recta y ascendente, siempre hacia la cumbre, por el paisaje africano. España, sólo por este momento sublime, por el honor de que hayan sido ingenieros españoles quienes esta obra realizaron, por el orgullo, merece la pena de haber venido aquí...

En Río Martín.

Llega el tren. En la estación (también hay su estación y su almacén de máquinas, y todo confor-

table y pequeñito, pero seductor) está formado un piquete de Infantería que rinde honores al general, mientras las cornetas, vibrantes y claras, entonan el himno español. Los soldados de Ingenieros, altos, buenos mozos, hombrachones escogidos, pululan satisfechos de la obra, entre sus picos y sus azadas, nobles obreros de la nación. El general visita los barracones ferroviarios y hace gestos de satisfacción, y pronuncia frases de sucinto y justo elogio. Después recorremos á pie los almacenes, abarrotados, y vemos los montones de mercaderías, que permanecen tirados en el suelo por falta de techumbres y de transportes fáciles, y que serán conducidas á Tetuán en el trenecito. Tres barcos hacen sus reverencias en el mar. Algunas barcazas llegan, estivadas hasta las toletes, conduciendo productos europeos. Las vías férreas se prolongan junto á la misma playa, playa de pescadores bereberes y de corsarios y de cautiverio, playas donde ayer acechaban forajidos, y cuyo misterio se observaba con un vago terror desde los vapores mediterráneos, y que hoy, abiertas por las armas españolas al tráfico, vánse ya plenas de civilización. Parece todo esto la obra de otro Colón extraño y estupendo, que hablara por los aires y sin hilos, que anduviera sin caballos, que reprodujera las imágenes sobre los vidrios heridos por la luz, que fuera un superhombre.

—¡Bien trabajaron ustedes! — le digo á un oficial.



Tomando el té en casa de El Kaima. En medio aparece la figura venerable del general Marina.

—Y los soldados. Créame usted, son muy buenos y muy inteligentes. Han hecho el ferrocarril con entusiasmo, sin regatear el esfuerzo, sin un minuto de cansancio, gozosos al ver cómo la obra crecía entre sus manos laboriosas. Uno de ellos tuvo cierta frase, que no se me olvidará mientras viva...

—¿Cuál?

El teniente permaneció un momento pensativo. Después añadió:

—Habíamos acabado el puente. Nos incorporamos, y vimos con alegría el resultado de nuestra labor. Habíamos luchado con furia, pero ya teníamos el fruto conseguido. Reinaba una gran confraternidad, un alborozo unánime. Entonces, un soldado catalán se me acercó y me dijo: «Mi teniente, si esto es guerra, que no haya paz nunca».

¡Qué magnífico y generoso concepto de la vida! ¡Qué acertada y suprema expresión! Si esto es la guerra... esto, es decir, el trabajo, el trabajo aunque sea penoso, aunque no redunde en provechos egoístas, individuales, sino en los de todos, en los de la Patria... que no haya paz nunca.

¡Oh, noble aspecto del heroísmo, divina fórmula de la abnegación, relámpago genial que iluminaste el cerebro de un buen soldado, de un buen español, de un buen catalán, seas bendito!

El himno de los trabajadores.

—A ver, muchachos, vuestro himno... El general quiere escucharos.

Valencianos y catalanes son estos ingenieros, hombrachos de regiones progresivas, regiones que, al igual de otras en España, conocen todas las bellezas inefables del trabajo, y son gente de blusa azul, y de mecánica, y de automóvil, y de fábrica moderna, y de producción ilustre.

—¡El himno, muchachos! Avisadle á Llorens. ¿Y Fiol? Al cabo Miláns, que se acerque.

Hay un momento de timidez y de irresolución. Se miran, se ríen, se dan un cachete y una palmada... Sale un atrevido. Luego, dos, cuatro, diez. Y al fin, agrupados en la explanadita, y ante el caudillo que los contempla benévolo, dan principio á su himno.

Y ha sido la emoción más optimista de cuantas me tenía reservadas este viaje luminoso. El himno es intelectual, consciente, moderno, de una sintetización y de una representación confortadoras. No es vana poesía. No son exclamaciones guerreras, fútilmente, líricamente guerreras, sin más objeto que hacer agresivo al hombre. Son guerreras, porque hablan de luchar, de luchar con ánimo viril; pero son á la vez ciudadanas, porque hablan de la paz y del trabajo. Y son patrióticas y son fuertes, y están inspiradas por una musa renaciente y ubérrima, musa de renovación y entusiasmo.

Estos valencianos y estos catalanes dejaron sus comarcas para venir al servicio. Estarían empleados en juveniles empresas. Agricultores, sabrían de maquinaria y de abonos químicos; industriales, conocerían el estruendo sublime de las ruedas y de los engranajes potentes; comerciantes, pensarían en el más allá, en la competencia franca, en la invasión atrevida. La Patria necesitó de sus brazos para una obra ilustre. Honrados y buenos, dejaron sus blusas y se vistieron el uniforme militar. Se los ha traído á Marruecos; les hicieron tender comunicaciones ferroviarias; acometieron la empresa con alegría, con júbilo; por las noches, cuando llega el descanso, estos hombres cantan su himno; y el himno es de energía, pero es también de modernas realidades.

Para ofrecer nuevas glorias á España,
nuestra región supo luchar.
Y en el taller y en el campo resuenan
cantos de amor, himnos de paz.

Ved qué gama tan interesante. España..., luchar..., taller..., campos..., paz..., amor. ¿No es todo esto el despertar anheloso y supremo de una raza insigne? Ved, observad un poco y os fijaréis en que no falta detalle y en que el circuito mental se cierra. No hay gritos de bélico y estéril afán de absurdas peleas. No hay tampoco entregamientos femeniles, desmayos, atrofias. Da la sensación ecuánime del hombre trabajador y moderno que vive para el trabajo y que, cuando un problema de

patria dignidad lo reclama, cogerá su fusil, y, alegremente, irrumpirá en el combate. Ni ferocidades insensatas, ni cobardías odiosas. Ciudadano siempre. Soldado alguna vez, y esa vez buen soldado.

Yo no he podido menos de conmoverme al oiros, ingenieros de Valencia y Cataluña, hombrachones laboriosos y honrados, que sois en España obreros eficaces y en Tetuán soldados alegres y contentos de la vida. Sois la generación nueva, la generación nacida para el resurgir, la que no abominó de sus viejos ideales, la que se apresta con armas de hoy á disputarle al francés y al germano la hegemonia del esfuerzo. Ni hombres rudos, sin pulimento moral, ávidos tan sólo del combate, rifeños con traje de nación culta; ni pobres seres canijos, faltos de ideal y de alma, entregados al pauperismo de las tristes negaciones. Ni embrutecidos en lo fatalista, ni pobres y menguados cabalgantes en la paradoja. Hombres de ayer y de hoy, hombres serenos y equilibrados, hombres que hacen razas y edifican pueblos. Ingenieros de Valencia y Cataluña, i genieros de toda España, de vosotros es el triunfo; para vosotros ruge la máquina y el hondo arado raja las costras yermas; para vosotros también, fuertes iberos, está colgada en sitio de honor la espada con que llegásteis á Oriente y os hicísteis respetar del orbe.

Acabó el himno. Don José Marina exclamó:

—¡Muchachos! ¡Muy bien!

Y ellos entonces, agitando sus gorritas cuarteleras, dieron tres vivas entusiastas:

—¡Viva España!

—¡Viva el general!

—¡Viva el Ejército!

Azuleaba el Mediterráneo, el mar español, el mar de Cataluña, de Valencia, de Andalucía, el mar de nuestro pasado y de nuestro futuro. Miré al sol. Estaba como pletórico, como ebrio de alegría y de triunfo. Y al mirarme con sus ojos rubios —¡te lo juro, lector!—me dijo:

—¡Sí! ¡Sí!





AVALANCHA DE TIGRES

Un objetivo.

Ha tenido Burguete, en cierta ocasión, una de sus frases videntes:

—En Africa podemos reclutar unas tropas admirables. Sólo esto merece la pelea de ir á su conquista.

Y es cierto. Yo creo que nuestro soldado está en capacidad bélica absoluta, y que, relacionado con otros, por su docilidad, buen espíritu, entusiasmo pronto, hábitos de disciplina y rápido entrenamiento impulsivo, tiene su puesto de honor entre las tropas universales. Con ellos puede irse á la victoria. Pese á la envidia nacional, ese defectillo pazguato en el que se cobijaron fracasos corregibles, y al pesimismo, y á la negación, nuestro soldado, en cuanto sale del ambiente, y se purifica en el campo de batalla, y se recobra, tiene viejas eficacias y ostenta su mismo gesto de ayer. Aquí, y especialmente en otra guerra más popular, en una guerra cardíaca, donde fuéramos

no como invasores justos, sino como defensores abnegados, siempre descubre sus rasgos heroicos.

Aun así, ¿no habéis pensado en la conveniencia de formar un ejército de moros para las guerras coloniales, y para que sirva de auxiliar en otras guerras que ojalá no tengamos nunca, pero que acaso pudiéramos sufrir? Francia, Italia, Inglaterra nos han marcado el camino. Sobre todo, la primera, que tanto ha jaleado á sus senegaleses comedores de carne cruda, casi antropófagos...

Yo no creo, naturalmente, que España necesite echarse unos matonzuelos. Sus hijos, hasta el más refinado, y aun esos que se muestran pacifistas á ultranza, y á quienes guía un noble criterio, tal vez algo estridente, saben pelear cuando la ofensa lo impone y el interés lo exige. No sólo tiene España capacidad defensiva incuestionable, sino que tiene capacidad ofensiva bien probada. Las campañas de Marruecos, hechas casi sin tropas indígenas, lo demuestran. Pero, ¡cuántas ventajas las del moro sobre el europeo!

Y no es que sea más valiente. El caníbal huye como tímido y deleznable poetilla si ve que está de perder el momento. Eso no es óbice para comerse en chuletas al enemigo. El talento del enemigo consistirá en no dejarse vencer, y en tenerlo, guerrero peor, sin pertrechos ni orden, en la punta de las bayonetas.

No es más valiente, pero está más ducho; no

significa merma de brazos al campo y al taller, y su baja, aun siendo lamentable, no consterna en hogar alguno. Es voluntario, y si tiene familia, supo acostumbrarla con sus aventuras á la idea de morir.

Para nosotros es la cuestión de una facilidad y de una necesidad enorme. El moro de nuestra zona es un hombre nacido para el combate, y es, además, un gran entusiasta de nuestro carácter, de nuestro sistema, de nuestro mando. El cerebro español, tan ágil, tan psicológico, se apodera en seguida del recluta. Algo genialmente instintivo conduce al oficial á un tacto medio, á un método ecuánime, que inspira cariño y respeto. Un regular, servidor antiguo con las mehallas francesas, decía recientemente:

—Franceses no gustar. Estar fríos. En fuego dejarnos ir delante. Españoles ser mejores. Yo tener que tapar á mi teniente. Y él no dejarme y marchar primero.

Yo, claro está, no creo que el oficial francés sea tímido. Afirmar esto sería incurrir en la misma pueril extravagancia en que incurren los periodistas franceses cuando nos juzgan á nosotros. Pero esas frases del regular, indican una mayor simpatía, una compenetración más intensa, una sumisión más absoluta. Aquí nuestros oficiales están orgullosos de mandar sus tropas indígenas, y éstas, de ser mandadas por ellos. Brota la confianza inmediatamente, y ese lazo de unión, tan

íntimo, tan sutil y difícil, pero tan enorme cuando prende, que debe unir al jefe con el subordinado, establécese con pronta celeridad y apretada raíz.

Sí, lector, acaso el objetivo más interesante —fuera de la adquisición vital de una nueva frontera mediterránea—que podemos trazarnos en Marruecos, sea la recluta de 50.000 hombres que nuestra zona puede aprontarnos, rápidos, ágiles, de fácil transporte, existentes casi en la Península, y que pueden formar una estupenda, formidable, épica legión para un día de peligro nacional.

Un ejemplo.

Estuve, no hace mucho días, en la imposición de condecoraciones á los regulares. El acto resultó muy hermoso. Formados los veteranos morenos, los aguerridos, el teniente coronel los hizo maniobrar. Estaban orgullosos, y tenían un espíritu extremado, y sentían el gozo de lucirse. Después, un comandante muy culto, el señor Cuevas, leyóles en árabe admirable y hermosísima arenga. Se impusieron las cruces bien ganadas. Luego desfilaron al son de sus chirimías, correctos y alegres, ganosos ya de tornar á combatir. ¡Si en vez de mil, fueran una legión! ¡Y es tan fácil tenerlos, y se hallan tan á gusto bajo el mando exquisito de sus oficiales!

Voy á contaros una reciente anécdocta que os

revelará esta honda simpatía que nuestra Patria les sugiere:

Un día se presentó á su capitán, Embarec-bec-Mesand El Hihi, soldado negro, hércules del Sur, que tenía sesenta duros ahorrados, y que, tras varios meses de ausencia, quería visitar á su «mujera» y á sus hijos.

—¿Tú darme permiso ver «mujera»?

—¿Por cuántos días?

—Yo volver pronto. Ir Tánger, llegar casa, estar un día y venir.

Accedió el oficial; pero dándolo por ido y acabado. ¡Cualquiera hacía tornar al combate á un hombre que tiene sesenta duros, que no ha visto á su señora en largos meses, y que ha de hacer un viaje arduo, penosísimo, á la ida grato, pero á la vuelta, sin finalidad sentimental.

Se alejó Embarec-ben-Mesand El Hihi, inmenso negro, con sus ojos de acero fulgurante, su bocaza enorme y su zarcillo en la oreja. Y al verle ir, se le despidió quizá para siempre. Era una baja de amor, de cansancio, de fatalidad.

....

Pasaron cuatro días. Embarec se presenta. Viene gozoso, como de una triunfal escapatoria difícilmente lograda.

—¿Qué ocurre? ¿No te marchaste, Embarec?

—Sí. Pero llegar Tánger, cogerme franceses y decirme que fuera con ellos. No dejarme pasar sin alistarme, y escapar yo.

Es decir, por no irse con Francia, en cuyas filas le darían su premio de enganche, y en las que habían de acceder á su pobre deseo amatorio, renunció Embarec, no ya al oro, sino al hogar, á la negra de su corazón y á los hijos de sus entrañas.

—¿Lo ve usted?—me dice el oficial que esto refiere á mi admiración.

—¿Dónde?

—Allí. El ranchero... Ranchero ahora, que cuando suenan tiros es una fiera. ¡Aquel, aquel negro!

Y miré al coloso. Prendíale fuego á la cazuela donde cocería el yantar absurdo y bárbaro de los marroquíes; yantar de tribu, de festín legendario; guisotes con sebo de carnero y especias terribles que levantan ampollas y que os hablan de un estómago contemporáneo del manmut. Tenía las piernas desnudas, y sobre su lar, agachado para atizar las brasas, parecía un monstruo en aparición. Nosotros lo contemplamos un instante. Cuando se dió cuenta de que su capitán lo miraba, interrumpió su obra para sonreirle. Y al sonreir, en una sonrisa de amor, enseñó unos amarillentos, deformes y terribles dientes de hiena.

Mohatar ben Boasa.

—Ha llegado Mohatar ben Boasa. ¿Quiere usted verlo?

¿Cómo no saludar al héroe? ¿Cómo no saludar

al mastín de Marina, á su fiel escudero, á su espolique admirable, á quien veló su dormir en la tienda de campaña, y á quien ha tendido con su certero fusil á varias docenas de aduares?

La historia de Mohatar ben Boasa es recta y segura, como es siempre la vida ejemplar de los hombres sencillos y buenos. Fué nuestro adversario. Cayó prisionero un día. Y allí vió que los españoles tenían el corazón magnánimo; que perdonaban y disculpaban generosos; que venían á Marruecos para ensanchar su civilización, una civilización más inteligente, y que no mataban por goce, ni eran crueles, ni perseguían al moro en su religión, en sus costumbres, en su hacienda, en sus amores legítimos. Mohatar ben Boasa vió esto, quedó agradecido y se hizo españolista. Y se hizo españolista sin concupiscencia. Nos ha prestado servicios valiosos, exagerados, personalísimos; con una perseverancia y una lealtad inmensas, y disfruta una cruz de cincuenta pesetas mensuales. En el campo, actuando de bandolero, con su corazón, su valentía y su arrogancia, ganaría más; pero sería más bellaco, y no se llamaría Mohatar ben Boasa.

Veréis á Mohatar en tres momentos.

Hace ya muchos años. El teniente Cogolludo, para estudiar la cuestión marroquí, para ver con qué gente ha de luchar nuestra nación, tiene pensado vestirse de moro, incorporarse al Roghi, ver á los rebeldes, marcharse después con las mehallas

y observar también cómo pelean los fieles del Sultán. La hazaña no es baladí. ¿Verdad que tiene prestigio de reconquista y habla de una España histórica y solemne? Ir solo, por una tierra extraña y salvaje, fingiendo, disimulando, combatiendo, en suma, para morir, tal vez sin testigos, en una sorpresa. Es hazaña que conmueve y que asombra.

Para consumarla necesitaba un guía, una contrafigura indígena, que hablara en moro sin acento español y evitase recelos, y en la que apoyar, en fin, los dos flancos de una reyerta.

—Mohatar, ¿quieres acompañarme?

—¿Adónde?

—Por todo Marruecos. Yo me fingiré moro. España debe conocer á esta gente.

—Quiero.

Poco después, con sendos fusiles, aquellas figuritas aventureras y maravillosas cruzaban los campos marroquíes, y dormían bajo la luna, y comían lo que se presentaba, y bebían en los arroyos, y Cogolludo fué, en Zeluán, médico del Roghi, un médico de Infantería, que sólo administraba quinina y aplicaba sublimado corrosivo. Siguieron después el romántico viaje, para ir en busca de las fuerzas sultanescas. En el Muluya, una emboscada, tiros que surgen, la sorpresa que adviene fulminante. Y entonces hinca rodilla en tierra Mohatar ben Boasa, y haciendo fuego con su certero fusil, permítele al teniente vadear el río y poner á salvo, no ya una vida, sino una labor,

unas notas, unos apuntes que á España le interesan.

. . . .

Cuando llegó la guerra de 1909, Mohatar ben Boasa presentóse al general Marina, cuya figura le había fascinado.

—Yo querer ir contigo siempre.

Y el general no supo resistir la nobleza de aquella súplica, y Mohatar, vestido á la española, recorrió con el caudillo todas sus huellas triunfales. De noche, cuando se recogía el general, su mastín se acostaba á la puerta de la tiendecita, con el fusil cogido. No había manera de hacerle descansar en otro lado. En Taxdirt, viendo cómo algunos audaces tiraban sobre su general, tendióse en tierra, y uno á uno, parco, seguro, fuélos tumbando á todos.

. . . .

Hoy se ha presentado en Tetuán, sin que nadie lo llame, Mohatar ben Boasa.

—¿Tú aquí?

—Yo saber que el general sale al campo y venir para seguirle.

En Melilla se ha dejado Mohatar á su mujer y á sus hijos, hijos que hablan español, y á los que cría para servir á España. A su costa, voluntario, sin decírselo á nadie, subió al barco y se hizo conducir á Ceuta. Vino á pie. Se presentó al general.

—Yo querer acompañarte.

Y aquí está, silencioso, bueno, fiel y leal como un mastín de raza, puro y honrado como un árabe antiguo, este ilustre rifeño, que merece todas las recompensas, y que sólo aspira, como ilusión única y suprema, como triunfo supremo y único, á echarse, así que llegó la noche, á los pies de un general español que lo ha fascinado.

....

Encontramos á Mohatar en el tabor, comiendo su arroz y su carnero, sentado en una almohada, descalzo, y ante la cazuela. Se levanta para saludarnos y darnos su mano fidelísima. Luego, indiferente, sigue yantando sobrio.

Yo estoy un instante contemplaudo aquella faz inaudita. Es una faz aristocrática en su estirpe, faz curtida, flaca, en óvalo hidalgo; con una curva nariz y unos ojos serenos, penetrantes; ojos de lebrel, ojos de valor y de serenidad y de juicio profundo y de buena hombría. Mohatar va pinzando sus cachitos de carne y va sacando sus cucharadas de arroz de una manera pulcra, sin avidez, sin melindre. De vez en cuando le pregunta algo el capitán que me acompaña, alza su cabeza con un gesto de seguridad respetuosa, y responde sonriente. Después, con una cierta espiritualidad púdica, sigue comiendo á pedacitos, sin ansia. Termina. Le traen una jofaina y un búcaro. Se lava las manos y se enjuaga los dientes. Luego, dando por acabado su festín, retrépase, y nos mira con alegre actitud, como si nos llamase ami-

gos. Pasado un momento concurro yo á una escena pequeñita y emocionante, de soberana grandeza; esos momentos que nos hacen felices y que nos desquitan de cuantas amarguras hácenos padecer la humana mezquindad.

Pasó un buen rato, y el té no aparece, el clásico té, el imprescindible para los moros, el único vicio de una raza que, por regla general, ni fuma ni bebe.

—¿No tomas el té, Mohatar?—le pregunta, extrañado, nuestro acompañante.

—No.

—¿Y eso?

Mohatar ben Boasa permanece callado un instante, como chicuelo sorprendido en una diablura. Sonríe con vacilación, con irresolución. Y, al fin, tímido, y como ruboroso, dice...:

—¡Ya lo tomaré en el Fondak cuando vaya con el general Marina!

—¿Es un juramento no tomarlo antes?

Y Mohatar se pone más colorado aún, se rasca un pie, y dice que sí con la cabeza.

¡Nuestros!

Ventílanse complejos problemas en el mundo. Por desgracia, la humanidad no es pacifista. Esa intelectual y romántica aspiración del sosiego, que pretenden muchos, al que propenden los Gobiernos, y por cuya realización se hacen, en definiti-

va, las alianzas, no es más que un proyecto. Atavismos ancestrales, y, sobre todo, competencias mercantiles, y aun aspiraciones á la hegemonía étnica, pueden, tal vez muy pronto, acabar con un bienestar, llamado, por su indecisión, equilibrio. Ocupamos un lugar de contienda y de táctica. No podremos sustraernos al torbellino. Ni sujetos á la «entente», ni menos, sueltos y sin relaciones amistosas. Más débiles que otros, aunque tampoco indefensos, tal vez se elevarán ojos rapaces sobre nuestro país. En espera de tal momento, debemos vivir apercibidos. Apercibidos no sólo militarmente, que no es otra cosa el Ejército que una mano combativa que debe recibir su vigor del campo y del taller. La obligación inminente de hacer Patria, de unirnos en un esfuerzo heroico, de no aborrecernos, de ayudarnos colectivamente, de intensificarnos y purificarnos, nos llega imperiosa. En unos años hemos de realizar lo que no pudo realizarse durante un siglo de malaventuras. Hagamos nación en España. Y aquí, hagamos España también, y acaso como finalidad más práctica, fácil, útil, disciplinemos á 50.000 moros, á estos hombres que, como Mohatar y el negro Hibi nos aman ya en la raíz de sus almas buenas.

Para el supremo día, ojalá no llegado nunca, pero tal vez inevitable, de las grandes hecatombes europeas, ¿será baladí una vanguardia de leones, un ariete de carne rifeña guiada por el espíritu español?



ASPECTS Y RINCONES

Comiendo á la moruna.

—El gran visir los ha invitado á comer.

—¿Dónde?

—En su casa. Esta noche, á las siete, irá un esclavo en busca de ustedes para conducirles allá.

Y, en efecto, á la hora consignada, un negro, provisto de farol, se nos acerca y nos dice por señas que le sigamos. Lo hacemos al través de varias callejas laberínticas, esquivando charcas, procurando no rozarnos con esos mendigos atroces que se rascan según caminan y que tienen en sus pobres cuerpos todas las miseriaa; atravesando cien arcos morunos, metiéndonos en la obscuridad pavorosa de callejones que parecen antros. Al fin, en uno sin salida, hay un claveteado portón, y dentro, un patio con su fontana, sus columnas y sus azulejos. A la izquierda, sentado en el suelo, enorme, entre dos velas, como en un catafalco, se halla el gran visir. Dos negros vienen y van disponiendo el condumio, atareados y sumi-

sos. No hay en toda la casa otra nota europea que nuestro estupor.

—Hagamos penetración pacífica—le digo al artista, después de saludar á nuestro amable anfitrión y sentándome con las piernas cruzadas sobre la colchoneta—. Hay que encontrarlo todo admirable, y hay que sentir gratitud por este ágape inaudito. Por lo demás, ¡qué diablo!, no se come todos los días con un gran visir.

A los pocos instantes, y cuando ya hemos agotado la conversación (el visir habla, y nosotros, sin entender jota, sólo decimos: «bara-ca-laufit», «bara-ca-laufit», es decir, «gracias», «gracias»), aparece, providencial, el doctor Belenguer. El doctor se tiende sobre la alfombrilla, juega con su almohada de una manera garbosa, y habla con el visir en una estupenda jeringonza de haches aspiradas.

—¿Qué dice su excelencia?

—Dice que comerán ustedes á lo moro, que no ha querido poner nada europeo.

—Contéstele usted que se lo agradecemos infinito, y que sería una lástima adulterar con banalidades extranjeras el encanto de su comida árabe.

Dicho lo cual, y ocurridas más de veinte reverencias, prodigada nuestra solicitud, y trocados en zalema viva, surge la primer vianda.

Trajeron una bandeja enorme. Sobre la bandeja puso el esclavo una torta apelmazada y á medio

cocer. Luego plantificó unos hierros punzantes que tenían clavadas unas especies de morcillitas en la punta. El aspecto de las morcillitas no era tranquilizador. Expandían un terrible olor á sebo, eran de carne picada y machacada por manos de cocinera tetuaní. Yo las miré como el reo á la hopa, me santigué por dentro y me resolví, heroico.

—Faltan platos, cuchillos y tenedores—le dije á Belenguer, buscando ya, con un estoicismo sublime, los cachivaches de mi ejecución.

—Aquí se come con los dedos—respondió Belenguer, hincando sus dientes en una morcillita que había desmenuzado entre índice y pulgar.

Y como la sencillez del procedimiento me convenciera pronto, dime harta maña y mondé en menos que se reza una Salve, tres hierrecitos puntiagudos.

—No está mal—argüí.

Realmente, no había sido lisonja. Era un plato de las covachuelas, plato de Madrid antiguo, de terraplén... Y yo, ¡pardiez!, fuí siempre madrileño abnegado.

Hubo después unos pichoncitos. Navegaban en un mar de salsa, y parecían muy blandos y muy suaves. Yo introducí un migote en el condimento, y probé algo maravilloso, entre grasa de recental, almendra y cominos.

—¡Cómo sabe á Marruecos este guiso!—le insinué á Ramón Alba.

Y es verdad. Sabe á lo que huelen las calles.

Rima con el abigarrado conjunto. Si se pudieran comer mujeres moras, tiendas moras, soldados indígenas, arcos y callejuelas tetuaníes en un perol enorme, tendrían este mismo gusto.

Yo me había retrepado un poco. Entonces, el amable visir, que me vió vacilar, tuvo conmigo una gentileza. Metió su mano bondadosa entre los pichones, los revolvió para buscar el más tierno, quebró una patita, y me la entregó sonriendo cariñosamente. Mojó después un migote, y repitió el obsequio. Comí. Alba, más inteligente que yo, sin necesitar ayudas, había empuñado ya un avecilla, y desnudaba su esqueleto con todo el empaque aristocrático de un sultán.

Carne azucarada; un dulce rociado con agua de azahar; el té...

Charlamos un momento. Después, á insinuación de Belenguer, nos despedimos del gran visir, haciéndonos lenguas de su grata comida, y muy sinceramente de su cortesía y de su hospitalidad.

Patria, si algún día cometo algún error, sabrás perdonármelo. Tengo en mi haber la inmolación del estómago.

Boda hebrea.

¡Luna Garzón!

Está sentada en un alto sitial, viste sacerdotal indumentaria, ostenta una tiara salomónica, lucen

dos enormes cirios á su diestra y siniestra, y conserva cerrados sus ojos, desde hace veinte horas hasta que los esponsales hayan terminado.

Hierven los invitados en la casita nupcial. La suegra y la cuñada también visten hábitos antiguos, hábitos de Rebecas y Susanas. El novio, á la europea, lleva una especie de sobrepelliz sobre los hombros. Llega el rabino. De una de sus buchacas extrae un papelote escrito con caracteres judíos, el contrato matrimonial, y lo canturrea mientras sorbe con frecuencia el vino de un vaso litúrgico. Diez mujeres solteras lanzan de vez en vez unos grititos largos como gorjeo de canarios-flauta. Hay un cambio de anillos. Después bebemos los invitados en el vaso litúrgico, vaso que pasa de mano á mano y de boca á boca. La novia, Luna Garzón, hermoso y magnífico ejemplar de estirpe clásica, sigue muy grave, muy tétrica, como amortajada, con los ojos cerrados. El padrino, frente á ella, bebe también un sorbito cicatero. Después, sacando una llave enorme, rompe el vaso, cuyo vino se derrama en un sacrificio simbólico. Las mujeres vuelven á gorjear. La cuñada y la suegra llevan en procesión á la desposada, con su vanguardia de cirios y su cortejo de cánticos. Abre, por fin, Luna sus ojos y los pasea estupefactos por la estancia. Yo, entonces, hago una pregunta de curiosidad:

—¿Son muy antiguas estas ceremonias?

—Sí.

—¿De qué tiempo? ¿Se hacían en Judea, en los siglos clásicos?

—Algunas. Otras son de Castilla la Vieja. Por ejemplo, la ruptura del vaso con la llave, es una tradición castellana que seguimos los hebreos. El griterío de las mujeres fué también una costumbre de Burgos, Palencia y Salamanca.

No han podido menos, lector, de conmoverme estas frases. Nosotros, hace ya varios siglos, arrojamos á los hebreos del territorio nacional. Después, quemamos á los rezagados, á los simples judaizantes. Ardieron las piras extinguidoras del espíritu mosaico. Era para sentir horror por nosotros, para aborrecernos, para increpar el solo nombre de España; y, sin embargo, aquí, y no aquí, en Salónica, en plena Turquía, los descendientes del éxodo, quienes fueron perseguidos y estuvieron sujetos á la cautividad más abominable; en quienes, además, se perpetró, no ya un delito de conciencia y un atentado á las fraternas, piadosas enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo, de Jesucristo el pío, el benevolente, el sin hiel, el sin odio, sino un atentado de lesa patria, ya que fué aquello la extirpación de nuestro espíritu mercantil; quienes tal padecieron tienen á gala llamarse Toledano, Garzón, se nacionalizan españoles ahora, al amparo de nuestra moderna liberalidad, y cuando se casan, en estos instantes supremos de la vida, usan del viejo ritual castellano, y recuerdan con amor á Burgos, á Palencia, á Salamanca...

Algo muy grande, superior á las desdichas políticas, más intenso y más hondo que las observaciones inquisitoriales de ayer y que las aberraciones administrativas de hoy, debes tener, España, cuando no sólo perduras tras de tanto error, sino que aun hoy los ojos cerrados de Luna, esta hebreíta que se parece á María de Magdala, se vuelven hacia ti al abrirse en el día fragante de sus desposorios.

El jalifa en la calle.

Todos los viernes sale Su Alteza Muley I á la gran mezquita para santificar el día festivo.

El acto es sencillo y pintoresco. La callejuela del jalifato se halla tomada por los soldados del tabor. No los mandan entonces, para darle al momento un carácter más indígena, oficiales europeos, sino que los manda el único teniente moro del tabor, un admirable veterano que da en árabe sus órdenes.

Cerca, se coloca una banda de música, para ofrendarle la Marcha Real á este principito. Hay mucho sol en los aleros, y mucha sombra, una sombra azul en la estrecha calle. Se ven azoteas blanquísimas; unas moras allí, tapadas, pusilánimes, curiosas, y una palmera esbelta, derecha, tropical, que emerge y descuella sobre todo, y que se recorta sobre un cielo siempre de verano. Sale primero el gran visir en lo alto de su mula. A

pie, le siguen los ministros, con sus secretarios, y el bajá, grueso y orgulloso, con su aire perdonavidas, sus vestidos inmaculados, sus medias y sus babuchas caras. Salen dos caballos de respeto. Luego, en un gordo alazán bien cebado, y sobre una montura lujosísima, regalo de D. Alfonso XIII, enigmático y siempre interesante, va el jalifa. Un negro lo cubre á su lado, con un largo y rojo quitasol. Vibra la Marcha Real. El tabor presenta armas. Se oye, en lo alto de la gran mezquita, la voz africana, fatalista y terrible del faquir:

—Sólo Dios es Dios. Mahoma es su profeta. Venid á orar, venid á rezar. Sólo Dios es Dios.

Una mora, ¿bonita quizás?, se asoma con infinita, suprema timidez al minarete. Prosternanse los hombres cuando pasa el cortejo. Hasta nosotros mismos advertimos una sensación de inquietud en el alma y un anhelo confuso de no sabemos qué misteriosa complejidad. Se mueve un tantito la palmera, batida por un aire, un aire largo y suave, soplo de brisa. El sultancito de la tez morena, entre las bayonetas españolas, acude á la mezquita para rezar en su Corán. Se amalgaman cien cosas divinas en el espíritu. Cuando vuelve á pasar el jalifa, ignorando el por qué, nos descubrimos respetuosamente.

«**Paloma**».

El teniente de regulares indígenas don Gonzalo Moreno tenía una perra. La perra era una irri-

sión. Ruin, desmedrada, sucia, feísima, había salido nadie sabía de dónde. Moreno la había cobijado por misericordia.

—Pero, ¿qué idea te ha dado? ¡Si es un chucho indecente!—le decían sus compañeros de armas, mientras quizá alguna vez, zapeaban al animalejo de palabra y aun de obra.

—No te presentes con eso en España. Creerán que estás loco.

—Como regalo para un enemigo estaría muy oportuna.

Había un verdadero tumulto de camaradesca ironía siempre que aparecía el teniente Moreno seguido de su gozquecillo miserable.

Pues bien, como sabréis, el valiente oficial pereció durante una reciente batalla. Hoy, el gozquecillo miserable se ha trocado en el objeto de todos los mimos y en el imán de todas las simpatías. Nadie sabe por qué... Mas es el caso que todos se desviven por obsequiar al bichejo, que le han puesto una cama, que le arrojan suculentos desperdicios y aun sabrosos y tiernos pedazos de carne, que al verla llegar dando brincos, son muchas las manos que se le tienden para hacerle una caricia, y muchas las voces que le dicen:

—¡Hola! Pues no es fea, ¡qué demonio!, la perrita. ¡Vaya, pues si es muy graciosa! ¡Ven, ven aquí, pobrecita... ven!

Lírica mora.

Cuando había Sultanes en Tetuán y florecía la ciudad aristocrática, refugio de adalides granadinos, cuna de familias nobles, emporio de cultura y de arte, existió cierto lindo adolescente, rico y venturoso, letrado en coránica sabiduría, tan bien quisto de las musas como favorecido por la suerte y por la Naturaleza.

Una tarde en que había subido á la azotea de su casa el apuesto Aliatar, quedó prendado repentinamente. Allí, en otra azotea lejana, con su divina faz al descubierto, una virgencita núbil, púdica y casta, cuyos ojos semejaban estrellas, dejóle transido de amor. Columbró la figurita hechicera; la miró un instante, fascinado; advirtió en ella un rebullimiento de sorpresa y de ansia, como si también quedara cogida por el mismo lazo.

—¡Alma...!—suspiró hacia la gentil.

Después, asida brutalmente por su padre, golpeada con gesto vengativo, vióla salir de la azotea. Al día siguiente, según atardecía, volvió el moro á su puesto. Y volvió un día más, y diez, y veinte... Y la figurita seductora y amada, la figurita deliciosa, no tornó á surgir.

—¿Qué te acontece?—preguntábanle al triste sus amigos—. ¿Qué pudo sumirte en la melancolía? ¿Una mujer acaso?

Y el moro agachaba su cabeza pensativa, y exclamaba en un tono gemebundo:

—Sí. Una mujer.

—¿Cómo se llama?

—Lo ignoro.

—¿Quién es?

—Lo ignoro.

—¿La ves? ¿La hablas?

—La ví una vez, y no torné á admirar su belleza. Por contemplarla un instante me dejaría arrancar el corazón. Por verla, por verla cerca de mí, por asomarme á sus divinos ojos, daría la vida cruel y horrible que me aguarda.

Un día, enloquecido Aliatar, rompiendo las costumbres patriarcales, y dispuesto á todo, aprestó á sus criados y forzó la puerta de aquella mujer.

—¿Dónde vas?—preguntóle un viejo que hallaron en la casa, y que sonreía enigmático.

—En busca de la felicidad. ¡Vengo por ella! ¡Dámela ó te mato!

Y entonces el viejo alzó sus dos manos, y señalando á la altura, exclamó:

—Ya no me pertenece. Es sierva del Rey. En el harén del Sultán vive para mi orgullo. Corre á buscarla si tienes valor.

Sumió esto al enamorado en la desesperación, en la vesania. No reía nunca. No comía. No acudía el sueño á sus ojos. Había enflaquecido, y paseaba solitario por los jardines lleno de cansancio y de angustia. Y su tristeza hízose popular en la ciudad sagrada. Y era comentada al igual que se glosan los sortilegios. Y el Sultán, un Sultán be-

névolo y extraño, que á la sazón ocupaba el trono, enterado también de aquel hechizamiento y sabedor también de las buenas prendas que adornaban al mozo, de su prudencia, de su valor y de su sabiduría, tuvo una concesión inusitada:

—¿Afirmáis que daría, gustoso, la existencia por verla una vez?

—Sería su felicidad única.

—¿No serán pasajeros engaños de poeta?

—Es una realidad, señor. Muere de pena sin contemplar las estrellas de sus ojos. Viéndola una vez, fenecería contento.

—Bien—añadió entonces el pío monarca, el buen rey misterioso, indulgente—; decidle que venga mañana á palacio. La verá, y será muerto.

Y fué así. Al día siguiente, ataviado con sus preseas más lujosas, á lomos de su caballo, provisto de su cítara amatoria, ebrio de sobresalto y de ansiedad, llegaba el enamorado al palacio del Sultán bienhechor. Mil cabezas serviles se inclinaron á su paso furtivo. Un esclavo silencioso le condujo al jardín. Miró. Estaba solo. Entonces tañó Aliatar su cítara de poeta, y entonó una casida epitalámica. Se oía cantar á los pájaros y barbotar á las fuentes. De pronto ella, ¡ella!.

Había aparecido en el fondo lejano del jardín, como un átomo, imposible; cual una esperanza que asoma y no llega. Sus piececitos breves avanzaban, sin embargo, y la muy adorada, la muy fascinadora, parecía acercarse. Vió sus ojos, y

eran dos luceros. Vió su carita de niña, y era un sol. La vió ya cerca de sí, y al verla, cayó de rodillas, deslumbrado, suspenso de aquella inefable aparición, feliz como jamás lo fuera hombre alguno, en éxtasis, en un transporte de suprema dicha. En una ventana, el Sultán, un Sultán entre bueno y canalla, como Luis XI, reía sarcástico. La esclavita de soles en el rostro; la zalamera, llevaba un veneno para el enamorado. El Rey mismo se lo entregara con su mandato imperativo.

—Dale de beber, y en la bebida confunde esta pócima.

Permanecieron juntos un instante. Se oía gorjear á los pájaros y barbotar á las fontanas.

—¡Te adoro!

—Pasó una ráfaga de viento que trajo tal vez el eco vago de una carcajada.

—¡Te adoro!

Reía todo en el jardín. Encendía la primavera sus ímpetus. Un rosal abierto expandía su perfume.

—¡Te adoro!

—Yo te adoro también, que fuiste leal y me ofreciste la vida. Yo te querré siempre, y será este amor el ataúd en que yacerá mi alma. Bebamos, Aliatar. ¿Querrás beber el agua de mi alcarraza? Yo la cogí para mi amor.

Y bebió el inocente. Pero no había sorbido veneno, que la enamorada, incapaz de realizar un crimen y un suicidio, no había emponzoñado el

agua de su alcarraza traidora. Y estuvieron aún algunos minutos hablando con frenesí de sus amores. Y absorto el Sultán, mandó un esclavo á repetir la orden. Y bebió por vez segunda el poeta. Y otra vez no arrojó ella su veneno. Y por fin, colérico el Sultán, irritado por la ineficacia de su venganza justa, trémulo de ira, mandó que llevasen á la vil y que asesinaran los soldados al inicuo.

Manos violentas arrastraron á la seductora. Conforme la figurita se iba empequeñeciendo, Aliatar perdía el sentido, la visión... Ya no era más que un átomo. Ya no era más que una lucecita lejana. Ya se iba, ¡se iba para siempre!...

Cuando llegaron los soldados con sus alfanjes prestos, era tarde. Estaba muerto el enamorado. Y al verlo tendido, exánime, creyeron ellos, y pensó el Sultán, vulgares, sin poesía, incapaces de amar y de morir por amor, ¡que lo había matado el veneno!...





CABOS SUELTOS

La cuestión Luque-Primo.

No quise tocar adrede este asunto. Cuestión netamente particular, y de ninguna importancia colectiva, ¿para qué darle público estado, faltando además á compromisos de tácito deber? Que no es éxito de periodistas decirlo todo, sino tener aquella lógica medida y tacto bien hallados con la prudencia y el justo límite.

Pero se ha desflorado ya periodísticamente el asunto, se lo ha hecho popular, y, sobre todo, se ha exagerado grandemente. No faltó hasta quien dijo que habíanse suscitado protestas unánimes por la concesión de premios, y no faltaron rumores que dejaron traslucir enorme malestar entre los oficiales en campaña por el resultado de las recompensas.

No hay tal cosa. Mermadas vinieron éstas, y sutil fué el alambique por donde pasaron. Aun así, nadie ha dejado escapar una sola palabra de inquina. El oficial no lucha por sus cintas, sus cru-



En casa de Hamed Torres, Antón del Olmet avizora á Mannesmann, y le dice: «También España es europea».

ces, su pensión. Estos agasajos, cuando son merecidos, placen. El ideal, más noble y exquisito, es otro.

Los términos de la cuestión son, pues, reducidos. Limítanse á dos telegramas cruzados entre el teniente general señor Luque, ministro de la Guerra, y el señor Primo de Rivera, general de brigada.

¿Qué dicen esos despachos? El del señor Luque algo así: «Felicítole por cruz Mérito Militar y le abrazo.» El del señor Primo de Rivera, algo semejante á lo siguiente: «Suplícole se abstenga de felicitarme y de abrazarme.»

Esto ha dado lugar—me parece á mí—á una sumaria que incoa el señor García Menacho, sumaria poco alarmante, y de la que bien escaso resultará. A lo sumo, el general Primo de Rivera, por haber tenido «una réplica desatenta á superior», habrá incurrido en lo penado por el artículo 335 del Código de Justicia militar, con reprensión privada. He aquí todo.

Yo he leído en algunos periódicos furibundas inculpaciones contra este brigadier. No me parecen mesuradas. Es un militar que ha combatido en las cinco partes del mundo, que tiene una brillantísima historia, que derrocha su vida en un constante alarde muy eficaz para mandar batallones, y que si obtuvo rápidos ascensos, no los alcanzó en negociados ni con intrigas, sino en España, en Filipinas, en Cuba, en Asia, en Marruecos, frente á

las balas. ¡Benditas sean las rápidas carreras de Burguete, Silvestre, Berenguer, Primo, Cavalcanti! Prueban que hay jugo y vitalidad en la raza española. Cuando yo veo á un general mozo y á un catedrático joven, me huelgo como español, y le pido al cielo grandes avalanchas así...

Pero ¿es que Don Miguel Primo de Rivera, en este caso particular, ha delinquido, atroz?

Don Felipe Alfau, anterior alto comisario, propuso al señor Primo de Rivera, lo ¡propuso!, tras de largos y entusiastas elogios, para general de división. El señor Luque—sin duda con intención excelente—no sancionó ese ascenso, no concedió siquiera la María Cristina; se limitó á la cruz del Mérito Militar. Esto fué acatado por el brigadier con todo respeto y voluntad sumisa. No le apetecía, por lo demás, dejar su brigada de Cazadores, á la que se siente unido como un espíritu á un cuerpo. Lo que sí pudo zaherir su ánimo fué aquella frase de «á petición del alto comisario se le concede la cruz del Mérito Militar», siendo ascenso lo que el alto comisario había pedido, y aquella felicitación y aquel abrazo, que pudo considerar el señor Primo quizá como una sutil ironía, un subrayado humorístico, una donosura intelectual del señor Luque. El general de brigada le debe á su teniente general obediencia, sumisión, respeto acendrado. Pero un general de brigada—supongo yo—podrá rehusar las caricias...

Tal fué la ya célebre cuestión Luque-Primo,

insignificante, levísima, que este cronista modesto no quiso tratar, y que hoy alude para poner á salvo la abnegación de unos valientes oficiales y el disciplinado espíritu de un gallardo brigadier.

Blocaos en Beni-Hosmar.

Esta mañana cuando me levanté, y lo hice tarde, pecador de mí, tuve mi pregunta cotidiana:

—¿Hay noticias?

—Sí; construyen unos blocaos en Beni-Hosmar.

—¿Hubo tiros?

—Algunos.

Nadie puede seguir en Tetuán los planes del caudillo. Sagaz y prudente, como conviene al mando, veda sus decisiones hasta el instante oportuno, y no se conocen las cosas hasta que han sido hechas. Así acontecerá con las operaciones futuras. Yo llevo aquí esperando largo tiempo. Mañana tornaré á Madrid para ocupar mi lugar humildísimo en las operaciones políticas y parlamentarias. Ignoro si el avance, caso de haberlo, será mañana, será dentro de un mes. El general, cumpliendo con uno de sus deberes más elementales, muéstrasenos hermético.

—¿No han terminado aún los blocaos?

—No. Habrá para rato.

Almorcé, y después de almorzar, tascando mi puro, fuíme á la aventura y á campo traviesa. ¿Por qué no ha de llegar un hombre civil á las

avanzadas, cuando debe cumplir deberes de profesión y tiene que informarse? Yo le tengo miedo, un miedo cerval, á caer en el ridículo. Me dejaría matar antes de apodarme héroe. Mas, ¿es uno por ventura hombre de otra raza, que no tiene derecho á contemplar la guerra sino en concepto de personilla inferior?

¡Cómo hedía en las inmediaciones de Tetuán! Corrí para ponerme á salvo. Luego, hallando á un pelotón de ingenieros que volvían con sus azadas y sus picos, les interrogué:

—¿Se va por aquí al blocao?

—Sí. Continuando ese camino.

Yo tenía ganas de seguir á pie estas veredas atractivas. En ellas se advierte el espíritu entero del campo marroquí. Chumberas, pitas, abrojales tétricos, una naturaleza de agresión que no ha dulcificado ni pulido el hombre. Cañaverales propicios al acecho. Arroyuelos taimados que corren sigilosos, bajo el liquen y el musgo, y que nos hundirían en su ciénaga. Rastro de brutalidad y de rencor por todas partes. ¡Bendita la mano de España que aquí hace una obra de paz y de belleza!

Sólo hay en todo el valle arisco una nota de candor. ¡Las aves blancas! Aquí se llaman de un modo prosaico: espulgabueyes... Son parecidas á las cigüeñas, y pululan entre el ganado bovino. Son útiles y excelentes amigas del buey. En ocasiones, dando una volada, se posan sobre los anchos lomos, y van limpiando de moscas, de tába-

nos, de garrapatas, de parásitos inmundos á los callados bueyes. Los bueyes y las vacas, enormes y apacibles, se dejan hacer, se someten, se entregan... Hay algo providencial y sabiamente encadenado en esta obra callada é inteligente de la Naturaleza.

He andado un buen trecho. Me hallo absolutamente solo. No veo soldados ni vislumbro atisbos de blocao. Estoy casi por iniciar la retirada. Pero me acucia el anhelo de asistir á la obra de nuestros infantes y de poder transmitiros una sensación vista de cómo cumplen con su deber. Oteo á un pastor.

—¿Españoles?

El moro me ha comprendido. Luego me dice una letanía de haches. Pero comprendo su mímica, le doy una peseta, hago con ello penetración amistosa, y sigo la ruta indicada. Al cabo, y tras de otro buen trecho, atisbo á unos soldados del tabor.

—¿Hay oficiales cerca?

—Ahí. Bajo ese árbol.

Llego. El comandante Cogolludo, el capitán Castillo, algunos más, platican.

—Hombre, ¿usted por aquí? ¡Ea, vamos á ver el blocao!

Cuatro fortines se han construído. Menos en éste donde me encuentro, no sonó un disparo. Aquí hubo resistencia, mentecata resistencia que acallaron las ametralladoras.

—Se nos recibió á balazos—dícenos el oficial señor Manzaneque—, pero las ametralladoras aniquilaron el fuego. Aún hay, de vez en vez, algún tiro.

—¿Lejano?

—De ahí mismo. Vea usted.

Nos asomamos por dentro del blocao y vemos á la otra orilla del Martín, un riachuelo de seis varas, los cañaverales del adversario y sus trincheras. Un poco más allá, á cosa de cien metros, vigilan, procurando ocultarse, los centinelas moros.

—¿No se les tira?—interrogo yo, perplejo.

—¿Para qué? Mientras ellos callen...

¡Qué bien se están haciendo las cosas en esta campaña ideal! ¡Qué sigilo, qué exactitud, que arrojo y, al mismo tiempo, qué prudencia!

Cuando salimos á la alambrada, aún están laborando los ingenieros en medir su talud y sus zanjas, y en apisonar la tierra. Se hallan sin amparo, á veinte metros de un enemigo oculto, que ha disparado durante la mañana entera, y que ahí está, acechando, entre las cañas. A cuerpo descubierto, sin pensar en las balas que hace un momento acribillaron los árboles, trabajan los soldados valerosos. El señor Manzaneque, mozo barbilampiño aún, se halla gozoso, lleno de alegría.

—Parece que está usted muy contento...

—Sí. He recibido mi bautismo de fuego. Salí oficial en Septiembre.

¡Y lo decía con orgullo tanto y satisfacción tan enorme!

—Qué, Antón, ¿vamos á la guerrilla?, ¿quiere usted que nos den unos tiros?

El capitán Castillo, al decir esto, ríe, simpático y noble, con su mirada marcial, y como si le animara una cierta burla contra el vil paisano.

—No hay ningún inconveniente.

Yo me acordé, un poco fanfarrón, de que soy español, hidalgo y poeta. Añadí:

—No se muere más que una vez. ¡Vamos!

Y allá nos fuimos. Hubiera sido carecer de vergüenza rehusar. Y ¡qué bonitas las ametralladoras, estas ametralladoras, que asombran y trastornan al moro! Y ¡qué maravillosa emoción la de contemplar estas escenas de trabajo patriótico, de abnegación y de veteranía!

Cuando regresamos no pude menos de felicitar á los oficiales. Han construído cuatro blocaos en escasísimas horas, á ocho metros del enemigo, bajo su cañón. Han tomado posiciones admirables. Ya será imposible que llegue una bala á Tetuán ni al campamento. Ya queda Beni Hosmar bajo los fusiles españoles. La pacificación de los aledaños tetuaníes es obra rematada con el hecho de hoy. Y todo, ¡con qué inteligente mandato y con qué ejecución exacta y ejemplar!

No puede uno menos de sentirse orgulloso viendo con qué sutil complejidad se realizan estos menesteres de sabiduría y de peligro.

Los aisaguas.

Constituyen una secta religiosa. Ayer he visto hacer aisagua á un niño de ocho días.

Era de noche. Cuatro músicos habían tocado y cantado la salmodia moruna que plañe por Granada, por el perdido «Andálus...» Oyóse después en la puerta un canto estridente. Después, un coro de voces hórridas. Se abrió la puerta y entraron los aisaguas con sus blandones encendidos, sus faces epilépticas, sus gestos de un misticismo bárbaro. Cantaron como furias durante una hora. Un loco hacía mentecateces. Yo sentía verdadero terror ante aquella escena demoníaca. El sacerdote cogió después al niño y le escupió en la boca. Ya era aisagua. Ya podía comer alacranes vivos.

—Pero ¿es cierto que comen alacranes?—pregunté.

—Sí. Aquel tan moreno—me responden—comió tres delante de mí. Los cogió con los dedos, se los llevó á la boca y los deglutió.

Creí que se me doblaban las piernas.

—Estos aisaguas son las fieras de Marruecos —añade mi interlocutor—. Son medio caníbales.

Seguían entonando sus cánticos atroces. Tremelucían los lirios. Como algo dantesco, formidable, aparecía el conjunto. Hombres rotos, de mugrienta indumentaria, ceño feroz, inteligencia primitiva, fanatismo trágico... Estos, éstos son los

que se juntan al resplandor de sus hogueras, los que predican el exterminio, los que llegan al combate llenos de violencia satánica, los poseídos, los endemoniados. Estos, éstos son la barrera infranqueable.

Al fin dejaron de rezar. Comieron luego un bodrio. La danza...

Imagináis á veinte salvajes dando alaridos, con los ojos desorbitados, moviendo sus testas colgantes, desnudas las piernas terrosas, epilépticos, morbosos. Yo he pensado en los bailes de la antropofagía, y los he creído realidad aquí, en esta casa recóndita del Tetuán ignorado. Cada ojo, cada boca, cada gesto, cada sacudida, cada trenza apeluznada, y eran cuadro de horror, algo entre Goya y Poe... Jamás, jamás sentiré una emoción de angustia y de asombro tan grande como la sentida ante estos aisaguas fanáticos, vesánicos, enfermos y terribles.

—¿Vámonos?

—Sí.

Y nos fuimos, aterrorizados, mientras seguían dando gritos.

Las callejas eran estrechas, con sus arcos hundidos, sus rincones, sus sombras. Rió una mora, sarcástica, no sé de dónde. Cruzó un perro y tropezó conmigo. El Marruecos trágico y horrible había pasado ante mis ojos. La obra redentora y ardua de mi país, había aparecido estupenda. El interlocutor decía de vez en vez:

—Son fieras, chacales. Una vez al año irrumpen en las calles de Tetuán con un carnero. Van dando alaridos. Cuando llegan al zoco, uno de los más significados le clava sus dientes á la res y la degüella como un tigre. Después le imitan los demás... A bocados desgarran al animalito, y se lo comen como una jauría. Visten de blanco, y van chorreando sangre. También se comen los perros, las ratas. Pero han de ser animales vivos.

Cuando llegué á mi casa y en ella me encerré, redimido y solo, me pareció que había despertado de un sueño macabro, de una irrealidad, de uno de esos viajes fantásticos y espantosos que realizamos por mundos increíbles á lomos de la calentura.





CATÁLOGO DE INICIATIVAS

Rasgo triste.

Para celebrar una noticilla fausta quise adquirir en Tetuán una botella de champaña español.

—¿Qué marcas nacionales tiene usted?—fuí preguntando tienda por tienda.

—Ninguna.

—¿Y eso?

—Sale más caro y resulta más difícil que el champaña francés. De Málaga á Ceuta, á Río Martín, llegan más tarde que desde Hamburgo los pedidos.

Las conservas, las ropas, los utensilios, los sombreros, el calzado, casi todo es extranjero aquí. No he logrado pillar una simple navajita de Albacete, siéndome preciso adquirir un infame serrucho alemán, infinitamente peor que nuestro clásico acero albaceteño. Apenas vi una botella de Jerez. Apenas unos lienzos catalanes. Lo demás trae marchamo inglés, francés, germano, argelino... ¿No es triste?

Recientemente fuí á Río Martín en excursión ecuestre para dar un vistazo por las Aduanas, y la impresión de melancolía fué mayor. Gracias al general, ya trabajan algunas horas nuestras oficinas. Pero aun así, falto aquello de almacenes, vemos tiradas las mercancías, las vemos pudrirse, romperse... Hay banastas de huevos que se cuecen al sol durante días y días; se perdieron en cierta ocasión 82 cajas de baldosas; con las lluvias se trocaron en plasta deforme varios sacos de harina; hay barcos que se van sin descargar; un vapor extranjero que tenía fijados tres días para hacer su descarga, estuvo aquí trece, y al marchar, juró el capitán, razonablemente, no volver á Río Martín...

Yo no quiero censurar á nadie por esto. Se ha tenido que improvisar. Es posible que nuestros funcionarios estén luchando con entusiasmo verdadero. Mas lo que sí digo, es que merecen estas cosas una pronta enmienda, y, sobre todo, que debe suprimirse cruelmente, violentamente, algo muy español, espeluznante, suicida, asolador, épico...: el trámite.

Verdad que parece burla.

Voy á pintaros un detalle simbólico...

Una de las dificultades más arduas que tenía el fácil despacho en Río Martín, consistía en la ausencia de barcazas. Sin muelle, los barcos, imposibi-

litados de atracar cerca de tierra, necesitaban, como es consiguiente, barcazas ágiles que trasladaran las mercancías á la playa. Había pocas. Pudiendo alijarse 300 toneladas por día, sólo se alijaban 60. Debían piafar los buques anclados. Era urgente, inminentísimo, procurar esas barcazas ideales que resolvieran conflicto de tal jaez.

Bien... Pues un día surgió el hombre providencial. Yo no le conozco ni sé cómo se llama. Tengo noticia solamente de que vino desde Málaga, nuevo Lohengrin, y que vino con una proposición tentadora.

—Yo me comprometo á traer inmediatamente cuantas barcazas sean precisas. Corren todos los gastos de mi cuenta. Y, además, le pagaré al Estado el 25 por 100 de mis ganancias.

Era un hombre estatuable, ¿no?

Pues bien, ese genio, ese semidios, ese ángel enviado por la Providencia, cayó en manos de la burocracia. Nuestro celoso delegado de Hacienda caló sus gafas, lo miró escrutante, y Argos supremo de la Administración española, replicó:

—Vayamos por partes. La cuestión no se puede acelerar. Tiene su trámite, su procedimiento.

Había temblado el hombre de las barcazas. Pálido, escuchaba con desolación al grave y sesudo legista. Un espíritu de curiosidad y de investigación lo animaba. Un Himalaya de legajos pesaba, fatídico, sobre su espíritu atarazado por el balduque.

—Preciso es—dijo luego de una manera muy administrativa—que me traiga usted las matrículas de esas barcazas. Será preciso conocer sus nombres, y ver si tienen algún censo, y observar si se hallan en buen uso, y practicar con ellas un calafateo, y que deposite usted una cantidad, y que informen siete negociados, y que dé su visto bueno el Maghzen.

Yo no creo que el Sr. Vela Hidalgo, un economista perfecto, haya tomado esas posiciones y se haya parapetado tan formidablemente sólo por el goce de impedir que lleguen barcazas y que se pudran las mercaderías. Es un hombre correcto, patriota, abnegado. Avido está de que todo se haga, y se haga bien. Pero es el caso, español, que aquel hombre inaudito, el hombre extraordinario de las barcazas, se marchó aturdido, y no ha vuelto.

Lo que debe hacerse.

Hay buena fe administrativa, y algunos españoles se van preocupando ya un poco de todo esto. Yo he sentido una satisfacción enorme al recibir frecuentes cartas de compatriotas, pidiéndome noticias sobre la introducción de productos españoles y sobre la conveniencia de realizar tal ó cual gestión mercantil. Modestamente, pero entusiásticamente, procuré documentarme y ayudar á estos hombres aventureros y esforzados que ha-

blaban de traer unas peseticas. Los catalanes, especialmente, se han convencido pronto de que nuestra zona marroquí puede ser venero de riquezas. Pero no es bastante. Hace falta que sacudamos un tanto la pereza nacional, que tengamos del dinero un concepto más amplio, que salgamos del miedo capitalista, y que los hombres civiles merezcan á sus conterráneos militares, acudiendo en valerosa retaguardia industrial.

Yo no soy partidario del quietismo, de la expectativa, de una protección inoportuna al inerte oro español. Aquí, lo fundamental, es hacer cosas, realizar obra de trabajo, convertir esto en un país de adelanto y empuje. Es preferible todo, todo, hasta que no haya cacho de tierra ni fábrica menuda perteneciente á españoles. Es preferible eso, á que siga, durante meses y años, viviendo su existencia de aduar. El aduar no es la patria. La patria es el ímpetu. Yo muchas veces he creído más españoles á los extranjeros que trabajan en España y dan de comer á legiones de obreros, y consumen productos del país, y añaden afluyentes á la recaudación y al presupuesto, que los nacionales tímidos, incapaces de acometer una empresa, tacaños del papel de oficio, reñidos con toda noble hazaña aventurera.

Es preciso que aquí se hagan cosas, muchas cosas, que se convierta la zona ibera en un gran centro fabril y comercial, y que se higienice, y se edifique, y se cultive, y se adelante, y llegue un

momento, momento posible y aun cercano, en el que, no solamente viva Marruecos de su vida propia, sino que sea un recurso para los gastos generales de nuestra nación.

Españoles que sabéis trabajar, verdaderos españoles de raza, ¡aquí tenéis el esfuerzo y el oro!

Obras á realizar.

De cultura:

Creación de una escuela israelita. En la «Alianza francesa» tenemos, para los judíos, una clase de español. No es suficiente. Esa clase vive como asfixiada. Hay que hacerla independiente y darle más amplios horizontes. Los hebreos, que nos deben su seguridad personal y hasta la alegría de sus caras y el sosiego de sus hogares, quieren ser nuestros. La escuela se llenaría pronto. El triunfo sería grande.

Enseñanza de peritajes mecánicos, electricistas, mercantiles. Hay una juventud hebrea y aun árabe á la que se podría educar con este camino tan moderno, y que han de irse á países extraños, de influencia francesa, para obtener esos títulos.

Educación hispano-árabe. Hay también una escuela, pero chiquita. Hacen falta dos ó tres más. Una «medersa», ó instituto moro, en la que se dieran enseñanzas elementales, sería de conveniencia enorme.

También hace falta crear una biblioteca de li-



Cómo se casan las hebreas.

bros españoles ó extranjeros, dedicados á estudios árabes para nuestros funcionarios. Es elemental que el funcionario español en Marruecos sepa dónde está. Y es elemental que estudie. Y para estudiar necesita de una biblioteca.

Administración municipal.

En este aspecto de las iniciativas tetuaníes se hace mucho. El Estado regaló 35.000 pesetas, y como el Ayuntamiento (digámoslo así) de Tetuán está bien regido, acábase de adquirir en Sevilla cuanto necesita una ciudad, para europeizarse un poco. Bancos, árboles para jardines, urinarios, carros de basura, faroles... Dentro de poco no hará Tetuán la sensación de repugnancia y de abandono que hoy produce.

Hace falta (y esto será un hecho muy pronto) fundar un barrio europeo, fundarlo, no demoler el viejo Tetuán pintoresco, realizando una obra de exterminio y de enemistad con los tradicionalistas moros... El barrio se hará en la explanada que hoy ocupa el campamento, se ensanchará una calle que partirá de la plaza de España, se abrirá en la muralla una salida, y allí se construirá una monumental puerta de sabor andaluz... Alguna divina puerta de Córdoba ó Granada servirá de modelo exquisito.

Hay que hacer una traída de aguas de Sampsa ó de Beni Salem. El agua que hoy se consume en Tetuán, es nido de bacterias, ha provocado infecciones y es causa de mil enfermedades.

Creación de un hospital civil, ya en vías de hecho, y para cuya realización mental y económica sólo falta adquirir los terrenos precisos.

Luz eléctrica. Hay ya dos concesiones.

Alcantarillado, el actual es muy primitivo. Existen filtraciones nefandas que llevan la muerte á los hogares tetuaníes, y, sobre todo, el cauce fétido se siente en las inmediaciones de la ciudad, bajo sus mismas murallas. Las carreteras de circunvalación son un asco, siendo preciso recorrerlas con la nariz tapada. No me explico cómo todavía no se ha desarrollado aquí una peste.

Fundación de un gran hotel, que atraiga al turismo. Esto es lo suficientemente interesante para excitar la curiosidad mundial. Lo que hace falta es facilitar la vida, y no tener al viajero convertido en paria.

Comunicaciones.

Un buen servicio de automóviles entre Ceuta y Tetuán, ahora en que está perfectamente garantizado el tráfico por la carretera, es elementalísimo. Creo que ya se está en vías de implantación, y constituirá un excelente negocio. Un tranvía eléctrico, de carácter urbano, entre Río Martín y Tetuán, obra esencial, decisiva, que asegurará los desembarcos y transportes y que facilitará el comercio. Y por fin, el pronto establecimiento del tren entre Ceuta y Tetuán, cuyas obras se aceleran y en las cuales trabaja intensamente el delegado de Fomento, señor Sans Soler.

Intereses agrícolas.

Sin esperar al dominio de otras comarcas, bueno será ir haciendo ensayos coloniales en esta vega de Río Martín, verdaderamente fecunda. Es una tierra de barbecho ancestral que está esperando la maquinaria moderna, y que producirá con viveza juvenil, vientre apto de una región virgen. La siembra de plátanos sería de una riqueza inaudita. La Cámara de Comercio tiene el excelente propósito de dividir en parcelas esta vega ubérrima, dárselas á españoles idóneos, que hayan demostrado ser buenos agricultores y gentes de pro, entregándoles á la vez, y con su gravamen mínimo, aperos y semillas.

Intereses industriales.

Podrían tener un éxito grande, fábricas de hielo, de materiales para construir, de salazones nacidas al calor de las ya concedidas almadrabas. Otras muchas industrias podrían obtener importantes rendimientos. Tabacos, cerillas, velas...

Intereses mercantiles.

Lo primero, lo fundamental, lo urgente que debe realizarse, es hacer que se cumpla el admirable espíritu de la ley de Comunicaciones marítimas, una de las buenas obras del partido conservador, adulteradas por el actual desconcierto, y que propende á facilitar el transporte por mar.

—Tardan más las mercancías desde Málaga, que desde Hamburgo—me dijeron el otro día.

Necesario es que los barcos españoles vengan

directos desde Barcelona; que no se transborde en Melilla, como viene ocurriendo; que no se llene la ruta de obstáculos. También es necesario rebajar el mínimo en la tarifa de las pequeñas demandas. Actualmente resulta de una carestía enorme no pedir las mercancías por toneladas, y esto hace que la competencia extranjera de lo minúsculo, arruine á nuestro modesto comerciante.

Un Banco.

Esto es de absoluta y apremiante necesidad. Sólo trabajan aquí en asuntos de banca dos ó tres judíos. Los judíos se pasan en Pascua la existencia. No hay manera de percibir un giro. Recientemente, cuando fuí á cobrar á una de estas incipientes agencias bancarias las pesetas que me había enviado *A B C* para gastos de información, me dieron casi toda la cantidad en duros, en tremendas monedas, imposibles de transportar por la vía lógica de la cartera ó del bolsillo. Luego, en mi habitación, hube de pasarme dos horas como un avaro contando «Amadeos». Hace falta un Banco español, oficial ó particular, y mejor si son varios. Mientras no se funden, la vida financiera de Tetuán será una contarriña primitiva y absurda.

Varias mejoras:

Creación de una barriada obrera. Actualmente duermen los pobres jornaleros en posadas inmundas, sobre la paja, entre las bestias. También es preciso tamizar la inmigración. Ceuta podría realizar este cometido. En Ceuta debiérasele cerrar el

paso á los seniles, á los vagos y á los enfermos, á los inútiles, en suma, llevándolos á hospitales, á asilos, amparados por la caridad; pero impidiéndoles, incluso inspirados en la filantropía, que lleguen á un país donde no pueden vivir sino las gentes robustas; á un país de contienda y energía, en el que hace falta ser joven, laborioso y fuerte.

Y, por fin, hace falta un periódico escrito en árabe, que lleve á los aduares recónditos, al espíritu ignorado é ignorante de los indígenas, ¡un soplo de rudimentaria cultura, y una constante propaganda de lo español. *El Eco de Tetuán*, fundado por Don Pedro Antonio de Alarcón, escrito en signos europeos, realiza ya una función patriótica. No basta. Es preciso trocar en alma española esos garabatos inverosímiles del alfabeto marroquí.

Esto, y algunas cosas más, hace falta acometer en la zona. Otro día os diré lo que hace falta acometer en Madrid. Que bueno es preocuparse del aspecto militar de la cuestión—su aspecto episódico en definitiva—; pero es también interesante decirle á España que, si tuvo necesidad de verter su sangre en estos campos, tiene la obligación de resarcir las pérdidas con el trabajo y el esfuerzo, y de abrirle á sus propios apetitos una mina y un manantial.

Himno de ilusión.

Muchas de las cosas aludidas están en realización. Las demás se hallan en el ambiente. España,

pueblo tan eficaz, tan colonizador, tan progresivo como otro cualquiera, salió de su espasmo revolucionario y fratricida, y aprende á luchar con todas las armas. A mí, creyente del país, idólatra de la raza, me consuela ver todo lo que se ha realizado en España contra su política, á pesar de su política, en pocos años. Me consuelan Barcelona, Valencia, Bilbao, San Sebastián, Vigo, Sevilla, Palma de Mallorca, Málaga, Gijón, hasta Madrid, y no sólo esto, sino esos pueblecitos gallegos, catalanes, valencianos, astures, cántabros, extremeños, castellanos, murcianos, navarros, riojanos y aragoneses, que despiertan á la vida moderna, y que se acusan con potente brío. Me consuela ver cómo estos cigarros de Orán que fumamos en Marruecos, tienen un nombre balear en la funda, y cómo en el extranjero mismo la iniciativa española se abre paso. Y me consuela en definiva, contemplar á esta gente de aquí con qué entusiasmo, por regla general, acomete sus obras y trabaja por el bien colectivo.

Aún—claro está—nos quedan anarquizantes, gentes de política y subpolítica, que vivieron muy á su gusto con el desconcierto, que medraron del desbarajuste, gobernadorcetes que hallaron más fácil la prevaricación que el trabajo, y periodistillas que consideraron más cómodo el fondo de reptiles que la noble pelea en el arroyo, tras de la opinión.

Aún nos quedan esas tres calamidades nacio-

nales que se llaman la rutina, la envidia y la ignorancia, esas tres modalidades del espíritu débil...

Aún nos queda mucho que hacer...

Pero sobre lo ya realizado en el buen camino, hay además una pulsación esperanzosa. La protesta. En España, se protesta mucho. Y eso es prueba de reacción, de convalecencia, de que la enfermedad hizo crisis.

Yo miro á mi país con optimismo y entusiasmo grandes. ¿Queréis hacer conmigo una apuesta? Tetuán, dentro de cinco años, será una cosa enorme. Yo siento aquí el vagido de la España consciente y moderna. Yo veo aquí palpitar el otro espíritu, el espíritu bueno.

¿Os apostáis algo?





POSDATA DE OPTIMISMO

Recapitulación.

El asunto es bueno. Mejor dicho, llevado á tontas y á locas, sin criterio, sin abnegación, es un asunto de catástrofe. En manos del inepto, la más fácil empresa truécase en hecatombe, y el camino más expedito se hace abrojal y ciénaga, y conduce á la ruina y á la muerte.

Somos propietarios de una zona pequeña, algo así como media Andalucía. Tiene minas y vegas fértiles. Podremos encontrar en ella un ejército de hombres duros y aptos para guerrear. Hemos asegurado nuestra otra frontera mediterránea. Hemos obtenido una compensación espiritual á las desdichas coloniales. Yo no logro explicarme cómo hay pueriles que miren esta acción marroquí de una manera pesimista.

Desembarazados además de problemas internacionales referentes á Marruecos, buscada nuestra amistad por Francia y por Inglaterra, asegurada nuestra beligerancia en el mundo, acaso conse-

guidos algunos millones de francos, y, sobre todo, una cordialidad venturosa con pueblos que son vecinos, la cuestión, en lo que atañe á esta zona de influencia, no tiene ya más que un aspecto: dominarla.

¿Sería insensato que un pobre español sin talento y sin cultura, pero bien intencionado y amante de su Patria, os ofreciese algunas ideas inspiradas aquí, ante el mismo pleito, y que pudieran aportarle alguna luz á otros cerebros mejor organizados y á otras manos llamadas á resolver?

El problema no es militar.

Nada en la vida es un problema militar. Lo militar es siempre episódico. Esto no merma la sublimidad generosa de lo bélico. Hay episodios admirables, de los que se ufana la estirpe, y que se guardan en la memoria de los pueblos con el prestigio de las ejecutorias.

El problema no es militar, como el problema de España no es de revolución avanzada ni de revolución regresiva, sino un neto problema de educación ciudadana y patriótica. Inútil será que destronemos, que asesinemos, que derramemos sangre, que nos sintamos hombres de motín y de barricada. Iríanse sustituyendo unos gobernantes por otros peores, nacidos entre humo y estrago, más violentos, más pasionales, ó entregados al fanatismo reaccionario, ó cautivos del fanatismo dema-

gógico. No haríamos otra cosa que perecer matando. Nuestro problema fundamental es el de la educación. Los españoles tenemos el deber de educarnos, de no vivir para el señor Belmonte, de formarnos un concepto serio de la vida, de trazarnos una norma de trabajo y de honradez. de ser muy políticos, de votar, ¡de votar! Empecemos por los niños. Continuemos haciendo «exploradores». Convirtamos al hogar en escuela. Ya se advierten presagios, ¿qué presagios?, realidades en España.

Aquí no hay problema militar. Claro que lo hay, y que lo habrá en escenas sucesivas, y como paréntesis más ó menos doloroso. Habrá que destruir á una harca. Será necesario tomar ésta ó aquella posición. Eso no pasará de constituir un problemita del momento, en el que derrocharán su valor nuestros oficiales, y en el que demostrará su pericia un Ejército bueno y honrado.

El problema es en Marruecos más fácil aún que en España. No es ni siquiera de educación. Somos más cultos que los moros, y con ponerlos á nuestro nivel, habríamos realizado el desideratum de las iniciativas. En Marruecos, el problema no es más que de administración. Poner en vigor las leyes mahometanas, leyes suficientes que todo lo tienen previsto, y hacerlas cumplir de una manera justa. Esto y, naturalmente, una elemental acción diplomática y la consecución fatal de algunas mejoras con la debida invasión mercantil, nos darán la posesión de Marruecos. ¿Se os antoja di-

fícil? ¿No hay en España veinte funcionarios idóneos y patriotas? Los que aquí existen, lo son. La raza no está tan agotada. Por fortuna, somos legión los hombres de bien.

¡Administrar! No es otro el problema. ¿Cómo? Si me lo permitís, veré si puedo indicaros el camino.

Administración de guerra.

Insisto en que no es aquí nuestro problema un problema belicoso. El general Marina, que tiene un talento muy claro, y que es, ante todo, un patriota, conoce mejor que nadie la índole del asunto.

Por eso no avanza. Ignoro si al fin avanzará. Es posible que sea necesario y fácil un movimiento de agresión. Aun así, ved qué parquedad y mesura pone este ilustre caudillo en sus marciales empresas.

No seamos impacientes. Estamos perfectamente comunicados y unidos. Varias líneas de blocaos, inabordables para el moro, guardan la posesión de lo dominado. Con guarnición escasa, con la guarnición de una región cualquiera, sin gastos supérfluos, de una manera económica y discreta, con buena administración, en suma, podemos tenerlo todo garantido.

No seamos impacientes. Ayudemos al general en su labor admirable y tácita. No quiera nadie que se hagan incursiones prematuras, dolorosas

tal vez. Procuremos no derramar sangre, no derrochar municiones. Hinquemos la zarpa cuando sea menester; pero no la clavemos por afán de violencia, estérilmente quimeristas. No pida nadie avances inadecuados, ni sienta comezón por llegar á sitios que tienen sazón y plazo remoto. Volved la mirada á la obra de Marina en otras comarcas, y recordad la toma de Adlaten, larga de conseguir, fácil de acometer, segura de dominar. ¿Sabe alguien lo que á estas horas, de sagaz, de político, en evitación de muertes y de gastos, realiza nuestro caudillo insigne? Ya se ha visto recientemente en Melilla el resultado admirable de la paz y de la amistad. Jordana quiso cien hombres por cábila, con objeto de formar una harca combatiente á nuestro lado. Doscientos le ha enviado cada una. La intentona de cuatro ilusos ha quedado deshecha.

En Tetuán, no por ser un gran soldado, sino por ser un gran administrador, tiene que estar Marina algún tiempo, aunque esto signifique abuso de su paciencia y de su abnegación. Cuando transcurra el tiempo, será necesario traer un residente civil, no el señor Villanueva, ni el señor Navarro Reverter, ni el señor Vincenti, ni el señor Brocas... A éstos hay que dejarlos ir acabándose. Son los últimos granos en la epidermis de un convaleciente. Hay casi que observarlos con júbilo. ¿Querría venir aquí alguna vez D. Joaquín Sánchez de Toca?

Hoy es preciso que continúe Marina durante mucho tiempo. Impone respeto su prestigio militar, y no se rebasa militarmente. Es inteligente y abnegado. Algún día se sabrá lo fecundo de sus gestiones diplomáticas y se vitorearán con entusiasmo sus prudencias.

Avanzar poco, gastar poco, urdir blocaos, estos blocaos inaccesibles que se guarnecen con doce hombres; acabar de formarle al jalifa su incipiente mehalla, obra sapiente de Marina, aumentar los contingentes de tropas marroquíes y acabar de formar ese voluntariado, ya en pleno éxito, pero al que se le ha dado una desdichada organización.

¿Desdichada? ¡Sí!

Vosotros, españoles, creéis que todavía no hay voluntarios... Pues bien, hay 3.000. Lo que acontece es que se les tiene confundidos con los soldados de reclutamiento forzoso, y que, cuando hay bajas, nadie sabe quién es el fenecido, si un hombre que vino por su voluntad ó un muchacho cogido en el taller.

Esta confusión es deplorabilísima. Primero, por lo arriba señalado. España debe saber quién muere. España, lamentando mucho la baja de un voluntario, no se conmoverá tanto como se conmueve al saber la violenta defunción de un recluta vulgar. El recluta vulgar, aunque tiene la obligación absoluta, sea quien fuere, pobre ó rico, de servir á su Patria y de morir por ella, lo tiene me

nos, si en esto caben gradaciones, que un voluntario. Este supo á lo que se comprometía, aceptó de impulso propio esa contingencia... Su baja tiene que ser menos dolorosa.

Pero, además, hay otra razón táctica que se alcanza al menos versado.

El voluntario no debe confundirse con el soldado por obligación. Tiene otro espíritu, otro carácter, otras aspiraciones, otro concepto de la disciplina. El voluntario es más audaz y menos sumiso. El voluntario puede emborracharse y hacer una proeza. El recluta forzoso es más inerte, más bueno, pero menos eficaz. Y, así, el mando ha de ser distinto. Reunidos, el arte de mandar se hace imposible. Formados Cuerpos homogéneos de tropa voluntaria, ya sabría la oficialidad con quiénes habrían de tratar en el batallón, y tomarían actitud adecuada, y hasta en el resonar de las espuelas y en la línea del cuello se conocería que mandan voluntarios.

Cuatro batallones podríamos tener ya. No tenemos ninguno. Tenemos 3.000 hombres dispersos, que más dificultad producen que beneficio.

Con mesura, con aumentos de contingentes indígenas, con una buena organización del voluntariado, podremos llegar—y basta que se lo proponga quien pueda—á un estado de relativa baratura en dinero y de mayor baratura en sangre nacional. Se irá despacio, seguro y sin fatiga.

Es el camino que ha trazado nuestro gran general. Loado sea.

Administración del moro.

Al moro es preciso administrarlo con sus leyes. Lo que tenemos que corregir es sus funcionarios. La tarea no es fácil; pero es de seguro éxito.

Marruecos tiene un régimen patriarcal y un sistema vicioso. Como todos en los pueblos infantiles ó senectos, sus autoridades son prevaricadoras. Como los cargos se dan por dinero, el apetito «cheg» de todo personaje no es otro que resarcirse. El suele dirimir los pleitos y las contiendas según la cantidad que le entregan las partes en litigio. A veces, cuando no hay cuestiones, el mismo «cheg» las provoca, valiéndose de testigos falsos, para imponer multas, y no abandonar las cábilas sin llevarse unos duros en la faltriquera. El regalo al bajá, antes de pedirle justicia, era trámite de rigor.

Nuestra obra tiene que ser ésta. Valernos de los hombres del Maghzen, seleccionado por nosotros, de los «chofas» ó aristócratas feudales, de los «ulemas» ó letrados, y de los notables, en suma, para hacer obra de aproximación. Aproximados ya, nombrar funcionarios puros, castigar con energía á los culpables, administrar bien. Creedlo... En el fondo del pueblo más abyecto y corrompido hay siempre latente un gran prurito de equidad. Nuestra intervención será tenida como

excelente muy pronto, y ganará el corazón ingenuo de la zona, si es buena, si es justa. Actualmente supimos escoger á hombres honrados para rodear al jalifa. Que sigan estos nobles propósitos. «La mancha de aceite», de que Liautey habla, será con esto rápida y eficaz.

Administración económica.

Sin ceguera debe afirmarse un hecho consolador. En dos, en tres años, pueden nivelarse los gastos y los ingresos de la zona. En dos ó tres años, la zona de influencia, á pesar de que habremos de sostener aquí un Ejército y una burocracia, si no despilfarramos el oro en inútiles gastos militares y en dispendios de covachuela, Marruecos, sobre valernos mucho, no consumirá un ápice de patria energía.

¿Se os antoja esto una ilusión imposible?

Teniendo aquí docenas de batallones, y, sobre todo, empleando aquí á seres inútiles de alguna influencia, iremos á la prolongación de un *déficit* imposible de soportar. Si se crearan puestecillos nominales para darle una limosna á los inválidos políticos, esto será un asilo de imbéciles, y le habremos añadido un renglón muy triste al desprestigio nacional. Cuídese mucho de á quiénes se trae á la zona. Con hambrientos ávidos de atrapar un caudalejo para volverse á la metrópoli, sólo iremos á la bancarrota. Si es menester que coman



A orillas del Mediterráneo, el periodista español le dice al Jalifa: «Amarás á España».

algunos desdichados, créese un presupuesto de calamidades públicas, y señálesele una pensión á los famélicos. No se invista de autoridad á quien no merece ser ungido por la Patria, á quien aquí debe ser un ejemplo y es alma de exportación. Yo no soy partidario de que á los chulos, á los cerdos, á los canallas, á los libidinosos, á los embusteros se les persiga. Me inspiran compasión. Deben realizar el principio y el fin de su función digestiva. Lo que no quiero, es que se les encumbre, y que se les den túnicas y coronas.

Los ingresos de la zona pueden ser fructíferos. Ya las Aduanas están produciendo harto. En lo que va de 1913 se han recaudado 500.000 pesetas más que durante el año anterior. La oficina de Larache camina con una celeridad enorme. Sólo por este concepto se puede recaudar en breve una suma importantísima.

Quedan, además, otros ingresos de consideración, aparte los municipales, variantes y complejos, sin eficacia para el Erario nacional,

Me refiero á los alquileres de bienes Mahazen (bienes del Estado) y bienes Habús (bienes de la Iglesia), alquileres que casi nadie paga, en los que reina un desconcierto absoluto, y que llegarían á producir triple, cuádruple, de lo que hoy producen, á poca inteligencia que se pusiera en la obra. Impónese una revisión en los títulos de propiedad, una sutil requisitoria. Sin violencia, lentamente, la recaudación aumentaría mucho.

Y quedan los demás impuestos á ciudades y tribus, de más difícil exacción, pero de no imposible resultado.

Como siempre, nos tropezamos aquí con la necesidad imperiosa de la administración buena.

El moro, como todo ser humano, es refractario á pagar. ¿Quién duda que ofrecerá resistencia? Pero es el caso que los moros han pagado siempre, y más de lo debido. Frecuentes mehallas, cuando no hordas de facinerosos, han impuesto gabelas crueles. Los de Ben Karrich dicen, pintorescamente, que el Raisuli los dejó con la piel y los huesos. El ideal de no contribuir no lo ha conseguido nadie todavía en el mundo.

Imponed más contribuciones discretas, cobradlas con justicia, empleadlas bien, en obras que satisfagan al moro, y en las que vean la realización de algo útil, y á la larga, con una resistencia inevitable, pero disminuída, acabarán por pagar. En definitiva, saber lo que debemos y tener la evidencia de que no debemos otra cosa, y de que la exacción encuentra su límite, acaba por convencer y hasta por hacerse grata. No es obra de ocho días. Pero se debe realizar. Y hoy mejor que mañana, y ahora mejor que luego.

De acuerdo con Francia.

Para la realización de todo esto (Francia lo ha comprendido mejor y más pronto que nosotros) debemos vivir unidos á los franceses.

Lo que ocurría no podía ser más funesto para ambos países. Morderse cuando se tiene el mismo plan, es infantil. Ellos protegían el contrabando en nuestra zona. Nosotros lo protegíamos en la suya. Nosotros aceptábamos con fruición á sus desertores indígenas. Ellos estimulaban á los nuestros. Mentecatamente favorecíamos á los moros.

Ahora parece ser que Liautey y Marina, sin hipócritas afectos, sin reservas ni engaños, se ayudarán en la obra común. Era ya hora de que llegásemos á un acuerdo. Para todo será (si como es deseable no nos acecha Francia) utilísima esa cordial relación. Para lo dicho... y para evitar que algunos canallas, algunos miserables astutos, se nacionalicen en nuestra zona como súbditos franceses, y se hagan españoles en la zona francesa, ganándose así condición excepcional, y burlándose, mezquinos, insignificantes, de dos naciones civilizadas y prósperas.

¿Cómo hacer todo esto?

Ahora bien, preguntará el lector, ¿cómo realizar esta obra de penetración en Marruecos? Hay horizontes, esperanzas, sendas y criterios. Mas, ¿quién ha de propulsar desde Madrid, cerebralmente, la acción?

Yo juzgo de implantación urgente un centro directivo en Madrid que llene el problema.

El señor González Hontoria, inteligentísimo

diplomático, y uno de los españoles más patriotas de nuestra generación, pudiera ser el señalado para ello. Hontoria, quien fuere, escogerán á cuatro, á diez hombres maduros, expertos, que hayan vivido largo tiempo en Africa, que tengan preparación suficiente, que estén iluminados por el asunto (el señor Belenguer, el señor Cogolludo, el señor Zugasti, quienes sean), y formarán con ellos un ministerio, una subsecretaría, una dirección general, una comisaría regia, un negociado (es igual el nombre), y juntos, afanosos, patriotas, sintiendo la grandeza de su cometido, fieles á España, idóneos, perseverando en una obra civil, realizarán en Marruecos una labor de selección en los funcionarios, de administración jurídica, de administración económica, de implantaciones mercantiles, de trabajo. La cuestión militar se llevará sobriamente, y no habremos de lamentar nunca un desaguisado.

Como véis, el problema marroquí es sencillo. Sencillo como todo lo noblemente humano. Sólo es difícil en la vida el crimen, el dolo, la falsía, el equilibrio, la añagaza y la estupidez.

Visión de mañana.

Estamos en 1920.

Yo vengo á Tetuán como turista. Me conduce un tren. La ciudad es doble, triple. Se ha respetado el carácter abigarrado y pintoresco de la

gran capital moruna, y á su vera existe un bellísimo pueblo de carácter español, con sus casitas higiénicas, sus árboles, sus flores, sus mujeres guapas y cultas. Hay luz eléctrica en abundancia. Puedo alojarme en un magnífico hotel. Por la noche concurro á un teatrito, en el que no se desgañitan como ahora cuatro chulos repugnantes, sino que baila una danzarinita encantadora. Hay calor de vida por doquier. Se hacen pingües negocios. De Tetuán á Río Martín hay un tranvía eléctrico. Río Martín, y antes el Rincón, son dos pueblecitos muy aseados. Los moros, mejor vestidos que ahora, vienen y van, afanosos en sus asuntos, ganándose una vida hoigada, que los ha hecho felices. Resplandece la civilización por todas partes. Se dice de varios españoles que llegaron aquí pobres, y se fueron ricos. Hubo, como es natural, pérdidas sensibles, momentos de desmayo. Una vez nos atacó la harca, y nos hizo bajas profusas. Cuando se tomó el Fondack, se derramó alguna sangre. Pero la inteligencia del Gobierno, de sus secuaces, la obra de Marina, el esfuerzo lento, seguro y noble de una raza, dió en la zonita ubérrimos frutos. Yo me paseo con alborozo por esta comarca. Faltan quizás algunas leguas donde se cobijaron leones ridículos. No se piensa en ir á sus cubiles. Ya se cansarán, y vendrán, y se morirán, y dejarán unos hijos más suaves, menos fanáticos. Todo, muy pronto, en otros siete años, será nuestro. Es fruto que madura, mancha

que corre, piedra que cae, agua que busca el mar, progreso que avanza.

Paseo deslumbrado, orgulloso de mi país, contento de la vida. Luego, asaltado por un pensamiento algo cruel, hago una pregunta:

—Pero... ¿le costará mucho dinero á la nación...?

—No—me respoden—; la zona de Marruecos contribuye al presupuesto español con un poquito, sobre nivelar sus gastos; con 10, con 20, con cien millones de pesetas.

....

Esto no es un sueño, una quimera, un absurdo. Ya veis en cuatro años lo que fué Melilla y lo que ha progresado. Nador era un agro yermo y una barraca de madera. Nador tiene hoy teatro. Y se ha laborado muy poco desde Madrid. Y Tetuán y Larache son mucho más ricos, más fecundos, y están mejor emplazados, y acarician con esperanzas más radiantes.

Todo esto se puede hacer. Basta con que nos dé la gana, ¡así, con que nos dé la gana!, de hacerlo.

Si esto no se hace—oidlo, españoles—, si esto no se hace, ni España tendrá opción á poseer nada en el mundo, ni podremos sentir ante las otras naciones del planeta más que vergüenza, rubor, desprecio de nosotros mismos.





EPILOGO

Mientras duró esta excursión por tierras de Africa, recibió mi gratitud algunas, muchas cartas de simpatía. Principalmente—y esto es confortador—de industriales, de comerciantes y de agricultores, que acudían á mi solicitud para que les iniciara en algún rumbo de trabajo. También me favoreció el político, el militar, el apartado y buen lector.

No quiero divulgar estas cartas. Son el tesoro de mi literatura. Sólo voy á publicar una de cierto español que vive distante. Si la publico, no es por vanidad. Es, porque sus líneas admirables revelan una cosa divina, suprema... ¡Que hay Patria!

Señor Don Luis Antón del Olmet.

Río de Janeiro 10 de Noviembre de 1913.

Mi querido amigo y dos veces compañero: Cuantos desde América vivimos con el alma puesta en Marruecos, leemos encantados sus bellas crónicas de la guerra, y nos orgullecemos á la par de los soldados y de su cantor. Acepte usted mi

cordial abrazo de camarada de «Orden» y de modesto emborronador de papel. Su libro—porque lo tendremos, supongo—debe leerse por todos los niños españoles, y ser de texto para los *boy scots*, como le digo hoy á Iradier, el más grande de los luchadores pacíficos. Por lo que nos conmueve á los viejos, podemos juzgar el efecto que causará en las almas nuevas.

Sólo aquí es donde puede saberse el justo orgullo que sentimos por ustedes y la pena de no poder acompañarles. Salimos á la calle contentos de ser españoles. Nuestra colonia se ha identificado con Su Majestad de un modo que puede juzgarse asombroso, dadas sus viejas ideas. Vamos hacia «arriba».

Un abrazo cordial y entusiasta de su buen camarada,

COMANDANTE S. CAMINERO.

INDICE

Obras de Luis Antón del Olmet

El libro de la vida bohemia	3,50
Lo que han visto mis ojos	3,50
El encanto de sus manos	2,00
Hieles	3,00
El veneno de la víbora	3,00
Mi risa	3,50
Corazón de leona	3,00
Su Señoría	3,00
Como la luna, blanca	1,00
Nuestro abrazo á Portugal	2,50
Espejo de los humildes	3,50
El Hidalgo don Tirso de Guimaraes	5,00
Tierra de promisión	4,00

En colaboración con Arturo G. Carraffa:

Galdós	2,00
Echegaray	2,00
Maura	4,00
Canalejas	4,00
Moret	4,00
Alfonso XIII (dos tomos)	10,00
Menéndez Pelayo	4,00

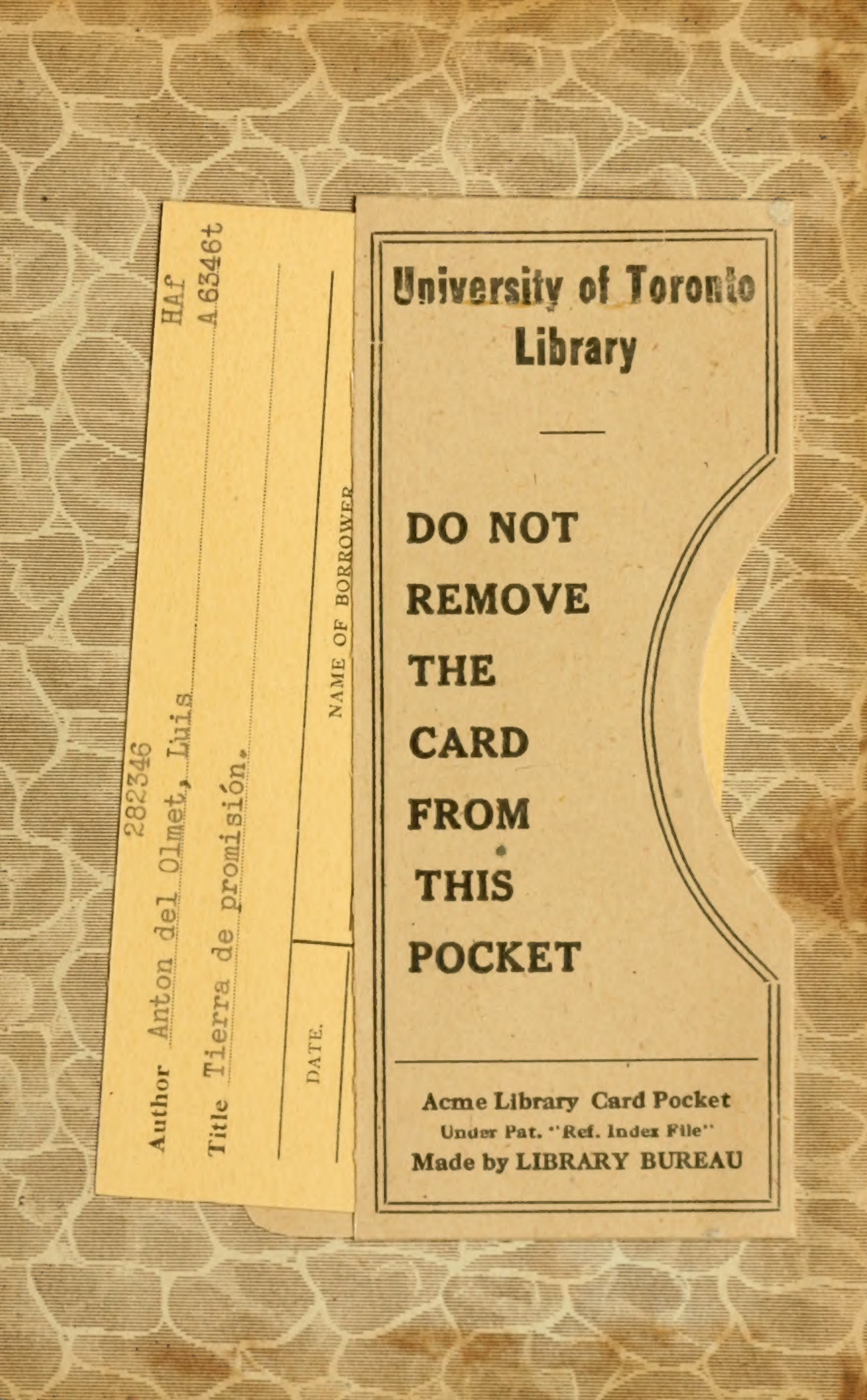
En prensa:

Política de fandango y Gobierno de castañuelas.
Al amor de mi pañosa.

En colaboración con Carraffa:

Cajal.
Benlliure.
Marina.
La emperatriz Eugenia.




HAf
A6346t
282346
Author Anton del Olmet, Luis
Title Tierra de promisión.
NAME OF BORROWER
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

